

# BOLÍVAR EL CARAQUEÑO TOMO I

RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ

Colección
Libros Revista
# Bohemia

Tomo I

EXTRAORDINARIO

Ramón Díaz Sánchez

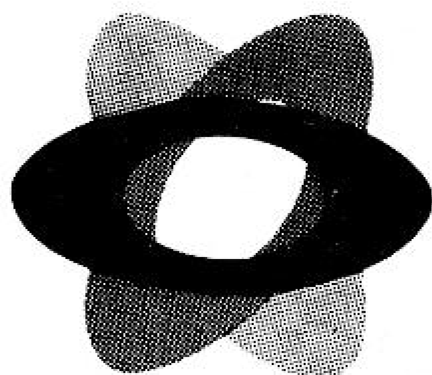
# Bolívar, El Caraqueño

Esta obra consta de 2 tomos
Pida el N° 1 y el N° 2
simultáneamente

Volumen Doble

N° 41

Con el auspicio de:



**BANCO DEL ORINOCO**

*Donde su dinero... es más dinero*

# BOLIVAR

# EL CARAQUEÑO




Colección
Libros
Revista
Bohemia

**Un aporte del BLOQUE DEARMAS a la divulgación de los más altos valores de la literatura universal.**

RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ

# BOLIVAR

# EL CARAQUEÑO

Tomo I

# PREÁMBULO

## EL TÍTULO DE ESTE LIBRO

Posiblemente no faltará quien se manifieste extrañado ante el título de este libro. ¿Qué es lo que justifica la apelación al gentilicio nacional o territorial de Simón Bolívar, y no a una de sus cualidades ingénitas, para destacarlo como su distintivo biográfico? El hecho de haber nacido en Caracas ¿es suficiente para explicar una cualificación semejante? A esta pregunta se tratará de dar adecuada respuesta en las líneas que siguen.

La más trascendente, la más notoria y conmovedora de las cualidades que se señalan en este hombre nacido en Caracas para explicar la singularidad de su obra, es la de su genio creador y múltiple. En efecto, sólo un ser genial podía dar cima a una empresa tan vasta y difícil, en la que la inteligencia y la voluntad tenían que vencer tres obstáculos formidables: la naturaleza, los hombres y el

tiempo. Pero ¿qué tiene que ver esta cualidad con el lugar de su nacimiento?

Si aceptamos que el genio es un don propio e intransferible del individuo, esto es, un fenómeno independiente del medio geográfico, necesario es reconocer que Bolívar pudo venir al mundo en cualquiera de las ciudades, de las aldeas o de los campos de América, en los cuales han nacido en todos los tiempos seres excepcionales que se han distinguido como guerreros, como políticos, como poetas y como artistas. Pero si bien es cierto que el genio es por definición individual y exclusivo, también lo es que su desarrollo, su trascendencia y sus proyecciones sociales dependen de la cultura y de otros factores colaterales que no siempre aparecen juntos para producir una acción coherente. Y es aquí donde hay que reconocer la influencia del medio. He aquí, pues, donde interviene Caracas como un elemento esencial del genio bolivariano. Las circunstancias que lo vinculan a esta ciudad son de tal modo dinámicas que bien puede decirse que los dos constituyen un fenómeno histórico de inevitable polaridad en el momento en que su conjunción se produce.

Definitivamente fundada en 1567, dos siglos después es ya Caracas una ciudad que, si todavía pequeña y modesta en parangón con otras capitales de la América hispana, posee una fisonomía bien definida, con una sociedad culta y emprendedora y, sobre todo, con una precoz conciencia de su posición entre las naciones del Nuevo Mundo. Este último es muy importante porque es lo que va a caracterizar a los caraqueños de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, y lo que en cierto modo va a convertirlos en abanderados de un movimiento continental que no por haber recibido su inspiración de las ideas europeas y del cercano ejemplo de las colonias de Norteamérica, carece de originalidad en sus concepciones y en su aplicación a la realidad social de la época.

La historia no se improvisa. No es tampoco la resultante de un plan rigurosamente preconcebido. Es el producto de un conjun-

to de circunstancias que influyen en los actos del hombre y moldean su pensamiento según sus vicisitudes. Las que actúan en las primitivas provincias venezolanas, a lo largo de tres centurias, son las que dan a Caracas, desde el momento mismo en que se la funda, la temperatura ideal en que se forja su carácter capitalino; esto es, las que la convierten en eje de la cultura de todo aquel ámbito provincial y las que crean en sus gentes las cualidades indispensables para la empresa emancipadora. Situación geográfica, morfología de su territorio, clima benigno, fertilidad de su suelo, fácil acceso al mar y a las salvajes llanuras del hinterland, tales son los factores preponderantes que desde los primeros momentos —1576-1636— inducen a los gobernadores y a los obispos a trasladarse de Coro a Caracas; las que en 1721 determinan al Rey de España a establecer en esta ciudad la primera Universidad del país, y las que en 1777 la consagran como la capital de una nueva nación al crearse la Capitanía General con la conjunción de las seis provincias de Venezuela o Caracas, Cumaná, Guayana, Maracaibo e islas de Trinidad y Margarita, antes dependientes del Virreinato de Santa Fe.

Esto por lo que atañe al propio país en sus relaciones internas. En cuanto a las externas hay que señalar los mismos factores más el económico, el social y el cultural, para comprender por qué será esta ciudad la que encabece la revolución de la independencia, la que luche por ella con mayor encarnizamiento y la que ponga en el puño de un caraqueño la enseña guerrera y el decálogo de los pueblos para conducirlos a través de los Andes hasta los ventisqueros peruanos.

Si Caracas, si las provincias venezolanas hubiesen alcanzado dentro del Imperio español igual desarrollo que los grandes dominios americanos; si hubiesen conocido la prosperidad material y los beneficios de la cultura en igual proporción que los virreinatos de México, del Perú y de la Nueva Granada, presumiblemente no hubiese sido tan radical ni tan fiera la lucha iniciada en su territorio. Habría ciertamente peleado por su emancipación como lo hicieron los otros pueblos del Continente, pero quizá no habría sido la primera en lanzarse a la guerra ni ésta hubiese asumido los caracteres de

exterminio y de odio que tuvo en su suelo. Pero Caracas —y con ella las otras provincias— tenía motivos vehementes para comportarse como lo hizo. Pobre de oro y de otros metales preciosos, su modesta riqueza obtenida a base de sus productos agrícolas debía resentirse por la dura política tributaria de los Reyes Borbones de España. Durante los primeros doscientos años, período en el que se estructura la sociedad colonial con sus diferencias de castas y en el que se crea un pueblo nuevo e inconfundible, hirviente de sentimientos igualitarios, la riqueza fue disfrutada con libertad por sus propios creadores, los burgueses criollos herederos del conquistador español, mas al iniciarse el siglo XVIII aquella situación cambia substancialmente y el humor caraqueño se modifica del mismo modo.

Sin embargo no todo es obra del siglo XVIII en el proceso espiritual y mental de Caracas. Si la degeneración de la dinastía de los Austrias ha permitido a los caraqueños traficar con los contrabandistas heterodoxos, principalmente con los holandeses, igualmente ha hecho a éstos posible introducir en las costas venezolanas, junto con sus telas, sus vinos y sus jamones, una intensa propaganda ideológica que convierte a Caracas en una ciudad precozmente crítica, un tanto escéptica en sus creencias y muy propensa a la explosión libertaria. Es, pues, en los siglos XVI y XVII cuando en realidad se aboceta el sentimiento de autosuficiencia y de rebeldía que caracteriza a la burguesía caraqueña en sus relaciones con los funcionarios peninsulares y consiguientemente con la Corona. Leer la historia de Venezuela, y en particular la de su ciudad capital a lo largo de aquellos dos siglos, es asistir a una interminable serie de litigios y de querellas en los que el Ayuntamiento aparece como un celosísimo y arrogante defensor de los criollos contra el español europeo, en quien se ve a un *forastero,* a un intruso, a un parásito que viene a medrar a costa del esfuerzo de los nativos.

Con el advenimiento de los Borbones mejora, sin duda, el paisaje de la cultura —se desarrollan las artes, se moderniza la arquitectura, se multiplican los viajes a Europa, la ciudad se embellece y se refina el gusto de los señores—, pero al mismo tiempo se impone un nuevo régimen económico que no se inmoviliza en las reales

cédulas, como en tiempos de los Habsburgos, sino que se torna drásticamente activo mediante una organización más dinámica de los mecanismos fiscales y de los instrumentos de represión del tráfico clandestino. Con Felipe V aparece la Compañía Guipuzcoana y con Carlos III la Intendencia de Abalos que son las creaciones más detestadas por el mantuanismo venezolano; y con esto se producen las primeras reacciones de un sentimiento todavía balbuceante pero ya definido de patria autónoma.

Con la creciente presión del despotismo ilustrado y del sistemático y simultáneo drenaje de las regalías y los impuestos, va a coincidir también el cercenamiento de la autonomía municipal, lo que elevará al cubo la tensión de la rebeldía. Precisamente el año en que es engendrado Simón Bolívar —en 1782— se produce un hecho de particular significación en la historia de Venezuela: hablando en nombre de los mantuanos, un trío calificado de éstos —el Marqués de Mijares, Don Martín de Tovar y el Coronel Juan Vicente Bolívar y Ponte, padre del futuro Libertador— dirige al caraqueño Francisco de Miranda, capitán descontento del ejército real, una clamante carta en la que lo invitan a libertar a su desdichado país. He allí la revolución en su plena virtualidad doctrinaria. Poco importa que la autenticidad de esa carta sea hoy discutida (esto ha ocurrido recientemente): los hechos que le dan verosimilitud son indiscutibles. Tampoco importa que la Guipuzcoana sea eliminada en 1785 (para fundirla con la Compañía de Filipinas), que Abalos se marche en 1783 y que al mismo tiempo se supriman algunas de las limitaciones del comercio exterior: otras circunstancias de más complejas y subjetivas repercusiones conspirarán para mantener en actividad el fermento de la rebelión. Estas circunstancias son, por un lado, el contagio ideológico que traen las corrientes del exterior (el liberalismo racionalista del pensamiento europeo, la independencia de las colonias de Norteamérica, la revolución francesa con sus doctrinas renovadoras y la revolución industrial inglesa) y por el otro el profundo estado de decadencia que convierte a España en un vergonzoso instrumento de Napoleón.

No va a ser la generación contemporánea del Intendente José de Abalos y de Don Juan Vicente Bolívar la que consume la independencia de Venezuela, pero lo será la siguiente, ideológicamente más radical y más ambiciosa que aquélla.

Tal es el esquema del caso venezolano, del caso caraqueño, en el momento estelar del gran drama de Hispanoamérica. Caraqueños serán sus primeros gestores intelectuales y en este sentido Simón Bolívar aparecerá como la síntesis encarnada de la tragedia. Su genio, fenómeno individual, se identifica como el genio colectivo de la ciudad y de la nación, y le convierte en el Caraqueño por excelencia.

# PRIMERA PARTE

## AURORA DE UN TIEMPO NUEVO

I

# Un Joven Mantuano de Caracas

Año de 1783. Finalizan las carnestolendas y en los arrabales de la ciudad las gentes del pueblo se divierten lanzándose una a otras copiosas cantidades de agua. En este excitante calidoscopio participa toda la gama de los colores y de los matices humanos. Negros elásticos que brillan como pulida diorita, serpentinos mestizos, mulatos de ojos ardientes y de cabellos untados de aceite de coco, blancos de orilla, todos se agitan al mismo ritmo, con idéntico impulso, en la frenética danza del agua carnavalesca. Dorados por el sol de la tarde, los cuerpos de las mujeres se transparentan a través de las camisas mojadas, y el señor conde de Ségur, noble francés que hace en este momento su entrada a Caracas, detiene a sus compañeros para que contemplen el colorido espectáculo.

Para visitar a Caracas estos personajes han dejado su buque en la bahía de Puerto Cabello y han atravesado a caballo la Cordillera de la Costa en cuyas distintas comarcas han visto tigres, loros, serpientes, murciélagos, colibríes, alguaciles y corchetes. En la capital encuentran una ciudad pequeña pero despejada y llena de sol, con calles muy rectas que se cruzan formando damero; un gobernador culto —Don Manuel González Torre de Navarra— y un Intendente a quien los señores detestan: Don José de Abalos. A los aristócratas caraqueños Ségur los motejará de solemnes y taciturnos; a las caraqueñas, en cambio, las encontrará encantadoras, ingeniosas y refinadas. Entre las que más han de impresionarle se contarán cuatro de las hermanas Jerez y Aristeiguieta —Belén (apodada por afecto *Belina)*, Panchita, Rosa y Teresa, futura madre del General Carlos Soublette—, las que por su belleza y otras virtudes van a formar con sus otras hermanas un mitológico friso bajo el cognomento de las *Nueve Musas.* Emparentadas con la familia Bolívar, algunas de estas famosas mujeres se verán treinta años más tarde arruinadas y perseguidas a causa de su adhesión a la independencia.

El encuentro de los nobles franceses y de las cuatro musas venezolanas, tiene lugar en el ambiente de fiesta, de bailes y de conciertos en el que se desarrolla, por esta época, el carnaval caraqueño de los mantuanos. Allí tratarán igualmente a los más encumbrados señores y a las más prominentes figuras del clero de la provincia. En las calles y plazas han visto al pueblo en medio de su brutal alegría, los plebeyos disfraces y las grotescas tarascas; en la residencia del Capitán General se divertirán danzando y lanzándose mutuamente puñados de anís a la usanza de la ciudad. Pero esto último no ha de ocurrir sin un desagradable incidente que inspirará irónicas reflexiones al joven Ségur. En cierto momento el señor Inquisidor, que no mira a los franceses con buenos ojos, lanza al rostro de Laval un puñado de anís en el que hay confundidas algunas almendras, y el duque, ni corto ni perezoso, responde disparando una jugosa naranja al Inquisidor. Naturalmente se produce un revuelo. Los circunstantes se miran con estupor y consternación. Y Ségur, arrogante, hará constar en su diario que si los franceses no hubie-

sen contado en aquellos momentos con 50,000 soldados en las costas de Venezuela, seguramente Laval habría sido metido en un calabozo.

Don Juan Vicente Bolívar y Ponte, pudo ser uno de aquellos irritados mantuanos que contribuyeron, a fines del siglo XVIII, a robustecer la leyenda negra que de manera tan acuciosa se complacían en divulgar los franceses, los ingleses, los holandeses y otros europeos interesados en el derrumbamiento del Imperio español. Pudo ser, asimismo, uno de los introductores de aquellas explosivas lecturas en las que se sumían los aristócratas caraqueños y algunos intelectuales que, sin pertenecer a la casta privilegiada, ejercían sin embargo notoria influencia en la vida social del país: abogados, médicos, profesores y estudiantes de la Real y Pontificia Universidad, y aun sacerdotes.

Rico terrateniente, Coronel fundador de las milicias de blancos de Aragua y vinculado a las más influyentes familias de la provincia, la fortuna de Don Juan Vicente se vinculaba también al comercio de ultramarinos, lo que presumiblemente le ofrecería facilidades para la introducción de ciertos libros heterodoxos muy en boga para la época.

Ya bastante maduro, el 18 de diciembre de 1773 este personaje contraía matrimonio con Doña María de la Concepción Palacios y Blanco, caraqueña como él, a la que iba a hacer madre de cinco hijos. Contaba él para aquella fecha cuarenta y siete años; ella quince. Trece iban a convivir en la vieja y holgada casona donde nacerían sus retoños: María Antonia en 1777, Juana en 1779, Juan Vicente en 1781, Simón en 1783 y una María del Carmen que muere poco después de nacida, en 1785, ya desaparecido su padre. Esta casa es la misma que hoy se venera con el nombre de *Casa Natal del Libertador* y que se encuentra ubicada entre las esquinas de *San Jacinto y Traposos*, a corta distancia de la Plaza Mayor y frente al desaparecido convento de San Jacinto, habitado entonces por una congregación de dominicos.

Igual que su esposo, Doña María de la Concepción descendía de una ilustre familia española. De inconfundible tipo mediterráneo, su trigueña belleza contrastaba con la rubia apostura de su marido, de origen vascuence. Semejante a otros miembros de su familia, ella poseía una fina sensibilidad para la música: tocaba el arpa y la guitarra y cantaba con cálida voz de soprano. De los cuatro hijos vivientes, dos heredarían el tipo rubio del padre: Juan Vicente y Juana, y dos el trigueño de la madre: María Antonia y Simón.

Este último nace el 24 de julio de 1783, cinco meses después de la visita del noble Ségur a Caracas. En torno a las rojas cortinas del lecho se congrega para conocer al recién nacido toda la parentela. Allí están, además del afortunado progenitor, el padre de Doña María de la Concepción, Don Feliciano Palacios y Sojo, y su resaltante hermano el Presbítero Don Pedro Ramón Palacios y Sojo, fundador de una famosa escuela de música (en la aldea de Chacao) y de un conocido oratorio (el de San Felipe Neri, en el centro de la ciudad)*; están igualmente los hermanos y hermanas de la parturienta —Don Carlos de veintiún años, Don Feliciano de veinte, Don Pedro de catorce, Doña María de Jesús de veintitrés, y María Paula, Ana Rufina, Ignacia, Francisco y Josefa Palacios Blanco, de varia edad—. Luego vendrán las hermanas Jerez y Aristeiguieta y el hermano de éstas, el Presbítero Juan Félix Jerez y Aristeiguieta; Doña Inés Mancecebo de Miyares, esposa del español Don Fernando de Miyares, futuro gobernador de Maracaibo, y muchos otros amigos. Doña Inés, a quien Doña Concepción ama como a una hermana, será la primera nodriza del niño en tanto se trae de la hacienda de San Mateo una esclava recién parida de nombre Hipólita.

Seis días después, el 30 del mismo mes, se efectúa el bautizo del niño en la Catedral. Oficia, con licencia del párroco, el Presbítero Jerez y Aristeiguieta, y actúa como padrino el abuelo materno, Don Feliciano. No es un acontecimiento cualquiera el bautismo de

---

(*) Los apellidos de estos personajes han sido motivo de desacuerdo entre algunos de sus genealogistas. Felipe Francia los llama Palacios y Gil de Aguirre; Andrés F. Ponte, Luis Alberto Sucre, Vicente Lecuna y Ramón Darío Suárez los apellidan Palacios Sojo y Gil de Arratia. Generalmente se les conoce por Palacios y Sojo. Al Presbítero se le suele llamar simplemente «el Padre Sojo».

un niño mantuano. Gentes del pueblo, de las más disímiles castas, se congregan a la puerta del templo y formulan augurios y baten palmas. Allí pueden verse, a respetuosa distancia, los esclavos y manumisos de la extensa familia. Los primeros conducen los primorosos cojines en los que se arrodillan las damas. En esta importante función el pequeño es llevado en sus brazos por una coqueta negrita llamada Matea, la que se muestra muy orgullosa de cargar aquel cuerpecillo entre los ricos pañales de Holanda; y a su lado, presta a cumplir su función de nodriza, está Hipólita con los senos henchidos y con su propio negrito a horcajadas en el cuadril. Muy grave y solemne es la ceremonia. En medio de sus latines y mientras su blanca mano vierte el agua bendita sobre la inquieta cabecita del pequeñuelo, el Presbítero Aristeiguieta dice con acento profundo: «*Yo te bautizo* con el nombre de *Simón José Antonio de la Santísima Trinidad*».

El acto ha terminado y el cortejo se dirige ahora a la puerta del templo precedido por un acólito que agita una campanilla. En este momento se alza un clamor en la calle y en la Plaza Mayor: «¡Albricias para los padres! ¡Que vivan los padrinos! ¡Larga vida para el niño Simón!». Es el momento simbólico de la comunicación entre el pueblo y los quirites. El abuelo y padrino Don Feliciano extrae entonces sucesivos puñados de menudas monedas y arroja éstas a la plebe que se pelea por recogerlas. Sobre Caracas se derrama un alegre son de campanas.

En este ambiente de bienestar y de doméstico entendimiento comienza a crecer el pequeño Bolívar y a asimilar sus primeras sensaciones del mundo. La casa paterna es amplia, ventilada, dividida en lo principal en dos salas —una grande y otra chica— que dan a la calle separadas por el amplio zaguán en cuyo portal se ostenta, grabado en piedra, el escudo de la familia. Un patio anterior con plantas de flores y rodeado de galerías conduce al comedor, tras el cual existe otro patizuelo en el que crecen granados. Este segundo patio está separado de la parte principal de la casa por dos grandes habitaciones y por un pasillo, frente al cual se ve el oratorio con su altar y sus imágenes santas, y un poco más allá la holgada cocina.

A la derecha se alza una pared a la que hay adosada una fuente, y al otro lado de ella se extienden las habitaciones de los esclavos, los que al igual de los miembros de la familia, están rigurosamente separados por sexos: a un lado los hombres y al otro las mujeres. Existe una planta superior sobre las habitaciones que separan los patios, pero esta planta será suprimida más tarde. Finalmente, más allá de la pared del segundo patio está el extenso solar sombreado por altos y copudos árboles. Con esta grande y severa mansión, construida en el siglo XVII, linda por el Oeste (es decir, por el lado de sus solares) la de los Jerez y Aristeiguieta, no menos grande y austera. El Capitán General, que habita el inmueble contiguo, en la esquina que llaman de Las Gradillas, a partir de 1786 atravesará el solar de los Bolívar para dirigirse a la Real Audiencia.

Precisamente en este año de 1786, fecha de fundación de la Real Audiencia de Venezuela, va a presenciar el pequeño Simón el primer duelo de su familia: la muerte de su padre, ocurrida el 19 de enero. Ve entonces su casa invadida por gentes trajeadas de negro y oye el llanto de su madre y de sus parientes, y el plañido de los esclavos. Por la tarde llega el cura con sus acólitos, precedido de largas pértigas con cruces de plata, y se pone a rezar y a salmodiar en latín frente al ataúd en el que reposa el Coronel Juan Vicente Bolívar. Después de esto unos afligidos y enlutados señores alzan el féretro en unas andas y lo cargan sobre sus hombros para trasladarlo a la Catedral. Entre el murmullo de los esclavos y el tañido luctuoso de las campanas cae monótonamente esta invocación que pronuncia una manumisa: «Que Dios lo saque de pena y lo lleve a descansar». Flotan negros crespones. La casa y el templo están colmados de coronas y cruces formadas con flores frescas de los jardines. En la capilla de la Santísima Trinidad, en la Catedral, junto a los restos de algunos ilustres antepasados hallará también sepultura Don Juan Vicente.

Siguen corriendo los días y el niño continúa su crecimiento. Es delgado y de corta estatura, de piernas flacas y de tórax estrecho, pero inquieto y curioso. ¿Qué hace? ¿Qué dice? Pocas referencias existen de su conducta por este tiempo. Mientras tanto su madre,

rigurosamente trajeada de negro, ha asumido la administración de los bienes de la familia y da muestras de una gran entereza. Viaja con frecuencia a inspeccionar sus haciendas y pasa temporadas en el ingenio de San Mateo, en compañía de sus hijos y de algunas personas de su amistad. Negros y mulatos en mayoría, los pobladores de estos campos y aldeas aragüeños manifiestan devota adhesión a sus blancos señores de quienes reciben trato afable y no pocas mercedes. Desaparecido el marido, la viuda tiene que dar el frente a inesperadas demandas tribunalicias planteadas por gentes que se consideran con derecho a participar de sus bienes, pero Doña María de la Concepción, asistida por su padre Don Feliciano responde a los demandantes, en tanto que para proteger a su hijo Simón, que ha sido instituido heredero de algunos bienes dejados por su pariente el Presbítero Aristeiguieta, le designa curador *ad litem* al Licenciado Miguel José Sanz. Un día de 1788, cuando apenas cuenta cinco años, el pequeño es vestido con su traje negro de terciopelo y llevado por su abuelo Don Feliciano a tomar posesión de la herencia de su tonsurado pariente, de conformidad con el procedimiento español. ¿En qué consisten estos bienes? Uno de ellos es la casa llamada del Vínculo, en la esquina de Las Gradillas, la que habita el Capitán General. Allí se encuentran presentes para la ceremonia los jueces y escribanos de la Real Audiencia, el curador Licenciado Sanz y los testigos Fernando Vides (maestro de primeras letras del niño) y Luis Bonifacio de Manzanos. El legado comprende muebles valiosos: mesas de cedro con torneadas patas de pardillo; escaños de rica madera, sillas de Carora con asiento de suela y clavos dorados; sillas de mimbres de Veracruz, cornucopias de luces esmeriladas, grandes espejos con marcos dorados, suntuosos sillones pintados de encarnado y con asientos de guadamacil; sillas de mano forradas en guadamacil y damasco y pintadas de rojo y azul, con flecos dorados; platería y cristalería para el comedor; ollas de cobre para el chocolate, aguaduchos o tinajeros, un reloj de campana en la alcoba que fue del presbítero; estrados de guadamacil, tíbores y floreros de porcelana de China que Don Juan Félix estimaba particularmente; dos retratos de reyes de España en grandes marcos dorados y muchos objetos más. Todo esto debe el niño tocarlo con sus manitas, en señal de posesión, al mis-

mo tiempo que va repitiendo palabra a palabra la fórmula que el escribano le dicta: «¿Hay quien me impida la posesión o cuasi posesión que el presente receptor (el escribano) por orden de la Real Audiencia, realmente me da y yo tomo, autorizado por mi curador el Licenciado Miguel José Sanz, de esta casa que es parte del Vínculo que a mi favor instituyó el Presbítero Aristeigueta?» Y como nadie lo contradice, el receptor le da posesión inmediata.

De este modo discurre la existencia del pequeño Simón Bolívar en la Caracas de finales del siglo XVIII. Sus parientes que suelen llevarle a visitas en las que conoce a otras gentes, le llevan también al campo en donde suele pasar temporadas. Y allí, en medio de la exuberante naturaleza, aprende a montar a caballo, a armar el lazo para cazar pájaros y a hacer travesuras. En la hacienda de su tío-abuelo el Presbítero Sojo —en Chacao— asiste una que otra vez a los conciertos de música y observa a los esclavos en sus faenas rurales. A estas mismas damas mantuanas, orgullosas y bellas, a las que ve ahora tocar el arpa y la guitarra en sus fiestas campestres, las verá treinta años más tarde en el ostracismo, viejas y miserables, haciendo lo mismo para ganarse la vida en las fiestas de negros de las Antillas.

En 1792 se agrava la enfermedad que después de algún tiempo ha venido minando la salud de Doña María de la Concepción (tuberculosis laríngea) y sus parientes se muestran muy preocupados. Los esclavos oran por la vida del ama mientras que el médico remueve la cabeza con desaliento. Ungüentos, fricciones, píldoras vegetales, pócimas pestilentes, toda la farmacopea de la época fracasa ante la terrible dolencia en la que tampoco producen efectos las clandestinas recetas mágicas que los siervos han heredado de sus ancestros. El 5 de julio de 1792 la señora entra en agonía y al siguiente día muere.

Y de nuevo presencia la casa de los Bolívar las escenas de 1786: llantos, rezos, gentes trajeadas de negro, el cura con sus acólitos y sus altas cruces de plata; la ceremonia mortuoria en el templo y el entierro en la capilla de la Santísima Trinidad. Pero esta vez el

duelo trae una transformación más significativa para la familia. Durante el día todos permanecerán en la casona de San Jacinto, bajo la autoridad superior del abuelo Don Feliciano, mas por la tarde los niños serán trasladados a la vivienda de este señor, cercana a la propia, para pasar la noche en compañía de sus tías. A Simoncito lo toma Josefa bajo su particular protección.

A partir de este luctuoso acontecimiento, el abuelo materno tendrá a su cargo los negocios de la sucesión y hará designar tutores a cada uno de los pequeños: el del mayor, Juan Vicente, será su tío político Don Juan Félix Palacios, y el de Simón su tío carnal Don Esteban Palacios y Blanco; mas como éste se encuentra en Madrid desde principos del año, ejercerá en su lugar la tutela su hermano Don Carlos.

Todo esto se hace con parsimonia y con método. Para despachar la administración, el abuelo convierte en oficina la más pequeña de las salas de la casona de San Jacinto y trae como amanuense a Don Simón Narciso Rodríguez, personaje curioso, un tanto extravagante, de casta inferior pero de familia bien estimada en Caracas. El apellido paterno de Don Simón es Carreño (el mismo que lleva su hermano Don Cayetano, el músico), pero él, por razones propias de su carácter, se ha cercenado el Carreño y se llama Rodríguez como su madre. Para esta época cuenta con veintiún años de edad y se le considera, pese a sus notorias rarezas, un hombre inteligente y de amplia cultura humanística. Precisamente el año anterior, el 23 de mayo de 1791, el Ayuntamiento de la ciudad le ha otorgado el título de Maestro segundo de la escuela de niños de primeras letras, por recomendación del maestro principal del mismo, Don Guillermo Pelgrón, que lo es también de latinidad y elocuencia. Su sueldo es de cien pesos anuales. Tres años más tarde, impulsado por una irresistible pasión de reformas, Rodríguez va a presentar una larga memoria en la que propone la igualdad de la educación para las gentes de color, y como la Real Audiencia objetará esta moción, el inquieto maestro renunciará a dicho cargo.

Este nuevo contacto humano va a tener extraordinaria importancia en la vida futura del pequeño Bolívar. Antes de conocer a Ro-

dríguez ha recibido la enseñanza primaria de otros maestros, a saber: de Don Fernando Vides, de Don Francisco Antonio Carrasco, del Presbítero José Antonio Negrete, quien le da también clases de historia y de religión, y de don Guillermo Pelgrón de quien recibe rudimentos de latín. En cierto momento, junto con su hermano mayor, asiste a una escuela que dirige en el Convento de San Francisco el fraile Jesús Nazareno Zivardia. Mas cuando Rodríguez entra a trabajar en su propia casa, entre ellos se inicia una relación que, aunque no en sentido estricto, les convierte en maestro y discípulo. El niño cuenta entonces nueve años de edad y su carácter es tan espontáneo y tan vivo que Rodríguez le hace objeto de su atención y su afecto.

No será esta enseñanza puramente mecánica. Tendrá proyecciones morales y filosóficas. Juntos el preceptor y el rapaz, recorrerán la solariega casona y mientras aquél le muestre los retratos de sus antepasados, éste le hará preguntas. Y de esta manera aprenderá el joven Simón Bolívar quiénes fueron los fundadores de su estirpe en la provincia de Venezuela y lo que hicieron en este país los hombres y las mujeres de su familia: conocerá la historia y las leyendas de los Bolívar, de los Palacios, de los Aristeiguietas, de los Blancos, de los Jaspes y los Montenegros, de los Pontes y de otros tantos linajes de origen hispano y aun extranjero vinculados al suyo; y adquirirá de este modo una idea de sí mismo y de su posición en la sociedad.

No es fácil tarea la de ordenar y memorizar una genealogía en la que descuellan tantos antepasados notables, pero es de suponer que el joven Simón Bolívar Palacios, así como sus hermanos, tuviesen informadores solícitos en esta materia. En aquellos tiempos, en los dominios de España podrían escasear los buenos matemáticos, los buenos médicos y los buenos gobernantes, pero no los mejores genealogistas. En la propia casa de los Bolívar no faltaría de seguro un registro fehaciente con su proficuo y frondoso Arbol henchido de frutos brillantes.

No existen herejes visibles en la ascendencia paterna del niño. El primero de los Bolívar de Venezuela, llamado el Viejo, nació en

Vizcaya del matrimonio de Martín Ochoa de la Rementería y de Magdalena de Ibarguen. Su llegada al suelo venezolano ocurre en 1588 y junto con él arriba su hijo Simón de Bolívar, el Mozo. Casa éste aquí con Beatriz de Rojas, hija del conquistador Alonso Díaz Moreno, y con ello procrea a Antonio de Bolívar y Rojas quien desposa a su vez a Leonor de Rebolledo y Almendaris y engendra entre otros a Luis de Bolívar y Rebolledo. Se une Don Luis a María Martínez de Villegas y Ladrón de Guevara y de tal unión nace Juan de Bolívar y Martínez, futuro teniente General de la provincia. A su tiempo este Juan de Bolívar contraerá segundas nupcias con María Petronila de Ponte y Marín de Narváez y como fruto de esta alianza nacerá Juan Vicente Bolívar y Ponte, padre a su vez del futuro Libertador.

En la línea materna, por el contrario, sí hay gentes de otras naciones: el primero de ellos es Mateo de Ponte, genovés de comienzos del siglo XV, y el segundo un hijo del anterior, Juan Esteban, también genovés, conquistador de las islas Canarias en 1497; más adelante aparece en el Arbol un noble alemán —Juan Xedler (o Gedler)—, quien contrae matrimonio con Helena de Guren (posiblemente flamenca), y con ella procrea a Manuel Xedler y Guren más tarde Fiscal de la Santa Hermandad. Cásase éste con Isabel de Gámez y Céspedes y dan vida a Diego Manuel Xedler y Gámez, futuro Maestre de Campo, quien enlazado a su turno con Juana de Rivilla y Puerta viene a ser el progenitor de Isabel María Xedler de Rivilla y consiguientemente el abuelo de Feliciano de Palacios y Xedler, abuelo a su vez de María de la Concepción Palacios y Blanco.

El tercer elemento extranjero en la ascendencia materna del futuro Libertador es la holandesa Adriana Gerardts, esposa de Cornelio Blanco y madre de Pedro Blanco Gerardts. Casado este último con Beatriz de Ponte y Rebolledo engendra a Alejandro Blanco de Ponte, de quien descienden en línea directa Mateo Blanco Infante, un hijo suyo del mismo nombre y Francisca Blanco Herrera la que casada con Feliciano Palacios Sojo da a luz a María de la Concepción.

Ciento treinta antepasados directos de Simón Bolívar Palacios ha registrado el historiador Andrés F. Ponte en su minuciosa gene-

alogía. En ésta figuran nombres ilustres de capitanes conquistadores como Juan Cuaresma de Melo, Bartolomé García, Juan de Villegas, Francisco Martínez de Madrid y su hijo Lorenzo, Francisco de Maldonado y Almendaris, Francisco de Rebolledo, Juan Martínez de Villela, Juan Ladrón de Guevara y García, Diego Vásquez de Escobedo y su hijo del mismo nombre, Cristóbal de Ponte y Francisco Infante. También hay artistas (músicos y melómanos) sobre todo en la ascendencia materna; sacerdotes, políticos, agricultores y comerciantes. El será el primer revolucionario y sin duda el último de su estirpe.

Prosiguen andando los años y con la muerte del abuelo Don Feliciano nuevos cambios se producen en la existencia de los Bolívar. Casada desde 1792, la hermana mayor María Antonia vive con su marido Don Pablo Clemente y Francia. Los otros —Juana, Juan Vicente y Simón— están distribuidos en las casas de sus tutores. Para el menor de los niños este cambio va a traer consecuencias de notoria importancia. Obligado a vivir con su tío Don Carlos, solterón solitario de áspero y displicente carácter, el pequeño no tardará en dar manifestaciones irregulares de su educación y conducta. Como Don Carlos suele ausentarse de la ciudad para atender a sus fincas agrícolas, él aprovecha esta libertad para irse a vagar por las calles y por los campos cercanos en compañía de otros rapaces cuya clase social no le produce el menor cuidado. Y de esta manera, soñador y curioso, suele entrar en los templos, vagar por las plazas y por los mentideros urbanos y detenerse frente a las barberías para mirar a los muchachos del vecindario que estudian allí sus lecciones mientras sus preceptores, los verbosos barberos, rapan las barbas o extraen las muelas a sus pacíficos clientes.

Así, en esta holganza maravillosa, el joven mantuano pasa tres años más. Pero no todo es holgorio en su corazón ni paz en su mente que ya comienza a analizar sus vivencias. El 23 de julio de 1795, víspera de su duodécimo cumpleaños, su mano llama a la puerta de

la casa de María Antonia y cuando se encuentra en presencia de ésta, declara con desenfado:

—Vengo a decirte que he decidido no vivir más con el tío Carlos. Quiero estar con ustedes.

—¿Por qué? —le interrogan su hermana y Don Pablo—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Es una casa muy sola y muy triste. Mañana es mi cumpleaños... El tío anda por sus haciendas y yo no tengo siquiera con quien conversar.

Al otro día acude Don Pablo Clemente a la Real Audiencia, ante la cual da cuenta del caso, y el tribunal dispone que el niño permanezca con su hermana y cuñado. Las cosas parecen arreglarse a contentamiento de todos pero no ocurre así porque pasados algunos días, enterado del hecho, Don Carlos estalla en cólera: ¡Ah! ¿Conque han aprovechado mi ausencia para hacerme esta mala jugada? Ya se ve: la renta del niño. ¡Ocho mil pesos anuales! Pero no se saldrán con la suya.

Y en este estado de ánimo acude a la Audiencia y entabla un litigio acerca de la residencia del joven Simón, durante el cual los Palacios y los Clementes se dirán muchas pesadeces. Menudean las citaciones. María Antonia y su esposo manifiestan estar conformes con que el menor vuelva a la casa de su tutor, pero Simoncito se obstina en su resistencia. Hay entonces una escena violenta: mientras Don Carlos y su hermano Feliciano tratan de sacar por la fuerza al rebelde sobrino, se aglomera la gente y se forma un tumulto. Don Feliciano da un empellón al muchacho. Por último aparece un negro fornido, esclavo de los Palacios, y lo carga en vilo llevándolo de esta manera al domicilio de su amo Don Carlos. Es inútil que el chico chille, patalee y dé golpes de puño al negro. A la mañana siguiente, en el salón de la Audiencia, el indignado tutor afirma con énfasis ser apto para educar al pupilo «del modo correspondiente a su nacimiento y al rango que algún día ha de ocupar en la sociedad». Y a renglón seguido estampa esta declaración: «Desde hace algún tiempo tengo el proyecto de transferirlo a la casa de Don Simón Narciso

Rodríguez, maestro de la escuela pública de primeras letras, que siendo un sujeto de probidad y habilidad notoria, y estando destinado por su oficio a la enseñanza de los niños, podrá más cómodamente proveer a la educación de éste teniéndole siempre a su vista y en su propia casa que es bastante cómoda y capaz». Pero a esto se oponen María Antonia y Don Pablo: ¿En la casa de ese maestro? ¡De ninguna manera! «No podemos admitir —daclaran— que este niño sea internado en el plantel de Simón Rodríguez». No lo consideramos «decoroso a la distinguida jerarquía del alumno ni correspondiente a sus rentas y facultades». Ellos consideran como lo más adecuado al caso que se señale, con dotación suficiente, «un avo o sacerdote secular, u otra persona de probidad, instruida, virtuosa, etc., para que se encargue de darle la noble educación correspondiente a su nacimiento, que lo tenga siempre a su lado y lo acompañe, vigilando sobre sus acciones y operaciones y conduciéndole a la escuela a las horas precisas si es necesario» (*).

La protesta de María Antonia y Don Pablo no tiene éxito pues el niño es entregado esa misma noche (1o. de agosto de 1795) al maestro Simón Rodríguez, a cuyo efecto se hace forzoso actuar otra vez con violencia. Es en este momento cuando entre chillidos impresionantes, de los labios del chico brotan palabras que producen asombro en quienes las oyen: «Que los tribunales dispongan de mis bienes pero que no se metan con mi persona. Si los esclavos tienen libertad para elegir amo a su satisfacción, ¿por qué se me ha de negar a mí la de vivir en la casa que sea de mi agrado?»

Quince días va a pasar entonces en la casa del maestro Rodríguez (entre las esquinas del *Cují* y la *Romualda),* en la que se alojan otras dieciocho personas: la legítima mujer de Rodríguez, Doña María de los Santos Ronco, con tres criados o domésticos a su servicio; el hermano de aquél, Don Cayetano Carreño, con su mujer —Doña María de Jesús Muñoz— y un niño recién nacido; Don Pedro Piñero y un sobrino suyo; cinco pequeños discípulos y pupilos de Don Simón, las suegras de éste y de su hermano y dos cuñadas de

(*) Mons. Nicolás E. Navarro: «Litigio ventilado ante la Real Audiencia de Caracas sobre domicilio tutelar y educación del menor Simón Bolívar». Pág. 8.

trece y ocho años de edad respectivamente. El joven Bolívar irá a habitar una pieza al frente del corredor principal y tendrá en ella por compañero a otro alumno, José Félix Nava.

Como el local de la escuela está a cinco cuadras distante de allí, todos los días, mañana y tarde, sale el maestro acompañado de sus internos y mientras cruzan las rectas calles les habla de la naturaleza y de los deberes del hombre para con sus semejantes. En estas conversaciones cita a Rousseau: «El hombre de la naturaleza lo es todo para sí; es la unidad numérica, el entero absoluto, que sólo se relaciona consigo mismo, mientras que el hombre civilizado es la unidad fraccionaria que determina el denominador y cuyo valor expresa su relación con el entero, que es el cuerpo social». «Las instituciones sociales buenas son las que mejor saben borrar la naturaleza del hombre, privarle de su existencia absoluta, dándole una relativa, y trasladar el *yo*, la *personalidad*, a la común unidad, de manera que cada particular ya no se crea un entero, sino parte de la unidad, y sea sensible únicamente en el todo».

Pero cuando apenas han transcurrido las dos semanas, el inquieto alumno se escapa de nuevo. Ello ocurre el 14 de agosto a las siete y media de la noche. Es esta una noche de angustia para el maestro Rodríguez; de pesquisas inútiles para Don Carlos Palacios. Con la aurora volverá la tranquilidad. Muy de mañana se presenta en la residencia de don Simón el confesor del Obispo (que lo es entonces Fray Juan Antonio de la Virgen María y Viana) acompañado del fugitivo, y sin dar más explicaciones recomienda al maestro «no reprenderlo por el solo motivo de su fuga».

Dos meses y veintidós días exactamente dura este curioso proceso: del 24 de julio al 16 de octubre de 1795. El 26 de agosto estimando que ya el *castigo* impuesto al niño es bastante para enseñarle subordinación, y atendiendo a que los mayorazgos y rentas del pupilo son suficientemente cuantiosos como «para que se le proporcione una educación correspondiente a su nacimiento y calidad, sin que se exaspere su inclinación reduciéndola a la moderación debida», el fiscal de la Audiencia propone se le traslade al Colegio Seminario

de la ciudad, regido por dos sacerdotes y con estudios de primeras letras y otros más avanzados, «de modo que pueda formarse un ciudadano útil a la Religión y al Estado, o que se encargue su educación a otro sacerdote». Pero a esto se opone de nuevo Don Carlos con tajante resolución. Ante todo estima el tutor «que el Seminario Conciliar está destinado por su instituto a la educación de los jóvenes que presientan vocación al estado eclesiástico, y que Don Simón de Bolívar no manifiesta ninguna inclinación a éste, mirándolo como incompatible con la posesión y goce de un mayorazgo que perdería por el mismo hecho de hacerse eclesiástico, según expresas disposiciones de su fundador; que los jóvenes que entran al Seminario Conciliar es forzoso que por su instituto vistan la hopa y beca que les está señalada por preciso distintivo, cuyo vestuario es incompatible con el militar que debe traer continuamente Don Simón Bolívar como destinado a la carrera de la milicia», y, finalmente, que «no se divisa cual sea la mayor ventaja que va el pupilo a ganar en ser transferido al Seminario Conciliar, pues si allí ha de estar bajo del cuidado del Rector y en su defecto del Vicerrector, los cuales son personas de notoria probidad y santidad, destinados por su empleo a la educación de los jóvenes: aquí, quiero decir en la casa de don Simón Rodríguez, vive y vivirá el pupilo bajo la inmediata custodia superior y dirección de éste que es sujeto de no menor virtud y probidad que aquellos y destinado también por su profesión pública a la educación de la juventud».

Acordado así por la Real Audiencia, el niño permanece en la casa del maestro Rodríguez, pero el 14 de octubre se le ve comparecer ante el tribunal, en compañía de Don Carlos, y declarar con toda formalidad que su deseo es volver a la casa de su tutor. ¿Qué le ha ocurrido para producir un cambio semejante? «He pensado en esto —confiesa— y creo que mi tío tiene razón. He sido mal aconsejado. Pido que se me permita volver a vivir con él y seguir bajo la enseñanza de Don Simón».

Pero ya las aguas no correrán por el mismo cauce. Instalado otra vez con su tío, en la casa que fue de su abuelo Don Feliciano, otras personas van a hacerse cargo de su instrucción. Dos de estas

personas son el fraile Francisco Andújar, quien instala en la propia residencia del niño una clase de matemáticas a la que asisten otros alumnos, y Don Andrés Bello, joven sabio dos años apenas mayor que Bolívar y quien da a éste lecciones de historia y literatura.

El cambio de actitud del pequeño rebelde ante la tutela de su tío Carlos Palacios no ha sido suficientemente estudiada. Es sin embargo un indicio psicológico del mayor interés, como lo son otros actos del litigio de 1795. Cuando se ve sometido a la disciplina del internado en la casa del maestro Rodríguez, su temperamento se resiente y su sensibilidad busca una vía de escape por donde volver a su anterior vida de libertad. En la habitación de Don Carlos estaban la soledad, la indiferencia y quizá el frío egoísmo del solterón, pero así mismo estaba el disfrute del albedrío. Y el tutor, que debió entenderlo así, aprovechó el sesgo psíquico del sobrino para atraerlo a sus intereses mediante una transacción.

Pese a lo mal que ha sido tratado Don Carlos Palacios Blanco por los historiadores y por el propio Bolívar, en aquellos momentos cruciales de la existencia del héroe futuro, él es el único que actúa con sentido histórico. ¿Advierte acaso el misántropo, el egoísta tutor, la transformación que se opera en el mundo a fines del siglo XVIII? ¿Intuye quizá el destino de su pupilo? Sea como fuere, su decisión, que coincide con su interés, es clarividente y certera. Casi profética.

II

# UN MUNDO EN CRISIS

Para el año de 1795, cuando el niño Bolívar inicia sus estudios con Andrés Bello y el fraile Andújar, la situación europea es tan turbia y tan explosiva que ya se prevé una crisis de consecuencias incalculables. Los nacionalismos exasperados, por una parte, y las crecientes tendencias imperialistas, por otra, mantienen en tensión a todos aquellos países a los que se considera como conductores de la cultura y árbitros de los destinos del mundo.

El caso de España, hundida en una degeneración cada vez más profunda, se considera muy grave y muy peligroso para la paz internacional a causa del papel que esta nación ha entrado a representar en la pugna existente entre Inglaterra, árbitro de los mares

y consiguientemente del equilibrio de Europa, y la Francia post-revolucionaria empeñada en destruir el británico poderío. Esta posición subalterna de España, comodín vergonzante de Napoleón, tendrá necesariamente hondas repercusiones en sus colonias americanas.

Es precisamente en 1795 y en los años siguientes cuando se desarrollan los más significativos acontecimientos de la política europea posterior a la revolución francesa, a saber: la paz de Basilea firmada aquel año (22 de julio) entre la Monarquía española y la Francia revolucionaria, y por cuyo tratado las dos potencias se restituían sus respectivas conquistas (*). La firma, en julio de 1796, del tratado de San Ildefonso por el cual las mismas naciones contraen una alianza defensiva y ofensiva y se comprometen a obligar a los portugueses a cerrar sus puertos a los buques británicos. La derrota, en 1797, de la escuadra española por la inglesa en la batalla de San Vicente, en aguas de Portugal. La interrupción del comercio español con América y la imposibilidad consiguiente en que España se encuentra de percibir los cuantiosos tributos de las Indias americanas. El movimiento adverso de la opinión española contra el poderoso y vergonzoso favoritismo de Manuel Godoy, Príncipe de la Paz. El manifiesto descontento del Clero por la alianza de la católica España con la herética Francia. La ocupación de Roma por los franceses. La creciente influencia de Godoy sobre Carlos IV y sobre la Reina María Luisa, su amante. La aparición de un nuevo favorito de María Luisa, el hispanoamericano Manuel Mallo (nativo de Popayán y residenciado durante su adolescencia en Caracas), no sólo tolerado sino consentido y aun estimulado por el propio Godoy a quien el amor de la reina causa aburrimiento. La solicitud formulada por el Directorio francés para que Godoy fuese destituido (Carlos IV atiende esta petición pero el favorito conserva su inmenso influjo político). La absoluta sumisión de España a Francia, consumada en 1799, por el temor que el agresivo vecino produce en los primeros ministros Saavedra y Urquijo. La elección —o imposición— de Napoleón Bonaparte para el rango de Primer Cónsul. La

(*) En esta ocasión Francia hace entrega a España de la parte española de la isla de Santo Domingo.

victoria de Marengo obtenida por Napoleón en 1800; el nombramiento de Luciano Bonaparte para embajador de Francia en Madrid y su solicitud de que Urquijo sea destituido del cargo de primer ministro de España (lo sustituye Don Pedro Ceballos, instrumento político de Godoy).

He aquí como habrían de relacionarse las conmociones de la Metrópoli con la creciente inquietud revolucionaria de Venezuela, o más propiamente, de Caracas. En 1795 era descubierta en Madrid una intensa conspiración que debía estallar el 3 de febrero del año siguiente, día de San Blas, y cuyo propósito era el de transformar la monarquía en una república, a semejanza de lo ocurrido poco antes en Francia. En esa conspiración, cuya dirección ejercía el mallorquín Juan Bautista Picornell, profesor de literatura y activo francmasón, participaban Don José Lax, maestro de humanidades: Don Sebastián Andrés, maestro de matemáticas; Manuel Cortés Campomanes, joven de diez y nueve años de edad secretario de Picornell; Don Juan Manzanares; Don Bernardo Garasa, abogado y literato; Don Juan Ponz Izquierdo, profesor de humanidades y de francés; Don Joaquín Villalba, cirujano, y otros. Condenados algunos de ellos a muerte pero conmutada esta pena por intervención del Embajador de Francia, se les envió a distintos presidios de América y esta fue la razón por la cual el 3 de diciembre de 1796 llegaba a La Guaira, en el bergantín correo *La Golondrina*, el profesor Picornell. Poco después lo hacía Don Sebastián Andrés en la lancha corsaria *San Francisco* y finalmente —el 29 de abril y el 24 de mayo de 1797— Don José Lax y Don Manuel Cortés Campomanes, el primero en el bergantín-correo *El Lanzarote* y el segundo en un buque cuyo nombre no se conserva.

En la prisión de La Guaira reanudan estos hombres sus gestiones conspirativas y a poco andar logran interesar a algunos sargentos, cabos y soldados rasos, por medio de los cuales establecen contacto con gentes venezolanas. Como ya en Caracas se trabaja con similares designios, este contacto no fue difícil.

En realidad no se sabe si en la capital de la provincia venezolana se tenían noticias de la conspiración metropolitana; lo cierto

es que al llegar Picornell, los líderes del movimiento criollo, Don Manuel Gual y Don José María España, entran en correspondencia con él y la gestión común se unifica. Recibidos por los venezolanos los papeles que el mallorquín les envía por medio de los soldados comprometidos, la organización clandestina se extiende con rapidez e incorpora a numerosas personas de las distintas clases sociales. Comerciantes, abogados, menestrales y nuevos soldados —sobre todo de la casta de pardos—, se ponen a trabajar por el derrocamiento de la Corona, y de esta manera, el 4 de junio de 1797, logran fugarse de su prisión Picornell, Andrés y Cortés Campomanes (Lax había sido trasladado el día anterior al Castillo de San Felipe, en Puerto Cabello).

Picornell y Cortés se ocultan en La Guaira y Macuto de donde escapan poco después a la isla de Curazao en un bote, más el fugitivo Andrés, quien prefiere dirigirse a Caracas, es reconocido aquí por un espia del Gobierno, apresado y metido en la cárcel.

Estos sucesos que se desarrollan con celeridad y con el consiguiente revuelo, no detienen empero la actividad de Gual, España y los demás conspiradores venezolanos; sin embargo el movimiento está condenado al fracaso a causa de la vigilancia de la Capitanía General y de la indiscreción del comerciante Don Manuel Montesinos Rico, quien habla de ello a su barbero Juan José Chirinos que es a la vez ofiical del batallón de pardos de la capital. Atemorizado Chirinos va a contar lo que ha oído a sus compañeros de batallón Francisco Javier de León y Juan Antonio Aponte y juntos los tres se dirigen al capellán del batallón de veteranos, Dr. Domingo Lander, el que a su vez pone sobre aviso al cura de la Catedral, Dr. Juan Vicente Echezuría. Desde este momento el fracaso es irremediable. El consejo que el clérigo Echezuría da a sus informadores es que vayan juntos al día siguiente a ver al señor Provisor y Vicario General del Obispado, Dr. Andrés de Manzanares, por hallarse ausente en La Guaira el Obispo Viana. Y Manzanares se espanta. Corre a La Guaira, informa al prelado y en compañía de éste acude a la residencia del Capitán General, Brigadier Don Pedro Carbonell. Más como Carbonell no puede atenderles personalmente por hallarse en-

fermo, hablan al Teniente del Rey Don Joaquín de Zubillaga, quien acto seguido vuela a dar la noticia al Regente de la Real Audiencia Don Antonio López de Quintana.

Los acontecimientos se precipitan entonces. Reunida la Audiencia e iniciada la investigación de los hechos, Don Manuel Montesinos Rico es detenido y sus papeles, a la verdad muy comprometedores, se someten a estudio. El resultado de esto es el envío a La Guaira del Dr. Francisco Espejo, abogado de la Real Audiencia, con instrucciones de prender a Don José Montesinos Rico, hermano de Don Manuel, y de realizar otras diligencias. Mientras tanto en Caracas y pueblos del litoral se toman mil precauciones: se sacan tropas a la calle y se colocan soldados disfrazados en algunos sitios de la ciudad. Entre los papeles incautados a los hermanos Montesinos se encuentran una *Instrucción General*, una *Canción Patriótica* y un *Edicto*, por el cual debía convocarse a los simpatizantes del movimiento. Fortuna de Gual es que la misma noche alguien va a avisarle estas ocurrencias a su domicilio de Santa Lucía, lo que le permite ponerse en camino inmediatamente para alertar a sus partidarios. Se habla entonces entre éstos de precipitar el golpe planeado pero a ello se opone el ingeniero Don Patricio Román, segundo caudillo de la conspiración. Y ante tal sugestión Gual se dirige a Macuto, da aviso a España y junto con éste embarca en un bote con rumbo desconocido.

La causa se inicia bajo la dirección del Oidor Don Juan Nepomuceno de Pedroza y asume caracteres de extremada severidad. Los funcionarios de la Corona, y en particular los peninsulares, están realmente alarmados. Ninguno de ellos ignora las circunstancias por que atraviesa la Monarquía ni el estado de excitación de las provincias americanas. Ya no se trata del balbuceante sentimiento de rebeldía que movió en el pasado a Tupac Amaru, precursor indígena del Perú, a los comuneros de El Socorro en el Nuevo Reino y al zambo Andresote, a los ediles de San Felipe y a Juan Francisco de León en las cercanías de Caracas; el movimiento que ahora se trama posee una doctrina y un plan definidos, apunta a la independencia absoluta de estos dominios y a la transformación radical de

sus instituciones políticas y sociales. Para los españoles es una alternativa de vida o muerte.

Sometido a interrogatorio, Don Manuel Montesinos Rico, compromete a sus cómplices y a consecuencia de ello en Caracas y La Guaira son detenidas numerosas personas: militares veteranos y milicianos, blancos y pardos; comerciantes, hacendados, letrados y hombres del pueblo. De todas estas declaraciones se saca en claro que el golpe debía estallar el 16 de julio siguiente, día consagrado a la Virgen del Carmen, a cuya sobrenatural protección atribuye el Capitán General el descubrimiento del terrible complot. Para el arresto de Gual y el embargo de sus bienes, es comisionado el Oidor honorario de la Audiencia Don Antonio Fernández de León, hombre elusivo y cambiante a quien se verá, durante el proceso de la revolución, mudar de campos como quien muda de ropa. Este hábil sujeto encuentra en la casa de Gual comprometedores papeles de puño y letra de Picornell en los que se descubre todo el plan de los revolucionarios.

Era éste de proyecciones profundas y generosas. A juzgar por el contenido de una *Ordenanza* dividida en varios artículos, sus propósitos comprendían lo siguiente: Formación de un Estado independiente integrado por las provincias de Caracas, Cumaná, Guayana y Maracaibo. Adopción de una bandera con los colores blanco, azul, amarillo y rojo representativos de las distintas castas existentes en el país: blancos, pardos, indios y negros. Excitación a los vecinos para que se armasen como pudieran a fin de derribar a las autoridades españolas de los ramos de rentas, guerra y justicia. Constitución en cada pueblo de las provincias, de una junta de gobierno provisional, las que pasados dos meses enviarían a la capital diputados aptos para la declaratoria de independencia y para la organización del régimen jurídico. Supresión de los estancos y monopolios; libertad del comercio; igualación completa de todas las castas; abolición de la esclavitud y eliminación del viejo tributo impuesto a los indios.

En la instrucción de esta causa el señor Fernández de León forma veinte copiosos legajos y con vista de ellos hace arrestar a

varios comprometidos, cuyas declaraciones recibe con infatigable acuciosidad. Sólo Gual y España escapan a esta persecución pese a que el Capitán General envía astutos agentes a las islas de Curazao y Guadalupe. En Caracas impera el terror. Intimidados y deseosos de ponerse al abrigo de toda sospecha (sus razones tenían para ello), el 4 de agosto de 1797 los representantes caraqueños de la nobleza publican un manifiesto por el que se condena severamente esta subversión y a cuyo pie estampan sus firmas el conde de San Javier, el conde de Tovar, el conde de La Granja, el marqués de Mijares, el señor Ustáriz y otros no menos ilustres (*). Y esta es la oportunidad en que, temeroso de verse mezclado en tan peligrosos sucesos, el maestro Simón Rodríguez abandona el país con rumbo a Jamaica. Mientras todo esto ocurre, para premiar a los delatores —pardos en mayoría— el Gobierno prodiga los ascensos y concede a los ascendidos la facultad de anteponer la partícula Don a sus obscuros nombres de pila. Con todo, en este siniestro proceso se verán casos admirables de abnegación y valor; libertados algunos de los sospechosos y confinados otros a Puerto Rico y España, los que permanecen en la prisión no desisten de sus propósitos. Se trasmiten mensajes cifrados de cárcel a cárcel y fraguan planes para el futuro.

Mientras tanto, para el joven Simón Bolívar ha llegado el momento crucial de la adolescencia y en 1798, al cumplir los quince años, recibe por orden del Rey el despacho de Subteniente adscrito a la Sexta Compañía del Batallón de Infantería de Blancos de los Valles de Aragua, del cual fue su padre Coronel fundador. Un año antes se le había hecho Alférez del mismo cuerpo. El nuevo despacho, que contiene también un ascenso, va a quedar registrado el 26 de noviembre de 1798, poco antes de que el aún incipiente mantuano emprenda su primer viaje a la *Madre Patria*. ¿Cuál índole de emociones le acompañará en este periplo? ¿Cuáles serán la intensidad y profundidad de las mismas? Se han mencionado actos suyos, de estos momentos, evidentemente comprometedores y peligrosos, orientados por el vehemente deseo de aliviar el sufrimiento de

(*) «Documentos relativos a la revolución de Gual y España». Publicación No. 2 del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Caracas, 1949, Pág. 97.

algunos reos, y se ha dicho que esto obliga a precipitar su partida de Venezuela, pero el único indicio que ha quedado de ello es el proyecto de un viaje que en 1798 debió realizar Don Pedro Palacios y Blanco para llevarse a Europa a sus dos sobrinos, Juan Vicente y Simón Bolívar; viaje del que entonces hubo que prescindir a causa de la guerra que se hacían en el mar Inglaterra y sus enemigos. Del modo que fuere, no es verosímil que un temperamento sentimental e impulsivo como el del joven Simón Bolívar, iluminado ya por el fuego de la pubertad y por un precoz idealismo, permaneciese impasible en presencia de tan clamorosos sucesos. El viste, sin duda, su galoneado uniforme de Subteniente, pero mientras su mano estrecha la del Capitán General, a su alrededor pululan rostros bañados en lágrimas y miles de labios humildes, de labios criollos, murmuran palabras de rebeldía. Sobre Caracas se ciernen la desesperación y la muerte.

Diez mil pesos por la captura de Gual y cinco mil por la de España, refugiados ambos en la isla de Trinidad (*), ofrecerá el Capitán General Carbonell, cuyos agentes espían a los fugitivos. Picton, gobernador de la isla, trata a los refugiados con fina circunspección pero ellos desconfían de la sinceridad de su comportamiento. Sea porque imaginase olvidado el asunto o porque le atrajese irresistiblemente el hogar, lo cierto es que España decide volver a su desdichado país y, sin detenerse a pensarlo más, un día sale de Puerto España con rumbo a la costa de Barcelona de donde sigue inmediatamente para La Guaira disfrazado de marinero y con un parche negro sobre el ojo derecho. Y de esta guisa desembarca a fines de enero de 1799. Nadie le reconoce y ya en su casa, donde lo recibe el amor de su esposa Doña Joaquina Sánchez, construye una especie de nicho en el cual se oculta cuando lo cree necesario. Durante el día permanece escondido en un *soberado* y su corazón palpita con ansiedad cuando a través de una rendija contempla a sus pequeños hijos que juegan frente a la casa. A veces, para extremar precauciones, va a pernoctar a la habitación de un amigo, el negro Félix Farfán. A veces, desbordando de audacia, sale a la calle disfrazado

(*) Tomada por los ingleses en 1797.

de carbonero. En esto llega a Caracas un nuevo Capitán General —Don Manuel de Guevara y Vasconcellos— y el juicio adquiere nuevo incremento. Se ignora quien ha ido a delatar la presencia de España en La Guaira, más la noche del 29 de abril de 1799 un piquete de tropa allana el hogar de Doña Joaquina Sánchez y practica una minuciosa y brutal requisa. En ese momento angustioso un centinela oye un extraño ruido y una criada aterrada delata la presencia de su amo. Salta éste por el tejado y se lanza a la calle dispuesto a huir pero lo hace con tan mala fortuna que cae sobre una batea llena de platos llamando así la atención de la tropa.

Este es el principio del fin. Ya está el infortunado caudillo en poder de sus perseguidores y sembrado al dolor por una pesada barra de hierro. Al mismo tiempo se envía a su esposa a la *Casa de Misericordia* —cárcel para mujeres de mal vivir— en la misma ciudad de Caracas. Por un momento llega el infeliz a abrigar la esperanza de que le traten con alguna piedad, pero se engaña. Ciertamente los jueces de la Real Audiencia piensan en alguna ocasión de perdonarle la vida, más el Capitán General, que es un hombre implacable se opone a ello y reclama un escarmiento ejemplar. En mayo de 1799 José María España oye su sentencia la cual dispone que deberá ser «sacado de la cárcel arrastrado a la cola de una bestia de albarda y conducido a la Horca, publicándose por voz de pregonero su delito, y que muerto naturalmente en ella, por mano de verdugo, le sea cortada la cabeza y descuartizado: Que la cabeza se lleve en una jaula de hierro al puerto de La Guaira, y se ponga en el extremo alto de una viga de treinta pies, que se fijará en el suelo a la entrada de aquel pueblo por la puerta de Caracas: Que se ponga en otro igual palo uno de sus cuartos a la entrada del pueblo de Macuto, en donde ocultó otros gravísimos reos de Estado a quienes sacó de la cárcel de La Guaira y proporcionó la fuga: Otro en la Vigia de Chacón, en donde tuvo ocultos los citados reos de Estado: Otro en el sitio llamado Quitacalzón, río arriba de La Guaira, en donde recibió el juramento de rebelión contra el Rey: Y otro en La Cumbre; donde proyectaba reunir las gentes que se proponía

mandar: que se confisquen todos los bienes que resultaren ser suyos, y se ejecute...» (*).

Esta tremenda sentencia produce gran sensación en Caracas y en las otras provincias. Como consecuencia de ello el Capitán General recibe amenazadores anónimos y manos desconocidas fijan en las esquinas pasquines que anuncian un inminente levantamiento del pueblo, pero el terco y duro gobernante español no se inmuta. El 8 de mayo, en horas de la mañana, un grupo de carpinteros levanta la horca en la calle —entre la Plaza Mayor y la Cárcel Real hoy Cancillería de la República— y cuando el reo recibe el viático replica al sacerdote que le conmina a arrepentirse: «No hay gravamen de la conciencia en proyectar, promover y consumar una revolución contra el Rey. Son tiranos los jueces que condenan una revolución y castigan a sus autores. Se puede obtener una felicidad temporal sin riesgo de la eterna. Niego el derecho divino de los reyes».

Es de duelo este día para Caracas. Las puertas de las casas están cerradas y en las ventanas flotan colgaduras de luto. Las campanas de las iglesias doblan a muerto. Las mujeres rezan llorosas. La tropa tendida en la plaza, hace resonar sus cajas lúgubremente. Hay filas de escolares traídos por sus maestros (les ha obligado a ello la Autoridad) para que presencien el siniestro espectáculo. Cerca de las diez se ve salir de la cárcel un piquete de soldados armados y un grupo de frailes de diferentes órdenes religiosas ¿Qué papel representan estos siervos de Dios? Rezan y piden limosnas con sendos platillos: «Hagan bien por un hombre que están por ajusticiar». Y al decir esto humedecen sus manos con agua y vino. Al fondo de este grupo aparece un bulto informe, cubierto con una manta que manos de frailes sostienen, y que atado a la cola de un vil caballo avanza hasta la proximidad de la horca. Este ser es España, el precursor que muere por odio a España. Dos sacerdotes le hablan pero él no parece oírles. Mientras tanto en la calle se confunden las salmodias del clero, el ruido de las armas de los soldados,

(*) «Documentos relativos, etc.», No. 2, 40.

los dobles de las campanas y los murmullos de las oraciones del pueblo. Sube el condenado a la plataforma y junto a él lo hacen también dos antiguos amigos suyos, ambos sacerdotes: el Dr. José Antonio Tinedo y el Dr. Juan Vicente Echeverría, cura de la Catedral y el mismo que denunció la conspiración. Este, visiblemente conmovido, lo abraza y con su hábito cubre el cuerpo del condenado. Un minuto después, cumplida la misión del verdugo, José María España se contrae y agoniza en la soga. El cura Echeverría exclama en este momento: «Dejad, cristianos, que para desahogar mi corazón me despida un momento del amigo de mis tiernos años, del compañero de mi juventud, del que recogió las efusiones primeras de mi amistad. Dejadme llorar como David, al nuevo Absalón, que ha perecido colgado de ese árbol funesto. *Absalón, fili mi!*»

Hasta las cuatro de la tarde permanece el cadáver pendiente en la horca, a la vista de todos. A esa hora se presenta el *ministro ejecutor de la real justicia* —el verdugo— y, provisto de un hacha, un cuchillo y un machete, procede al descuartizamiento. El nombre de este hombre es Agustín Blanco, de sesenta años de edad. Y ya entrada la noche los dispersos miembros de España son conducidos a lomo de mula, para ser colocados tal como fue dispuesto: la cabeza en el lugar denominado *Puerta de Caracas*, dentro de una jaula de hierro y en lo alto de un asta, y las extremidades en Macuto, Quitacalzón, Chacón y La Cumbre.

Otros reos recibirán también la muerte. A Doña Joaquina Sánchez el tribunal la condena a ocho años de prisión, más amenazada de aborto (estaba encinta cuando fue presa) se la traslada a un hospital. Y así pasarán seis años. Ocurre entonces al Rey impetrando perdón, pero el monarca se limita a ordenar el desembargo de sus bienes. Una vez cumplida su pena, Doña Joaquina será desterrada a Cumana con prohibición de volver a Caracas.

No alcanza el Subteniente Simón Bolívar a presenciar la muerte de España, porque en el mes de enero de 1799 ha embarcado con rumbo a la lejana Metrópoli, por la vía de México.

III

# LA REVELACIÓN EUROPEA

Tres viajes hará Bolívar al Viejo Mundo, todos ellos en los días de su juventud. Europa, centro entonces de una cultura en conmovido proceso de cambio, será para él una inmensa fuente revelatoria

El primero de tales viajes es el que emprende en enero de 1799 y que se prolonga hasta fines de 1802. El segundo lo inicia en 1803 y es el más largo de todos ya que durará hasta mediados de 1806. El tercero lo efectuará en 1810. Cada uno de estos periplos por el inexhausto laboratorio de la civilización de Occidente tendrá para él un distinto significado.

El valor esencial de la primera salida del Caraqueño del escenario de su país reside absolutamente en su significación psicológi-

ca: él se realiza en ese momento clave del hombre en que, terminada la adolescencia, comienza la pubertad y con ella una nueva sensibilidad de las cosas, del mundo y de sus problemas; cuando a la imagen fantástica de la vida, propia de la infancia, se sustituye una imagen estética, y a la desarticulación imaginativa una concepción ética y paladinesca, es decir, heroica. Se acabaron las fabulosas lecturas de Grimm y Perrault, las que son sustituidas por las de Lessage, Bernardino de Saint Pierre y Walter Scott. En México, primera escala de la prolongada navegación, va a surgir la primera anécdota —por cierto muy discutida— psicológicamente atribuible a este cambio: la de su supuesta entrevista con el Virrey español Azanza, en la cual, en presencia del General Alava y del Oidor de la Real Audiencia Don Guillermo de Aguirre y Viana, su hospedador, expone con sorprendente franqueza su parecer acerca del dominio de España en América.

¿Es completamente falsa o apócrifa esta anécdota? Si se la considera enmarcada por el tribunicio y barroco atuendo de que la han rodeado sus narradores, evidentemente lo es; mas si se la estima como un espontáneo impulso del joven que acaba de presenciar los conmovedores sucesos de la abortada conspiración caraqueña de Gual y España, se la puede admitir a lo menos como verosímil. Para lo cual bastará colocarla en el mismo plano interpretativo en que lo han sido el juramento del Monte Sacro, la imprecación en el terremoto de 1812 y otras anécdotas semejantes.

Ya en Madrid, donde ha de cumplir sus diez y seis años, la vida va a precipitarse dentro de él, no como un huracán sino como una cascada. Nuevas sensaciones abrirán a su espíritu horizontes desconocidos. Hele allí en el corazón del Imperio español, respirando el mismo aire viciado que Carlos IV, Godoy y sus cortesanos, pero también el mismo que aún hacen vivificante las hazañas del Cid y de Cervantes y los *Caprichos* de Goya que en esos mismos momentos se ofrecen al público en las librerías de la urbe. En el Real Sitio de Aranjuez, adonde le conduce su tío Esteban Palacios y Blanco (su verdadero tutor), recibe su primera impresión directa de la Corte y de sus esplendores marchitos. Conoce a Carlos IV rubio, ler-

do, pesado, y a la reina María Luisa, vieja y charlatana. Conoce también al Príncipe de la Paz, el poderoso Godoy, arrogante y empenachado; y al Infante Fernando, heredero de la Corona. Pero sobre todo conoce —puesto que va a vivir en su propia casa— a su cuasi paisano Don Manuel Mallo, amante *sui generis* de la soberana. En ese palacio, al que siempre tiene que entrar por puertas traseras, ocurrirá otro singular y discutido episodio que se ha referido como un acontecimiento simbólico y que aquí se va a repetir por su sentido anecdótico. Invitado por el joven Infante a participar en el juego del volante al que se dedicaban algunos nobles adolescentes, Bolívar manejó la raqueta con tal precisión y violencia que la pelota fue recta a tumbar la gorra del Príncipe tal como veinte años después tumbará de su regia corona las gemas de sus dominios americanos. Cierto o no este suceso lo indudable es que durante su permanencia en Europa otras peripecias le ocurrirán de no menor significación para su vida futura. En el propio palacio tendrá oportunidad de presenciar escenas reveladoras del abismo de podredumbre en que naufraga la dinastía española de los Borbones. Cierto día en que se halla en la habitación ocupada por Mallo en la real residencia, ve aparecer a la reina, oculto el rostro por un antifaz, y la oye discutir con su amante en voz que no tarda en hacerse ruidosa: «Debemos ir al bautizo de la hija de Manuel —dice ella refiriéndose a Godoy— y quiero que me acompañes». «No —rechaza el americano—, no iré; no quiero salir de viaje». «Te lo mando» —grita la reina alterada—. A lo que replica Mallo furioso: «Pues no iré. Eres una zorra, una mala mujer». En ese momento asoma el rostro bovino del rey quien pregunta: «¿Qué ocurre?» —«Nada —le responde María Luisa con gran aplomo—. He regañado a una camarera; eso es todo».

Al amparo de su tío en Madrid completará el joven caraqueño su educación. Con profesores particulares estudia gramática castellana, idioma francés, matemáticas, geografía, historia natural, esgrima y danza moderna. Es de suponer que asiste al teatro, a museos y conciertos. ¿Amaba las artes el futuro Libertador? Este es un problema que no se ha planteado (y resuelto) con la necesaria

circunspección por sus numerosos historiadores. Igual cosa ocurre con su problemática erótica y con las derivaciones que ésta pudiera tener en su obra. Bolívar fue un niño y un joven normal, suele decirse, más ¿es que los niños y los adolescentes normales no experimentan problemas de índole psíquica capaces de reflejarse en su pensamiento y en sus acciones? Cierto es que no existen, o no se han hallado, documentos escritos que permitan al rutinario historiógrafo atribuir a Bolívar determinados hechos en la época de su infancia y adolescencia, mas, en defecto de aquellos, bien conocidos son otros que interpretados a la luz de la psicología juvenil servirán al historiador perspicaz para establecer conclusiones interesantes. El expediente del litigio de 1795, tan arbitraria y tendenciosamente utilizado por algunos historiadores, es rico en datos de esta naturaleza. En sus páginas vemos vivir y moverse y pensar a un niño normal, sin neurosis ni aberraciones; pero vemos también una sensibilidad singular y un pensamiento precoz capaz de los más sorprendentes contrastes y adaptaciones. «Que los tribunales dispongan de mis bienes —dice en cierto momento—, pero que no se metan con mi persona. Si los esclavos tienen libertad para eligir amo a su satisfacción, ¿por qué se me ha de negar a mí la de vivir en la casa que sea de mi agrado?» En estas palabras que parecen no haber sido advertidas por los comentaristas de aquel revelador episodio, hay todo un universo de vivencias morales que correrán como un río subterráneo hasta desembocar en el hombre y en sus maduros designios. Hay rebeldía innata fertilizada por la influencia del medio y por el clima emocional de la época. Poco después de eso se le ve allanarse a vivir con su tío Don Carlos más se equivoca quien crea que tal acto significa sólo derrota y resignación.

¿Tuvo Bolívar alguna vez, en algún momento de su niñez, de su adolescencia o de su pubertad, inclinación a alguna forma de arte como expresión de su fantasía o de sus vivencias? No lo sabemos y quizá no lo sabremos nunca. Sin embargo un mínimo atisbo de ello puede encontrarse precisamente en el legajo de 1795: la S inicial de su firma dibujada deliberadamente para imitar la S de la palabra Sello impresa en lo alto del prosaico pliego tribunalicio. A

través de esta nota solitaria y huidiza podemos imaginar al pequeño en el solemne salón de la Real Audiencia, en medio de los graves letrados y de su artificiosa retórica, pidiendo a los signos inanimados el secreto de su magia interior.

El contacto con el viejo Marqués de Ustáriz (*), en cuya casa va a vivir cuando su tío Esteban cae en prisión a causa de una oscura intriga en la que se vio comprometido por aquel tiempo, debió ser de no poco provecho para Bolívar. Autor de estimables obras de economía y de política, el Marqués no se mostraba optimista en cuanto al porvenir del imperio español en el Nuevo Mundo y es de suponer que en sus charlas con el joven venezolano tratara acerca de esta materia. Por esos mismos días hace su aparición en Madrid, después de un viaje lleno de peripecias, el tío Don Pedro, el más alegre y despreocupado de los hermanos Palacios y Blanco, quien va a la Metrópoli en busca de empleo y confiando en la ayuda de su amigo Mallo. Esto ocurre en 1800, año auroral en el que comienza una nueva centuria preñada de augurios y en el que fulgura para nuestro héroe la maravillosa revelación del amor.

La dulce y silenciosa María Teresa, cuya silueta pasará por la historia de Venezuela en un vuelo breve y crepuscular, es la hija de Don Bernardo Rodríguez del Toro y de Doña Benita de Alaiza y Medrano, difunta para esa época. Dos años mayor que su pretendiente, es además su parienta. ¿No es esto un contrasentido? Así debe parecerle a Don Bernardo quien recomienda esperar aún para la formalización de la boda. ¡Un niño de diez y siete años y una señorita de diez y nueve! Viajará pues el enamorado a Bilbao y luego a París y a Amiens antes de contraer matrimonio. En Amiens, a principios de 1802, presenciará la firma de un tratado internacional por el que se pretende restablecer la paz del mundo moderno.

Este primer amor *conocido* del joven Bolívar merece especial consideración. Podría llamársele el amor-revelación. Para comprender a cabalidad esta proposición es necesario deslindar previamente, mediante el estudio de la psicología juvenil, los verdaderos

(*) Don Jerónimo Ustáriz y Tovar, nacido en Caracas en 1735.

valores de dos conceptos que han marchado toscamente ligados produciendo un lamentable confusionismo: lo erótico y lo sexual. Al hacer el estudio de esta materia Eduardo Spranger realiza el necesario deslinde: «La erótica —escribe— comprende vivencias de un matiz completamente distinto (al de la plena sexualidad). Digamos ante todo —prosigue— breve y provisionalmente, que es una forma del amor predominante psíquica y de carácter *estético*». Y más adelante añade: «En un principio (se refiere a la adolescencia) la raíz de la erótica es el entusiasmo por la belleza, la gracia o la fuerza del cuerpo ajeno». Para Spranger es, pues, la erótica juvenil la polarización de las almas a través de la admiración de la forma humana. «El eros a la belleza corporal es un estar poseído por la imagen de la juventud desbordante». «Lo bello adquiere para el amante un carácter de revelación; resuena en ello un eco religioso. Por eso puede el adolescente «consumirse» por el adolescente de noble figura; y el adolescente por el niño, y el adolescente por la doncella, y ésta por él». (*)

Una revelación. Este es el caso de María Teresa Rodríguez del Toro y Alaiza para el imberbe Simón Bolívar: una revelación «casi religiosa». Sólo interpretando lo erótico de esta manera se puede entender ese amor ideal, casi contemplativo, tan certeramente fijado por Tito Salas en la actitud mística de Bolívar junto al cadáver de la joven esposa. Y sólo así podrá entenderse también el profundo cambio que se produce en el mismo hombre cuando, dos años después, se encuentra en París con Fanny du Villars, a la que ya conocía de Bilbao y por lo que no mostró entonces el menor interés. La justa explicación de este cambio la proporciona igualmente Spranger: «En esta edad (la de la adolescencia) la sexualización de lo erótico destruiría el amor ideal; y, a la inversa, aún no se lograría la plena erotización de lo sexual. Prueba de que, justamente, el lado sexual todavía no ha llegado aquí a la plena madurez». Mas —señala a continuación— «permanecer en esta separación, llegada la edad madura, representa siempre un obstáculo a la evolución de la personalidad

(*) Eduardo Spranger: «Psicología de la edad juvenil». **Ed. Revista de Occidente**, 1929.

total, una escisión que ya no puede llamarse sana». He aquí en breves palabras toda la historia del erotismo y de la sexualidad de Simón Bolívar. He aquí resumido todo ese cambiante proceso psíquico que irá desde la madrileña María Teresa Rodríguez del Toro hasta la ecuatoriana Manuela Sáenz, pasando por Fanny y por otras mujeres a las que verá con distintos ojos que a la primera.

El 26 de mayo de 1802 es una fecha trascendental en la vida del joven Bolívar. Es el día en que contrae matrimonio con su parienta María Teresa. El es feligrés de la parroquia de San Sebastián (vive en la calle de Atocha No. 8, en la casa del Marqués de Ustáriz) y ella de la de San José, ya que su habitación está en la calle de Fuencarral No. 2. La unión se celebra en la capilla de San José, cava del palacio del Duque de Frías, calle de Piamonte. La fortuna del joven en este momento es de algo más de 200.000 pesos. 150.000 del mayorazgo que instituyó a su favor su primo el presbítero Aristeiguieta y 50.000 duros libres de la legítima de sus padres. Algunos años después esta fortuna se habrá reducido a unos 170.000 pesos pero cuando muere su hermano Juan Vicente sus bienes aumentan notablemente con los del cuantioso mayorazgo de los Bolívar.

Poco después parten los esposos de La Coruña con rumbo a La Guaira. Su viaje es feliz, sin angustias ni sobresaltos. A mediados de setiembre divisan las costas de Venezuela. El espectáculo de La Guaira sorprende a la recién desposada, la que nunca vio tantos negros juntos ni oyó hablar un castellano tan pintoresco. El traslado a Caracas en diligencia por el tortuoso camino del cerro, la maravilla por el alegre trinar de los pájaros, el vivo color de las flores y la típica parla de los arrieros que conducen sus reatas de mulas y burros cargados de mercancías. Caracas también la sorprende con sus casas de una y dos plantas cubiertas de rojos tejados. Ellos van a habitar la casa llamada del Vínculo, en la esquina de *Las Gradillas*, adonde acuden los miembros de la familia para conocer a la novia y ofrecerle su afecto. El esposo la trata con suavidad, como a un cristal,

maravillado de tenerla consigo, y cuando viaja a sus fincas de Yare y Taguaza, en los valles del Tuy, y a Macaira, en el Alto Llano, la deja en Caracas temeroso de estropear su blancura y de exponerla al contagio de las enfermedades del trópico.

Pero en Caracas también pululan los gérmenes de la fiebre amarilla y del paludismo, azotes de Venezuela, y un mal día la frágil mujer cae enferma con fiebre. El esposo se espanta. Hace venir a los médicos. La casa se llena de gentes que recomiendan pociones caseras, cataplasmas, infusiones de hierbas milagrosas y oraciones a los Santos del Cielo, pero todo es inútil. Cinco días dura el fatal proceso, desde el 17 hasta el 22 de enero de 1803. Cinco días con sus noches que pasa el esposo en vela, de pie junto al lecho, atento al interminable delirio de su mujer. El 22 viene el Viático y ese mismo día deja de existir la transparente belleza de una mujer que pasa por la historia de América como un celaje.

Nuevamente visita la muerte el solar de los Bolívar y nuevamente se abre la capilla de la Santísima Trinidad, en la Catedral, para dar sepultura a un miembro de la familia. Cuando los oficiantes, con sus vestiduras de duelo, modulan sus salmos ante el cadáver, el joven Simón se inclina hacia su hermano mayor y le susurra al oído: «Siento como si algo se desatara dentro de mí».

El segundo viaje se realiza a fines del mismo año, en octubre. Para procurarse dinero el viudo precoz (todo es precoz en su vida) ha tenido que recurrir a la Superintendencia General de la Real Hacienda, la que le otorga un préstamo de 12.000 pesos por la Administración de la Renta de Tabaco. Para la reintegración de este dinero en España, gira él contra la firma de Aguado y Cruzeta, de Cádiz, que son los agentes de sus productos agrícolas. La navegación esta vez será accidentada, con tempestades. Llega a fines del año y permanece en Cádiz durante algo más de un mes ocupado en la colocación de sus frutos en el comercio. En esta ciudad conoce a algunos sudamericanos que le visitan en su posada y que le hablan de ciertas ideas

extendidas en distintos países de América y de las que se trata con entusiasmo en el secreto fraternal de la masonería. ¿Conoce él algo de esto? Un compatriota suyo, un caraqueño que ha luchado en Francia y en otros países por la libertad de los pueblos, es el más prominente y activo propugnador de este movimiento. Se llama Miranda y vive en Londres, en relaciones con el Gobierno británico y con numerosos americanos que comparten sus pensamientos.

Ciertamente Bolívar ha oído hablar de Miranda en su propia casa y conoce en parte sus historias y sus leyendas. Picada su curiosidad, que acaso halla en esto un medio para aliviar su pesadumbre de viudo, acepta la invitación que le hacen aquellas personas y asiste a una tenida de la Gran Logia Americana existente en Cádiz, en la que se inicia como aprendiz (*). Su juramento, según Mancini, se rige por esta fórmula: «No reconocerás por gobernantes legítimos de tu patria más que a los elegidos por la libre y espontánea voluntad del pueblo y por el sistema republicano que es el más adaptable al gobierno de las Américas; emplearás todos los medios a tu alcance para hacerlo aceptar a sus poblaciones». Y después de esto pasa a Madrid en donde corre a visitar a su inconsolable suegro Don Bernardo Rodríguez.

Hasta abril de 1804 habrá de permanecer el viajero en Madrid. Tal es la transformación que se observa entonces en su conducta y en sus palabras que parece otro hombre, más maduro y realista. Al trasladarse a París, a principios de mayo, en compañía de Fernando Rodríguez del Toro, va a tomar hospedaje en un hotel de la rue Vivienne. El viajero se entrega esta vez a una existencia vertiginosa, casi por entero consagrada a las satisfaciones de los sentidos. No lleva propósito o plan alguno que pueda relacionarse con el papel que le ha reservado la historia. Viste elegantemente, asiste al teatro y a la Opera que está entonces en su apogeo subvencionada por Napoleón, y posiblemente frecuenta los bailes públicos, el Jardín de Frascati y *Mabille* en donde hacen furor el valse, la mazurca y la polca, la gavota y las danzas de los gitanos; quizá oye la música de

(*) Jules Mancini: «Bolívar et l'emancipation des Colonies Espagnoles». Perrin et cie. París. 1912, página 132.

Beethoven... Pero los hados que velan alrededor de sus elegidos comienzan a moverse cerca de él y a penetrar en su intimidad con virtual coherencia. En París encuentra a Carlos Montúfar, aristócrata quiteño hijo del marqués de Selva Alegre; a Vicente Rocafuerte, futuro gobernante del Ecuador; a Martín Villamil, entusiasta guayaquileño, y a otros hispanoamericanos que le hablan de una gran cruzada de la opinión capaz de provocar la independencia de América; y esto abre ante su conciencia un nuevo horizonte. En todos estos conocimientos está la revelación de París, tan distinta a la revelación española. Mientras que en París todo parece estar referido a los sentidos que vienen a ser como los cimientos de la conciencia, en España todo descansa en el ascetismo, es decir en el repudio y castigo de los sentidos. La sensualidad es la grande y voluptuosa avenida por la que los franceses viajan hacia el espíritu, hacia el arte, hacia el pensamiento y hacia la libertad, al revés de los españoles que han sembrado ese camino de espinas y de fantasmas sombríos. En España halló él, ciertamente, a María Teresa destinada a volar prematuramente al empíreo de su raza y de sus creencias; en París hallará a Fanny du Villars que es, como Madame de Staël, una de esas mujeres que saben entretejer la guirnalda de la belleza con las flores del erotismo y de la conciencia.

Mas en París hallará sobre todo a Rodríguez, el maestro de los días infantiles, quien después de seis años de ausencia de su país reaparece ante él más desgarbado pero también más agudo y revolucionario que nunca.

Para estos días de comienzos del siglo XIX la posición de los esposos Dervieu du Villars es de las más brillantes dentro del cuadro de la prosperidad napoleónica. Hombre acaudalado y políticamente influyente, el coronel cuenta cincuenta y cuatro años y disfruta de cuantiosos ingresos como proveedor del ejército, en tanto que su mujer, Fanny Louise Denis de Trobriand de Keredern y Aristeiguieta, luce en la flor de la edad (veinticinco años) y es bella, fina e inteligente. Su vivienda, un elegante hotel de la Rue Basse de Saint

Pierre, No. 27, es frecuentada por personajes tan importantes como el general Oudinot, como Eugenio Beauharnais, hijo de Josefina, la futura Emperatriz de Francia; como el funcionario Delegarde, como el barón Alejandro de Humboldt y como muchos otros de semejante categoría. Fanny aparece como la figura central, como la musa de un salón de tertulias intelectuales similar a los que hicieron famosos otras notables francesas, mientras a su lado crece su pequeño hijo Augusto que cuenta entonces ocho años.

Quizá no faltase allí algún galán interesado en conquistar los favores de Fanny, mas la presencia del joven que vuelve de Caracas, país lejano y exótico del que cuentan anécdotas fabulosas Humboldt y su compañero Bonpland, es suficiente para encender la imaginación de la romántica dama. Joven, rico y apasionado, y por añadidura rodeado de la aureola de su reciente viudez, el Caraqueño posee todos los atributos que en estos días de 1804 seducen a las francesas.

Es explicable, empero, que entre todos estos contactos humanos sean el de Humboldt y el de Rodríguez los que influyan definidamente en el nuevo Bolívar, en el joven espíritu que en este momento experimenta la más importante metamorfosis y que es como un gran poro abierto a las más fecundas revelaciones. Al primero de ellos es presentado en el salón de Fanny al que el sabio suele asistir en compañía de Bonpland, y allí le oye hablar de los países americanos que acaba de visitar y de los que ha quedado maravillado. El genial científico no sólo estudió la naturaleza de esos países sino sus condiciones sociales. Mientras que la Metrópoli se empobrece, sus colonias ven aumentar sus riquezas y junto con estas un repertorio de ideas que no sólo son diferentes sino antogónicas a las que España quiso inculcarles. Si en España el espíritu se hace cada vez más cerrado al progreso científico y a la idea de la libertad, en América por el contrario, el hombre se vuelve más liberal y más inclinado al racionalismo. «En una palabra —dice el sabio a su joven oyente— mi opinión es que aquellos pueblos están ya maduros para la independencia; lo que no se ve todavía es el hombre capaz de encabezar y dirigir una lucha que, como esa, será necesariamente larga, cruel y costosa». ¿No es esto lo mismo que oyera antes de labios de su ami-

go el Marqués de Ustáriz? ¿Por qué le producen ahora estas mismas palabras, en los del eminente prusiano, tan extraña fascinación? Impulsivo y vehemente dice al naturalista: «Ya aparecerá ese hombre, señor; no lo dude usted».

Con Fanny hablará reiteradamente de esto. En medio de sus ardientes y agotadores coloquios de amor, el tema de la independencia de América surgirá y reaparecerá como la luz de un faro reflejada en una ventana. «Tú, Fanny, oirás hablar de Bolívar y te sentirás orgullosa de haberlo amado».

En cuanto a Rodríguez, quien acude en su busca al saberlo en París, el encuentro tiene un sabor distinto aunque en el fondo las resonancias sean similares. De treinta y tres años entonces, el expatriado preceptor de Caracas ha sufrido una notable transformación. Al encontrarse con su antiguo discípulo le habla de todo menos de su ciudad y de su familia, y cuando Bolívar le hace mención de ello le responde con impaciencia: «Sí, sí: me contenta que estén todos bien, pero eso no es lo importante. Los hombres como yo pertenecen al mundo, al universo, a las grandes ideas que llenan la época y que se impacientan al no encontrar a los grandes espíritus que deben ponerlas en práctica». El ha sido tipógrafo, profesor de español y francés en Bayona, hasta médico. «Ya no me llamo Carreño, ni Rodríguez, ni siquiera Simón. Soy Samuel Róbinson, profesor de energía, ciudadano del mundo, conquistador de la madre naturaleza e indagador de sus profundos secretos. He convivido con sabios y con locos y también con sabios —locos como cierto Servando Teresa de Mier, mexicano, que para mayor conflicto es un cura renegado. He traducido la «Atala» de Chateaubriand y me he familiarizado con los grandes pensadores de nuestro tiempo». Incorporado desde entonces al grupo de los hispanoamericanos amigos del joven viudo, Don Samuel se hace inseparable de ellos y en cierto modo en un objeto de diversión para todos. Pero él no se enfada por esto. Por el contrario, les hace sonrojar con sus ironías. Rousseauniano en cuanto a sus concepciones sociales y a sus ideas sobre la educación de la juventud, ha ideado métodos propios que lamentablemente no ha podido desarrollar todavía. En sus conversaciones sobre las modernas

teorías de la sociedad, la economía y la política, habla de Adam Smith y de los fisiócratas (por los que manifiesta respeto); de Roberto Malthus y de sus ideas sobre el control de la población; de David Ricardo y de sus principios de economía positiva; de Sismondi, anti-industrialista y anti-capitalista; de Saint Simon, creador de un nuevo tipo de religión no revelada, científica, calcada en las leyes de Newton; de Carlos Fourier, inventor de los falansterios en los que habrían de formarse ejércitos destinados no a asesinar a los seres humanos en masa, sino a alimentarlos metódicamente por medio de la socialización del trabajo agrícola y de la industria doméstica; de Roberto Owen, creador del cooperativismo y de los vocablos «económico» y «socialista» aplicados a la ciencia de distribuir la riqueza. «Estas —dice a sus oyentes— son las ideas que ocupan ahora a las mentes más lúcidas y a los espíritus más desinteresados y generosos. Serán las que llevaremos a América. Sí, amigos: todos estamos de acuerdo en que ha llegado la hora de independizar nuestros pueblos de la decrépita tutela de España; hay que dar libertad a los indios, a los cholos y a los negros de aquellos países; mas ¿para qué? ¿Para arrojar un líquido corrompido y dejar los vasos vacíos? De ninguna manera. Muy hermosas y humanitarias son las doctrinas de la revolución que llevó a la guillotina a Luis XVI y a María Antonieta, pero no son suficientes. El mundo gira de prisa. ¿La República? ¿El sistema parlamentario? ¿Los derechos del hombre y del ciudadano? Cierto: todo eso es muy importante, pero no basta... No basta».

Y necesariamente hablan de Napoleón a quien se ha proclamado Emperador el 18 de mayo de 1804 y cuya coronación se anuncia para el 2 de diciembre del mismo año. ¿Qué representa Napoleón para Bolívar y sus amigos de Hispanoamérica? Una figura expectable y contradictoria, un enigma amenazador. Todos ellos han admirado su genio triunfante y sus ideas liberales, y han aceptado como una necesidad su enérgica decisión de restablecer el orden en Francia y en el resto de Europa, pero en este momento, al verle vestir la púrpura y convertirse en un César, lo consideran un traidor a la gran causa de la libertad y de la dignidad de los pueblos. Irritado y fogoso, Bolívar no disimula su decepción ni pone sordina a

sus críticas. Cierta noche en que da una comida a un grupo de personas amigas, durante el brindis alude a la situación del momento y tilda a Bonaparte de déspota y ambicioso. Y se produce una desbandada. El coronel Dervieu du Villars le llama entonces aparte y le censura su indiscreción: «¿No sabe usted que París está lleno de espías? Por menos que eso han metido en la cárcel incluso a mujeres. Su admirada Madame de Staël acaba de ser expulsada. Creo que haría usted bien en abandonar la ciudad por algún tiempo». Pero él no hace caso. Uno de esos días encuentra en París nuevamente a los esposos Tristán (les conoció cuatro años atrás en Bilbao, al mismo tiempo que a Fanny) y la amistad se reanuda entre ellos. Teresa Laisney de Tristán, esposa francesa y plebeya del aristócrata peruano coronel Mariano de Tristán, es ahora madre de una niña de un año a la que ha puesto el nombre de Flora (la futura Flora Tristán, célebre socialista, abuela del no menos célebre pintor Gauguin) y lo recibe con alegría. Se ha especulado asaz vagamente acerca de una posible *liaison* amorosa entre ella y el Caraqueño, y se ha averiguado que las cartas que éste escribió a una misteriosa Teresa y que algunos biógrafos de Bolívar supusieron dirigidas a Fanny, lo fueron realmente a la señora Tristán. Estas cartas de Bolívar para Teresa están impregnadas de la ardiente pasión que le absorbía en aquellos momentos pero se ha puesto en claro que en su mayor parte son apócrifas, o que por lo menos están tan llenas de interpolaciones y falsedades que resultan incoherentes (*).

El 2 de diciembre de 1804 es una fecha sensacional para los franceses. Ese día se efectúa la solemne coronación de Napoleón Bonaparte en la iglesia de Notre Dame en París, en medio de una gran conmoción popular y de un impresionante despliegue de fuerzas. El Emperador se manifiesta arrogante, invencible, y para demostrar su poder, hace venir al Papa y le convierte ostensiblemente en objeto de humillaciones. En el acto de la consagración toma por sí mismo la diadema imperial y la coloca en su cabeza, coronando seguidamente a Josefina que se halla arrodillada a sus pies. Este

(*) La identificación de la misteriosa **Teresa** es obra del escritor y político venezolano Dr. Marcos Falcón Briceño.

gesto de soberbia y absolutismo es típico del Imperio y de su creador, quien cinco años después lo repetirá cuando decida divorciarse de Josefina para desposar a una princesa austriaca.

Inmensa es la emoción de los parisienses ese 2 de diciembre. Europa mira con inquietud hacia la iglesia de Notre Dame pero Bolívar, Rodríguez y Toro, saben vencer su curiosidad y permanecen en la habitación de su hotel en señal de protesta. Le han declarado la guerra a la tiranía. Un mes después, el 6 de abril de 1805, salen los tres para Italia. El viaje de París hasta Lyon, pasando por Melun, Auxerres y otras poblaciones de ese trayecto, lo hacen en diligencia, pero de Lyon a Turín marchan a pie en homenaje a Rousseau. Y de ese modo visitan a Annecy y Chambery, en la alta Saboya, en donde buscan las huellas del ginebrino y de sus amores de adolescente con la maternal Madame de Warens. A Chambery llegan fatigados, y Bolívar grita desde la puerta de la posada: «Un bain tiede, monsieur l'aubergiste, s'il vous plait». A lo que Rodríguez en igual tono añada: «Agissez vite, monsieur. Ce jeune homme est tres distingué, tres riche et tres ambitieux, Il a beaucoup de talent». Y Bolívar aún, haciendo una reverencia a su antiguo maestro: «Et ce Monsieur, q'on appelle Robinson, est un grand homme, un tres grand sage du Nouveau Monde» (*).

De Turín pasan a Milán en donde se detienen para presenciar la sensacional entrada de Napoleón con sus águilas imperiales. También ven en esta ciudad a Pío VII que regresa de Francia con su gran séquito de cardenales y obispos. En la Catedral de Milán, el 26 de mayo de 1805, se efectúa otra deslumbrante ceremonia del poderío napoleónico: la coronación del corso con la famosa corona de hierro de los lombardos. Y consumado este acto que, igual que en París, ejecuta el Emperador con sus propias manos, se promulga el Estatuto de la nueva Monarquía italiana. También se hallan en Milán Fanny y su marido y en el talle de ella se nota ya la presencia de su segundo hijo al que darán el nombre de Eugenio.

Días después Napoleón hace marchar sus tropas a la llanura

(*) Arístides Rojas «Obras Escogidas». Garnier Hermanos, París, 1907, págs. 603-4.

de Montichiari, entre las poblaciones de Ghedi y Castiglione, para pasarles revista. Es un inolvidable espectáculo. Trajeados con sus uniformes de gala y al compás de las marchas que tocan sus bandas, durante horas desfilan frente a la tribuna imperial los regimientos de infantería y artillería, la formidable caballería, los cuerpos especiales de ingenieros y zapadores y los célebres mamelucos. En esta oportunidad la presencia de Napoleón contrasta notablemente, teatralmente, con el colorido que le rodea. A su alrededor la brillantez de sus mariscales y de sus ayudantes de campo parece estudiada para que resalte la sencillez del Emperador en cuyo traje no se advierte un adorno, ni un galón ni una cruz. Sólo se destaca su catalejo con el cual examina el desfile. Tenso, conmovido, deslumbrado Bolívar mira el extraordinario espectáculo cuando Rodríguez le toca con el codo al mismo tiempo que con el gesto le indica que mire hacia Napoleón. Y al hacerlo el joven advierte cómo el corso ha dirigido su anteojo en la dirección en que ellos se encuentran, manteniéndolo fijo hacia aquel sector. Entonces Rodríguez le susurra al oído: «En este lugar debe haber tantos espías como soldados. Creo prudente que nos marchemos de aquí».

De la planicie de Montichiari los tres se dirigen hacia Venecia usando la diligencia. Luego van a Ferrara, a Bolonia, a Florencia y a Perugia. En todas estas ciudades Bolívar manifiesta una tumultuosa alegría con la que alternan momentáneas nostalgias. Ante las grandes obras de arte, en las que admira el genio de Miguel Angel, de Dante, de Leonardo da Vinci y de tantos escultores, pintores, arquitectos y poetas, y su espíritu vibra de incontenible entusiasmo y su imaginación evoca una historia en la que alternan las gestas de la libertad y del despotismo, de la vida y la muerte. Todo esto que ven sus ojos y que ilumina su mente va formando en su sensibilidad una renovada tensión que estalla en exclamaciones, en reflexiones, en interrogaciones y en apotegmas que quedan perdidos en el aire italiano. Y de este modo llegan a Roma. Comienza agosto y hace un calor infernal pero él, exaltado, no parece advertirlo. El Foro romano, las Termas, el Coliseo, el Capitolio, las Catacumbas, los derruidos sepulcros, los acueductos, las empedradas vías por las cuales cruzaron las invencibles legiones son voces ardientes que hablan

a su imaginación y que ponen a vivir para él las grandes pugnas del hombre a lo largo de las edades. Y así mismo los monumentos del cristianismo: el Vaticano, San Pedro, el Panteón convertido en templo cristiano. Durante este viaje por Francia e Italia ha leído con avidez los libros que Samuel Róbinson, les ha recomendado: obras de Locke, de Helvecio, de Holbach, de Mably, de Montesquieu, de Rousseau, de Filangieri y de Madame de Staël, de cuyas páginas ha extraído una nueva noción de la vida y de sus problemas. En Roma se alojan los tres en una de las varias posadas que existen alrededor de la Plaza de España, cerca de las escalinatas que suben a la iglesia de la Trinitá del Monti, y como en ese mismo lugar está la Embajada española, él va a visitarla puesto que todavía no ha declarado una guerra formal a la Madre Patria. Todo esto es conmovedor y contribuye a su aprendizaje. El Embajador, que por este tiempo lo es Don Antonio Vargas Laguna, lo primero que hace es proponerle solicitar una audiencia para visitar a su Santidad; y él acepta sin vacilar. Esta visita se efectuará en los primeros días del arribo a Roma y se dice que el Caraqueño, muy respetuoso, se limitará a hacer una ligera flexión de la pierna sin llegar a arrodillarse completamente y sin besar el anillo del Sumo Pontífice.

15 de agosto de 1805. Hace un calor que abrasa mas pese a esto los tres amigos salen de su posada como todos los días y se dirigen al Campidoglio. Luego recorren otros lugares y a media tarde deciden dirigirse al Monte Sacro que está en el extremo opuesto, hacia el norte de la ciudad. Es Bolívar quien ha propuesto esta dilatada excursión impresionado, según se cuenta, por lo que ha leído acerca de la conducta del pueblo romano cuando en su lucha contra los nobles explotadores decidió retirarse al Sagrado Monte en señal de protesta y de resistencia. Ya en aquel sitio, pasado el puente sobre el río Anio, se sientan a descansar quedando en admirativo silencio ante el magnífico resplandor que los rayos del sol poniente levantan sobre la urbe. Todo parece transfigurarse en este lugar magnífico y silencioso: los edificios, las ruinas, las estatuas, las co-

lumnas caídas y las fuentes murmuradoras. Todo arde en una luz inmóvil de oro. Y Bolívar, que ha estado sentado sobre un trozo de mármol blanco, fragmento de una antigua columna, se pone de pie y comienza a hablar con una voz reflexiva que va subiendo, subiendo, hasta alcanzar un tono de exaltación:

*«¿Con que éste es el pueblo de Rómulo y Numa, de los Gracos y los Horacios, de Augusto y de Nerón, de César y de Bruto, de Tiberio y de Trajano? Aquí todas las grandezas han tenido su tipo y todas las miserias su cuna... Antonio renuncia los derechos de su gloria por embarcarse en las galeras de una meretriz: sin proyectos de reforma, Sila degüella a sus compatriotas y Tiberio, sombrío como la noche y depravado como el crimen, divide su tiempo entre la concupiscencia y la matanza. Por un Cincinato hubo cien Caracallas; por un Trajano cien Calígulas y por un Vespasiano cien Claudios... Este pueblo ha dado para todo menos para la causa de la humanidad: Mesalinas corrompidas, Agripinas sin entrañas, grandes historiadores, naturalistas insignes, guerreros ilustres, procónsules rapaces, sibaritas desenfrenados, aquilatadas virtudes y crímenes groseros, pero para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perfectibilidad definitiva de la razón, bien poco, por no decir nada».*

Y de esta guisa transfigurado, se dirige a Rodríguez y exclama.

*«Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por mi honor; juro por la patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por la voluntad del poder español» (*).*

(*) Este es el texto que se conoce del juramento tal como lo trasmitió Don Simón Rodríguez al Doctor Manuel Uribe y que fue publicado en «El Libro del Centenario», Bogotá, 1883. El estilo, muy literario y elaborado, ha sido objeto de críticas. Debe tenerse en cuenta que Rodríguez dio sus declaraciones a Uribe cuarenta y cinco años después de aquellos sucesos.

IV

# El Desgarramiento

Casi tres años habían transcurrido desde que emprendiera este segundo viaje, cuando el Caraqueño experimentó la necesidad de volver a su tierra nativa. Sus intereses abandonados, por un lado, y las difíciles circunstancias que se iban creando en Europa a causa de las guerras de Napoleón, por el otró, eran motivos más que suficientes para determinar su regreso. El dinero comenzaba a faltarle y era menester producirlo. Esto no obstante, su permanencia en el Viejo Mundo se prolongaría aún hasta fines de 1806. En agosto y setiembre de 1805 está todavía en Italia y es entonces cuando va a Nápoles y asciende al Vesubio acompañando al barón de Humboldt y al químico y físico francés Gay Lussac. En noviembre regresa a París y reanuda sus relaciones con Fanny. Es en esta oportunidad

cuando se efectúa en una Logia Masónica parisina su ascenso al grado de Compañero según el acta de la ceremonia, en la que, traducida, se lee lo siguiente:

> «El venerable ha propuesto elevar al grado de Compañero al h.: Bolívar nuevamente iniciado a causa de un próximo viaje que está en vísperas de emprender. Habiendo sido favorable el parecer de los hermanos y unánime para su admisión y decisión positiva, el hermano Bolívar ha sido introducido en el Templo y. . . ha prestado a los pies del Trono la obligación usual; colocado entre los dos Vigilantes ha sido proclamado Caballero Compañero Masón de la R.˙. Madre.˙. L.˙. E.˙. de St. Alexandra de Escocia»... Y firman el R.˙. V.˙. de La Tour D'Auvergne, Venerable Maestro; de Lamont, 33º; D'Alez D'Andouze, 33º; Abraham, Jeanne de la Salle y Simón Bolívar». (*)

Conocido el estado de espíritu en que se hallaba nuestro viajero en aquellos momentos y la extraordinaria importancia que tenía la Masonería como institución revolucionaria, no es difícil comprender el contacto del joven con ella. Jules Mancini quien se ha ocupado de esta materia en su libro sobre Bolívar, da detalles interesantes de tal ocurrencia. El propio héroe lo hará también al final de su vida en sus confidencias a Perú de la Croix en Bucaramanga.

Un suceso de no poca importancia en la historia de la independencia venezolana va a coincidir con el retorno de nuestro viajero: el de la frustrada invasión de Francisco de Miranda por las costas de Venezuela. Enterado de ello, Bolívar debió sentirse perplejo ante tal acontecimiento a juzgar por la carta que, desde París, dirigió el 23 de junio de aquel mismo año a su amigo Alexandre Dehollain, y cuyo texto posee un extraordinario interés psicológico:

(*) Esta acta original fue localizada en París, en 1952, y traída a Caracas por el autor de este libro. Objeto de una tendenciosa campaña encaminada a desacreditar su autenticidad y a mantener en estado de duda el hecho de que Bolívar hubiese sido masón, R. D. S. la conservó en su poder hasta que los masones de esta capital se interesaron en ella y decidieron su adquisición. Hoy el acta se encuentra en la Venerable Logia caraqueña.

«Todas las noticias que se nos dan sobre la expedición de Miranda —expresa esta carta— son un poco tristes, pues se pretende que él tiene el proyecto de levantar el país, lo que podría causar mucho mal a los habitantes de la Colonia. A pesar de todo eso yo quisiera estar ya allí porque mi presencia en mi país podría ahorrarme muchos daños; pero la suerte quiere que me encuentre tan lejos de mi patria y sin los menores recursos» (*).

¿Cuáles eran, en realidad, los sentimientos que dictaron esta curiosa carta? Pese a su juramento del Monte Sacro y a la franca actitud revolucionaria que había asumido ¿no estaba aún decidido Bolívar a afrontar las consecuencias de aquella lucha? ¿Desconfiaba en particular de Miranda, igual que los otros mantuanos de Caracas? ¿O simplemente quería precaverse contra posibles interferencias del espionaje español que le hubiesen entorpecido el regreso? Si se trataba de esto último, la precaución se justificaba en razón de la exaltada conducta que había adoptado durante su viaje.

Por la vía de Holanda y de Alemania el viajero emprende el retorno pero no volverá directamente a su patria sino que lo hará por la vía de los Estados Unidos de Norteamérica. En Hamburgo embarca en un buque norteamericano (precaución muy prudente) en el cual se traslada a Chárleston, en la Carolina del Sur. No se encuentra solo en estos momentos. Le acompaña su pequeño sobrino Anacleto, hijo de María Antonia y de Pablo Clemente. En el buque conoce a un tal mister Cornic con quien traba amistad y comenta los sucesos del mundo. Este viaje es incómodo para él pues los gastos que ha hecho en Europa le han dejado sin fondos para sus necesidades más perentorias. Sin embargo, en Estados Unidos logra obtener un crédito y de este modo puede visitar las ciudades de Nueva York, Washington y Filadelfia. En esta última dejará a su sobrino en un internado escolar y vuelto a Chárleston tomará pasaje para La Guaira.

(*) El texto, en francés, de este documento figura a la página 17, tomo I, de las «Cartas del Libertador», Edic. de Vicente Lecuna, Caracas, 1929.

A mediados de febrero de 1807 se encuentra de nuevo en Caracas.

Incompleta quedaría la apreciación de los acontecimientos que van a desarrollarse en las provincias de Venezuela si no se estimase adecuadamente la frustrada invasión de sus costas, en 1806, por Miranda. Esta empresa, sintomática de la psicología venezolana en tales momentos, coincide con el bloqueo continental de Europa decretado por Napoleón para impedir la importación de los productos ingleses. Miranda, que había visto pasar sus mejores años sin llegar a palpar los resultados de su infatigable gestión en pro de la independencia de la América hispana, cree ver al fin, en el otoño de 1805, la oportunidad de dar realidad a sus sueños y acepta las condiciones que le impone el gobierno inglés para marchar a Los Estados Unidos de Norteamérica y organizar desde allí una expedición sobre el Sur. En Estados Unidos —se le advierte en Londres— encontrará ayuda para su empresa mas por ningún motivo deberá aparecer como un agente británico.

Miranda desembarca en Nueva York a fines de 1805 en compañía de su secretario Molini, y siguiendo inmediatamente para Washington logra entrevistarse con el Presidente Jefferson y con el Secretario de Estado Madison. Su propósito es crear en la América meridional un sistema político similar al del Norte, más esta promesa no conmueve a aquellos señores. Puede, le dicen, procurarse con particulares los recursos que solicita pero siempre que se maneje discretamente. Los Estados Unidos se mostraban interesados en aquellos momentos en obtener La Florida (por compra o por otros medios), sin descartar la posibilidad de una guerra con España o con cualquiera otra potencia.

Vuelto a Nueva York, Miranda inicia sus gestiones bajo un activo y agresivo espionaje por parte de los representantes de España y de Francia. A principios de 1806 dispone ya de un navío —el *Leander*— a cuya bordo, además de la dotación de 200 hombres y

de un buen armamento, hace subir dos pequeñas imprentas. Muchos de los que le van a acompañar en esta aventura son personas de distinción pero escasas de dinero y de escrúpulos. Este es el comienzo del fin de una pesadilla siniestra; el penúltimo acto de una tragedia shakespeareana. El 13 de febrero es detenido el *Leander* por la fragata británica *Cleopatra*, más luego de un parlamento puede seguir su rumbo con un certificado que le proporciona el inglés; y, entusiasmado con esto, el pertinaz revolucionario se pone a distribuir entre sus compañeros grados militares del *Ejército de Colombia*. El 20 llegan a Jacmel, en la isla de Santo Domingo, en donde han de permanecer seis semanas a causa de las patrañas del capitán Thomas Lewis, hombre incapaz e indisciplinado. Sin embargo, en este puerto se robustece la expedición con la incorporación de dos nuevos barcos —la pequeña goleta *Bee* y el *Bacchus*, del capitán Donahue—, pero así mismo allí llega a conocimiento del Precursor que la costa de Venezuela se halla bloqueada por el propio gobierno español, lo que le obligará a retardar las operaciones o a intentar un desembarco por sorpresa. Mientras tanto las autoridades de Venezuela toman sus precauciones: disponen una recluta intensiva de todos los hombres capaces de portar armas y obtienen el aporte de doscientos soldados de las colonias francesas.

En estas condiciones, enzarzados Miranda y Lewis en una violenta disputa, entra en contacto la expedición con las fuerzas navales del enemigo. El desembarco, previamente acordado para la tarde del 25 de abril por la costa de Ocumare, se hace entonces impracticable y un desgraciado combate trabado en las cercanías de Puerto Cabello da por resultado el que la *Bee* y el *Bacchus* sean capturados. Así y todo después de una larga y complicada odisea durante la cual se produce una intensa resonancia internacional, con intervención de los gobiernos norteamericano e inglés, a mediados del mismo año puede Miranda insistir en su tentativa, lo que hace esta vez al frente de una flotilla de diez pequeños navíos en los que embarca 440 hombres. Este es el comienzo del desenlace. El 2 de agosto se hallan anclados a nueve millas de La Vela de Coro y 290 de los aventureros repartidos en pelotones se aprestan para desembarcar en las desiertas arenas. Cuando lo hacen al fin, después de

treinta horas perdidas por la incapacidad de un piloto, el premio de sus esfuerzos es la desalentadora evidencia de que Miranda se ha equivocado al imaginar que sus compatriotas venezolanos se levantarían como un solo hombre para aclamarlo y acompañarlo en la destrucción del dominio español.

Nunca fue más triste el despertar de un sueño de gloria. Llenos de desaliento y despecho, el Precursor y sus mercenarios entran en Coro el día 4 y hallan solitaria la población. Es inútil que el general se dedique a lanzar proclamas dirigidas a los habitantes del *Continente Colombiano* y que tome otras providencias como las de pedir auxilio a los almirantes ingleses de las Antillas. Nadie atenderá a su llamado. Y de este modo, después de unos días durante los cuales se ponen a cazar cerdos y gallinas para subsistir, los invasores vuelven a La Vela y luego a Trinidad, repelidos por las tropas del Capitán General.

A su regreso a Caracas, Bolívar se entera de este acontecimiento y observará la conducta de los mantuanos, los que se han apresurado a condenar la aventura del Precursor. Todavía en proceso revelatorio, el espíritu del joven patricio queda por un momento en suspenso para entrar luego en un período de incubación ideal curiosamente sobresaltado. De este modo se le ve desplazarse en una constante movilidad de la capital a los campos, a los valles del Tuy y de Aragua y aún a las distantes llanuras del Guárico, en donde demoran algunas de sus haciendas. Es este evidentemente un período de vacilación y de duda en el cual las sensaciones hacen vibrar sus nervios pero en el que las ideas no se han fijado del todo. Al mismo tiempo que trabaja intensivamente para mejorar sus fincas —aumento de sus rebaños, explotación del cacao y el añil e implantación del cafeto que ya comienza a convertirse en un fruto de exportación remunerativo—, recuerda los compromisos que ha contraído consigo mismo y se siente arrastrado a una soterrada conspiración en la que sabe mezclados a muchos de sus amigos.

Durante sus permanencias en la ciudad, Bolívar pasa por esta época breves temporadas en su casa de campo «El Palmito» —llamada también la *Cuadra de los Bolívar*— al lado sur del río Guaire, y visita algunas familias amigas entre las que se cuenta la de los hermanos Luis y Francisco Javier de Ustáriz, sobrinos de don Jerónimo, su mentor y protector en Madrid.

Es notable esta casa caraqueña de los Ustáriz. Representativa. Un faro de la cultura venezolana para los días en que se incuba la revolución de la independencia. En ella se celebran tertulias de literatura y de arte y necesariamente se habla también de filosofía y de política, de la libertad de conciencia y de los derechos del hombre y del ciudadano. En estas veladas Bolívar suele encontrar al Licenciado Miguel José Sanz, a los Muñoz Tébar, a Manuel García de Sena, militar y poeta, entusiasta propagandista de la independencia de Norteamérica; al doctor Vicente Tejera, al doctor José Angel Alamo y a Andrés Bello, su profesor de la adolescencia ahora Oficial Mayor de la Capitanía General.

Un penoso incidente ocurrido en su finca de Yare pone a Bolívar por estos días en un peligroso embarazo. Irritado por unos trabajos que el joven hacía practicar en su hacienda *La Fundación* para abrir un nuevo camino, el 24 de setiembre de 1807 irrumpe en ese lugar el abogado trujillano Antonio Nicolás Briceño, apodado *El Diablo*, quien acompañado de sus esclavos se enfrenta a él pistola en mano y lo conmina a interrumpir aquella labor diz que por hallarse en terrenos de la finca vecina que es de la propiedad de Briceño o de su mujer, Dolores Aristeiguieta y Gedler, pariente de los Bolívar. Riñen, forcejean; intervienen los esclavos del uno y del otro amenazando atacarse a cuchilladas y garrotazos, y finalmente los dos señores acuden al Tribunal ante el cual continúan diciéndose pesadeces en papel sellado. Mas, aunque lleno de peripecias, este litigio no irá más allá porque en los mismos momentos se precipitan los acontecimientos políticos que dos años después culminarán con el desgarramiento de la independencia de Venezuela.

¿Cuáles son concretamente estos acontecimientos? Ellos tienen su origen en la lejana Metrópoli pero su gravedad es tanta que

sus repercusiones son inmediatas en algunas de las colonias americanas. En Caracas particularmente provocan un estallido y dejan encendida la mecha para una irreparable explosión.

He aquí el proceso de la ocurrencia: impulsado por su lucha contra Inglaterra y desconfiado de la cooperación que pudiera obtener de España, su aliada, Bonaparte había llegado a la conclusión de que necesitaba apoderarse del territorio español para convertirlo en una fortaleza infranqueable frente al poderío de los ingleses. Mas no se contenta con esto el intrépido corso: decidido a llegar al extremo, discurre destronar a los reyes de España y sustituirlos con su propio hermano José. Todo esto se desarrolla en los años de 1807 y 1808 en los que alcanzan su más lamentable expresión la ineptitud del rey Carlos IV y la corrupción de sus ministros y cortesanos. Momento hay en el que, abrumados por tantas calamidades, los monarcas de España piensan en trasladarse a la América, pero esto no pasa de un mero proyecto porque el pueblo indignado se amotina en Aranjuez y desborda los inmensos contornos de la indignidad de sus reyes. Aquel día memorable, aterrorizado por la cólera popular, Carlos IV se da cuenta al fin de la realidad y después de privar a Godoy de sus funestos poderes abdica él mismo en favor de su hijo Fernando. Pero nada de esto será suficiente para poner cese a la crisis. Treinta mil soldados franceses al mando del general Junot han invadido ya el territorio español; otros le seguirán con Murat designado Lugar-teniente del reino. Los actos de humillación y de cobardía que se suceden entonces no tienen paralelo en la historia. Se ve a Carlos IV acusar ante Napoleón a su propio hijo Fernando en tanto que éste, para asegurar su permanencia en el trono, solicita la mano de una sobrina del corso. Y es tal el desprecio que le inspiran estas bajezas que el Emperador no vacila en despojar al padre y al hijo de sus derechos y en llevárselos secuestrados a Francia. Lo que ocurre después es obra del pueblo, de las gentes humildes y heroicas que el 2 de mayo de 1808 se sublevan en Madrid contra los franceses iniciando así su propia guerra de independencia. Una conmoción de las fibras hispanas va a sacudir el reino de uno a otro confín. Para canalizar la actividad de la resistencia y para combatir al intruso José I, a quien los españoles apodan *Pepe*

*Botella,* se constituyen una Junta Gubernativa Central y otras provinciales; sin embargo esto no será suficiente para neutralizar las reacciones de los dominios americanos que ven allí la oportunidad de luchar por su propia emancipación y de regir sus propios destinos

En el caso particular de las provincias venezolanas, y preponderantemente la de Caracas, la predisposición emancipadora alcanza, a partir de 1808, caracteres inconfundibles por su radicalismo y fiereza. Para comprender bien esta situación en lo que respecta a la actitud de los diferentes estamentos sociales, es necesario tomar en cuenta las distintas tendencias según los sentimientos y los intereses de cada uno de ellos, a cuyo efecto hay que considerar que los mismos mantuanos no forman entonces un grupo homogéneo.

Las noticias de lo ocurrido en España son conocidas en Caracas por un número del *Times* de Londres que llega a la Capitanía General a través de la provincia de Cumaná y cuya traducción hace el Oficial Mayor Andrés Bello. Pese a la reserva en que trata de mantener el suceso el Capitán General interino Don Juan de Casas, la información se trasluce y Caracas experimenta un violento sacudimiento. Desde este momento la fiebre conspirativa no conoce sosiego. Las casas de los Ustáriz, de los Ribas Herrera y de los Tovar son los lugares más concurridos y en los que comienzan a definirse las distintas corrientes. A un lado están los viejos nobles conformes en que se debe aprovechar la oportunidad para asumir el poder político pero sin romper la fidelidad al rey y a las instituciones de España; al otro sus hijos convencidos de que se debe llegar más lejos. A este último grupo pertenecen Don José y Don Martín Tovar, Don Francisco Javier de Ustáriz, Simón Bolívar y muchos otros.

¿Cuál es en tanto la conducta del pueblo? Permanece en expectativa, casi al margen de los sucesos. Mas cuando a mediados de junio se presentan en la ciudad unos marinos franceses a reclamar el reconocimiento de José Bonaparte, un pequeño número de militares —el capitán de artillería Don Diego Jalón, Diego Melo Muñoz y algún otro— amotinan la plebe al grito de «Viva Fernando VII y muera Napoleón con sus franceses» y hacen huir a los emisa-

rios del corso. De este modo se crea un tercer frente que hará más compleja la situación. Mientras tanto el Capitán General se muestra confundido y desconcertado. Por un momento parece dispuesto a acceder a las demandas que algunos formulan para que se constituya en Caracas una Junta autónoma de gobierno, similar a las que se han formado en España, e incluso llega a pensar en plegarse a los intereses bonapartistas, pero en seguida da marcha atrás y, obedeciendo al Ayuntamiento que permanece leal a la Corona de los Borbones, proclama a Fernando VII y ordena la persecución de los disidentes.

En los meses que siguen la agitación continúa pero en proyección clandestina. En la *Cuadra de los Bolívar* y en las residencias de los Montilla, de los Ribas y de otros conspiradores, se efectúan conciliábulos y se redactan manifiestos secretos. No falta quien hable de soliviantar a los negros esclavos de las haciendas para lanzarlos sobre la capital y arrebatar el poder a los españoles. Hombres notables, de ideas liberales, como el licenciado Miguel José Sanz, se concitan la animadversión de la juventud revolucionaria a causa de sus gestiones conciliatorias. Don Carlos García se enfrenta colérico a Mariano Montilla y lo amenaza con un puñal. «Miserable! —le grita—. Eres un traidor a tu raza. No eres digno de la sangre española que llevas en tus venas»; a lo que le replica Montilla sin inmutarse: «Señor García, los tiempos cambian y también las ideas. No se puede hablar de españoles a secas; los hay europeos y americanos. Yo soy un español americano». Palabras éstas que definen el verdadero sentido del conflicto y que quedarán dramáticamente ratificadas un lustro después por el bolivariano decreto de «guerra a muerte». En estos días de 1808, en los que se producen los contrastes más peregrinos, Don Antonio Fernández de León, futuro Marqués de Casa León, recomienda calma y cordura a los mismos jóvenes a quienes unas semanas antes había aconsejado un absoluto radicalismo, mientras que Bolívar se encara al morigerado Don José Domingo Duarte, asesor de la Intendencia, y responde a sus reflexiones conciliatorias: «Todo eso está bien, señor: lo que

estamos haciendo es disparatado, pero yo y mis amigos hemos declarado la guerra a España y ya veremos cómo saldremos de esto» (*).

El 12 de enero de 1809 las autoridades de Venezuela reconocían solemnemente a la Junta Central Gubernativa del Reino (instalada en Cádiz) como gobierno supremo del Imperio español, y días más tarde esta misma Junta declaraba que los dominios americanos de la Corona no eran unas colonias o factorías sino que formaban parte esencial de la Monarquía y de consiguiente tendrían representación nacional por medio de diputados que se elegirían oportunamente. A mediados del mismo año llega a Caracas un nuevo Capitán General, Don Vicente Emparan —quien ya había sido gobernador de la provincia de Cumaná a contentamiento de aquellos pueblos— y junto con él arriba también Don Fernando Rodríguez del Toro, quien viene investido con el cargo de Inspector de las milicias de la provincia. La situación parece modificarse. Pese a los rumores que corren de que en el nombramiento de Emparan ha influido la voluntad del Emperador Napoleón, la juventud revolucionaria rodea al nuevo gobernante y le manifiesta una aparente adhesión. Pero Emparan no tarda en enajenar su prestigio a consecuencia de algunas medidas autoritarias que los caraqueños reputan despóticas y la conspiración se reanima. Se habla ahora de un misterioso complot que debe estallar el 24 de diciembre de 1809 pero que luego se aplaza para el año siguiente. Y progresivamente aumenta la exaltación de los jóvenes. Como medida de este estado de odio latente puede citarse la inusitada agresión de que son víctimas el Licenciado Sanz y su yerno Don Francisco Antonio Rodríguez y en la cual aparecen como agresores Don Fernando Rodríguez del Toro y su amigo Simón Bolívar. ¿Qué es lo que origina este acto de violencia política? La conducta de Sanz y Rodríguez que, enterados del movimiento conspirativo, han dirigido al Capitán General un escrito referente a la subversión que se trama. Sable en mano, el 22 de julio van Bolívar y Toro a desafiar a Manuel del Fierro y seguidamente pasan a la casa del Licenciado en la que penetran «con la mayor desatención» paseándose después por la calle en espera de aque-

(*) Lecuna: «Catálogo de Errores y Calumnias», I, Pág. 207.

llos señores. Llega al fin el yerno de Sanz y los dos revolucionarios le colman de vituperios.

Para fines de 1809 la posición de Bolívar parece un tanto contradictoria: ostenta un cargo oficial que le coloca por un momento al margen de los sucesos. Es Teniente Justicia Mayor del pueblo de Yare, puesto para el que fue designado en agosto. ¿Es por esto que no figura entre los complotadores del golpe proyectado para diciembre? Pero no hay que hacerse ilusiones. En un banquete que se efectúa en estos mismos días y al que asiste el Capitán General, en el momento del brindis el joven alza su copa y lo hace enfáticamente por la libertad de los pueblos del Nuevo Mundo.

Lo ocurrido el Jueves Santo 19 de abril de 1810 en Caracas, ha sido relatado con lujo de detalles por numerosos historiadores. Los conspiradores, civiles y militares, detienen al Capitán General en el momento en que se dirige a la Catedral para asistir a los oficios religiosos del día, y a renglón seguido le fuerzan a convocar al Ayuntamiento que lo depone sin miramientos y que desde ese mismo momento asume la máxima autoridad del gobierno de la provincia. La explicación de este acto hay que buscarla, entre otros antecedentes, en las noticias que llegan de España donde los franceses han vuelto a obtener ventajas, y en las de otros países americanos —Quito y La Paz— en los que se han producido sublevaciones en 1809. Nuevas figuras, personajes que hasta este momento se han mantenido en discreta penumbra, avanzan ahora al primer plano de la tragedia y asumen resueltamente la dirección de sus movimientos. Entre ellos hay sacerdotes, juristas, terratenientes e intelectuales. Uno de los primeros es el chileno Don José Cortés Madariaga canónigo de Merced de la Catedral de Caracas, cuyo dedo índice se convierte en guía de la conciencia del pueblo reunido en la Plaza Mayor aquella mañana. El abogado Juan Germán Roscio, un hombre de humilde origen resentido por las humillaciones que le han sido irrogadas por sus colegas mantuanos, es el autor de la urdimbre jurídica y el estratega político de la consiguiente transformación. Una fascinante transposición de valores históricos y sociales

va a convertir de pronto al pueblo de Venezuela de súbdito en soberano. Y Bolívar, que en los últimos meses ha permanecido alejado de la ciudad y de sus manejos —descontento, según se dice, por las interferencias conciliatorias que retardaban el golpe de estado— reaparece también y obtiene que se le asigne la más delicada misión diplomática: la de obtener la neutralidad de Inglaterra y su reconocimiento de lo ocurrido en Caracas.

Este que será el tercer viaje del joven patricio venezolano al revuelto mundo europeo, va a relizarse a mediados de 1810 y en él estará acompañado por otros dos caraqueños: el meticuloso y activo Luis López Méndez y el erudito y morigerado Andrés Bello. Al mismo tiempo Juan Vicente Bolívar saldrá con igual misión para los Estados Unidos de Norteamérica y otros personajes irán a las cercanas Antillas.

En realidad el acto político del 19 de abril no es más que el punto de partida de una complicada combinación en cuyo desarrollo jurídico va a destacarse la consumada estrategia de Juan Germán Roscio. La conformación que el 24 del mismo mes se da al Ayuntamiento insurgente y la denominación que éste adopta —*Junta Suprema Gubernativa Conservadora de los derechos del Rey Fernando VII*— es sólo una fórmula de equilibrio provisional para evitar una violenta reacción del pueblo, fundamentalmente realista, y la de los viejos mantuanos que ambicionan el poder oligárquico pero que repugnan una ruptura definitiva con la Corona. Consecuente con su propio criterio, Roscio va a llevar adelante su astuta combinación desde su puesto de Secretario de Estado en el ramo de Relaciones Exteriores y la maquinaria se pondrá a marchar según los propósitos preexistentes. A fines de abril la Junta caraqueña se dirige a los Cabildos de las capitales de la América hispana a los que invita a defender los mismos principios subrayando la comunidad de intereses que unen a los pueblos americanos, y a comienzos de mayo inicia la polémica con la Junta de Regencia de España, la que persiste en reclamar su reconocimiento por las provincias venezolanas. El 11 de junio el nuevo Gobierno de Venezuela pone en eje-

cución una medida de extraordinarias proyecciones políticas: es la «Convocatoria a Elecciones» con su reglamento correspondiente. Esta Convocatoria es ya una revelación concluyente. En ella se invoca la necesidad de erigir un «poder central bien constituido» y se dice que ha llegado el momento de organizarlo. Se habla también de formar una «Confederación sólida» para asegurarse contra el despotismo interno y contra el peligro exterior, y se alude a «los hombres libres llamados al primero de los goces del ciudadano (ya no se habla de súbditos ni de vasallos) que es el concurrir con su voto a la delegación de los derechos personales y reales que existieron originariamente en la masa común y que le ha restituido el actual interregno de la Monarquía». Es, pues, manifiesta e inconfundible, la voluntad de llegar a la independencia. Necesariamente tales tendencias no pueden pasar inadvertidas para los monarquistas venezolanos y esto explica por qué tales gentes comienzan a conspirar a su vez contra el nuevo Gobierno. Coro y Maracaibo no tardarán en declararse rebeldes y contra ellos se enviará una expedición coercitiva a cuyo frente fracasará ridículamente el Marqués del Toro. En Caracas, para ahogar la reacción, se hace necesario aplicar la pena de muerte.

Obra de la estrategia de Roscio es así mismo el decreto que crea la Sociedad Patriótica de Agricultura y Economía, organismo público destinado ostensiblemente a fomentar la riqueza natural, el comercio y la industria, pero destinado por fuerza de las circunstancias a convertirse en un centro de agitación al que tendrán acceso los más radicales partidarios de la emancipación integral. Francisco Javier Ustáriz aparece al lado de Roscio en la creación y organización de este nuevo organismo político.

Si se considera bien la cuestión, necesario es reconocer que la misión de Bolívar en Londres no podía ofrecer por lo pronto otros resultados que la neutralidad de Inglaterra en los acontecimientos de Venezuela. Conocida la cautelosa y astuta conducta de la más grande potencia colonialista de los tiempos modernos, es de supo-

ner que su actitud habría sido la misma sin necesidad de aquella gestión. Un decreto de la Junta Gubernativa de Venezuela había concedido a la Gran Bretaña un trato de excepción en el régimen de comercio (rebaja del 25% de los derechos de importación y de exportación) y esto sería suficiente para satisfacer a aquella potencia por los momentos. Sin embargo el viaje no sería inútil del todo. En Londres, amén de otras peripecias, el flamante negociador caraqueño iba a ponerse en contacto con su singular compatriota Miranda cuya personalidad le parecería seductora.

Ciertamente el fogoso temperamento del joven Bolívar no iba a contentarse con las frías evasivas de Lord Wellesley ni con las tímidas instrucciones de sus comitentes, y esto explica por qué, sin preocuparle la violación de las instrucciones que recibiera en Caracas, se le ve promover una propaganda entusiasta en pro de la independencia de su país y de todos los países americanos y establecer relaciones con personajes de filiación liberal tan resaltantes como Jeremías Bentham, al audaz humanista; James Mill, padre del filósofo Stuart; William Burke, joven escritor que había propugnado la independencia de Hispanoamérica, y José Lancaster cuyas modernas ideas sobre educación sobresaltaban a los espíritus timoratos.

Pero no todo es política para el inquieto gestor caraqueño en sus días londinenses. Avido siempre de nuevos conocimientos y de emociones extraordinarias, recorre la City y contempla sus monumentos, observa sus hábitos, examina sus gentes y hasta procura —¿por qué no?— aproximarse al amor al socaire de alguna inglesa despreocupada. Esto es precisamente lo que persigue cierta noche en que se dirige a una casa de mercenarias (de ello hablará más tarde con absoluta franqueza a Perú de la Croix) en la que va a llevarse uno de los mayores chascos de su existencia. Ya en la mentada casa, como aun no habla bien el inglés interpela a una de aquellas damas en español, más la mujer, que no entiende este idioma y que posiblemente estaba de mal humor, pierde los estribos y se pone a lanzar unos gritos que alborotan toda la residencia. El la mi-

ra desconcertado, confundido, sin saber qué partido tomar, y para calmarla le ofrece algunos billetes que la enfurecida mujer arroja a la chimenea. Mientras tanto otras personas desconocidas invaden el aposento y hacen comentarios poco tranquilizadores. ¡Qué compromiso! ¿Qué hacer en semejante conflicto? Por fortuna hay allí un señor que conoce un poco de castellano y que le pregunta: «¿Es usted extranjero? ¿De dónde es usted?» A lo que responde él muy nervioso: «Soy americano, de Sudamérica...» «¡Ah! —explica el otro lanzando una carcajada—. Es que esta mujer lo ha confundido a usted con un pederasta griego que ha venido antes a proponerle no sé cuáles porquerías». Avergonzado y perseguido por las risas de los mirones el Caraqueño huye más que de prisa.

En setiembre del mismo año de 1810 emprende el negociador el regreso a su patria a bordo de la goleta *Saphire* y es seguido poco después por el sexagenario Miranda que lo hace en el bergantín *Avon*. Su contacto con el Precursor es uno de los rasgos del carácter del futuro Libertador. Para acercarse a él y para invitarlo a volver a su tierra nativa después de casi medio siglo de ausencia, no ha vacilado en violar una de las consignas, acaso la más estricta, de la Junta de Caracas. Motejado de jacobino y de agente de los ingleses, el viejo prócer encontrará la hostilidad en el Gobierno de su país que incluso le será prohibido el desembarco en La Guaira. Y si al fin puede desembarcar y seguir a Caracas es porque el pueblo al enterarse de su llegada se congrega en el puerto y prorrumpe en aclamaciones. Por su parte Bolívar, lanzado ya francamente a una actividad radical, tendrá el temple necesario para llevarlo a vivir a su propia casa y para acompañarlo en todos sus actos hasta el desdichado momento en que las circunstancias los pongan en contradicción manifiesta. Para buscar una fuerza en la cual apoyarse contra las maquinaciones conservadoras, el uno y el otro acudirán a la Sociedad Patriótica que ya para estos días se ha convertido en un club político similar a los que existieron en Francia en los más agitados momentos de la revolución. Y será en este lugar, rodeado por la juventud más impetuosa y aclamado por las masas que ven en él a un ser fabuloso, que el gran girondino se hará políticamente fuerte por lo

que la Junta Gubernativa no tendrá otro remedio que designarlo Teniente General de las armas patriotas y destruir los documentos que el régimen español había acumulado para infamarlo.

Para el 2 de marzo de 1811, día en que se instala el Congreso convocado por la Junta Suprema para constituir el poder central y la «Confederación sólida» de que hablara el Manifiesto redactado por Roscio, Caracas es un colmenar conmovido por un enjambre de abejas y zánganos enloquecidos. En la Sociedad Patriótica, donde la presencia de Miranda provoca un efecto estremecedor, se alzan las voces conminatorias de Francisco Espejo (el mismo que contribuyó a aniquilar la conspiración de Gual y España), de Francisco Coto Paúl, Miguel Peña, García de Sena, José Félix Ribas, Isidoro Muñoz Tébar, los Carabaños, los Salias, Miguel José Sanz (recién vuelto de su destierro de Puerto Rico), los Buroz, Tejera, los Jugos, Yanes, Alamo, Simón Bolívar y otros arrebatados tribunos a los que se califica de *hombres de Miranda.* Las estrechas y rectas calles son recorridas por turbas que siguen y aclaman a los oradores y que entonan encendidas canciones. Otras sociedades formadas por gentes de color aficionadas a la oratoria comienzan a aparecer en distintos barrios de la ciudad. En la *Gazeta de Caracas* Guillerma Burke, quien ha venido acompañando a Miranda, inicia la publicación de una serie de artículos sobre la tolerancia de cultos cuyos postulados escandalizan a las gentes de iglesia y provocan una encendida protesta de la Universidad. Por lo que hace el Gobierno, eliminada la Junta Suprema y creado un Ejecutivo plural integrado por tres personas —Cristóbal Mendoza, Juan de Escalona y Baltazar Padrón— que se turnan cada semana en la presidencia, desde los primeros momentos tiene que afrontar la creciente presión de las fuerzas de izquierda. Lo mismo ocurre al Congreso. En la Sociedad hablan los oradores reclamando una inmediata declaración de la independencia y en el seno del Parlamento se van perfilando los partidarios de esta corriente. Allí se discute acerca de la autonomía de las provincias, base de la Federación propugnada, y se pone de manifiesto el recelo que a muchos produce la manifiesta hegemonía de Caracas. Pero la in-

dependencia es lo más urgente. Y la noche del 3 de julio Bolívar salta a la tribuna e improvisa un incendiario discurso:

> «No es que hay dos congresos. ¿Cómo fomentarán el cisma los que más conocen la necesidad de la unión? Lo que queremos es que esa unión sea efectiva y para animarnos a la gloriosa empresa de nuestra libertad; unirnos para reposar, y para dormir en los brazos de la apatía, ayer fue una mengua, hoy es una traición. Se discute en el Congreso Nacional lo que debiera estar decidido. ¿Y qué dicen? que debemos comenzar por una confederación, como si todos no estuviésemos confederados contra la tiranía extranjera. Que debemos atender a los resultados de la política de España. ¿Qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos o que los conserve, si estamos resueltos a ser libres? Esas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas. ¡Que los grandes proyectos deben prepararse en calma! Trescientos años de calma ¿no bastan? La Junta Patriótica respeta, como debe, al Congreso de la nación, pero el Congreso debe oír a la Junta Patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad suramericana: vacilar es perdernos.
>
> «Propongo que una Comisión del seno de este cuerpo lleve al Soberano Congreso estos sentimientos».

Y esto es precisamente lo que se hace. En la mañana del 4 acude el doctor Miguel Peña al Congreso y pide licencia para hablar aunque no forma parte del cuerpo. Su arenga concluye con estas palabras admonitorias que encierran la más concreta verdad de la historia venezolana y que en aquellos momentos en que se hablaba de autonomía provincial y de gobierno federativo, tenían un sentido dramático: «Y que no se invoque contra la proclamación inmediata (de la independencia) la ignorancia en que están los pueblos de los sucesos políticos: Caracas, donde se forma y dirige la opinión pública, reclama la independencia».

Es bajo este alud de emociones que se reúne el Congreso el 5 de julio de 1811. Los discursos se multiplican. Hay opiniones en contra de la declaratoria de independencia (particularmente las de los clérigos y otros personajes conservadores) pero las favorables son aplastantemente mayoritarias. «O la vida para siempre —exclama Miranda— o el sacrificio de todos nosotros por la felicidad de la patria». Se procede al fin a la votación y todos, con la sola excepción del presbítero Maya, de La Grita, se manifiestan favorables a la declaración emancipadora.

La suerte esta echada. Se ha consumado el desgarramiento. Las campanas de las iglesias llenan a Caracas de sones. La nueva entidad nacional se denomina, según el Acta, *Confederación Americana de Venezuela,* clara y terminante alusión al sentido continental de la empresa en cuyo designio no hay discrepancias ni reticencias. Venezuela no es una isla en los dominios españoles del Nuevo Mundo.

En los días que siguen el Congreso decretará una nueva bandera para la patria naciente (la misma que trajera Miranda en su desgraciada tentativa de 1806) y recibirá el juramento de los poderes públicos del Estado. Luego lanzará un Manifiesto para informar al mundo de lo ocurrido en Caracas e iniciará la discusión de la Carta Fundamental. Finalmente acordará la traslación de la capital a Valencia (lo que se hará al año siguiente) para contrarrestar la irresistible preponderancia política de Caracas cuyo territorio será fraccionado en distintas provincias.

Emociones contradictorias conmueven por estos días la sensibilidad de Simón Bolívar, entre ellas la de la trágica muerte de su hermano Juan Vicente, ocurrida en el naufragio del navío en que regresaba de Norteamérica. No todos los miembros de su familia le acompañan en el camino que él ha elegido. Es la oveja negra del blanco rebaño de los Bolívar y los Palacios. Y este es otro desgarramiento que sólo la historia podrá remediar a lo largo de los años y de los siglos.

# SEGUNDA PARTE

## La Danza contra la Muerte

I

# La Reacción Realista

No se producen cambios tan radicales en la estructura política de un país sin que acarreen desgarraduras y desajustes correlativos en su organización social y económica. Con la fractura de la independencia de Venezuela quedaban rotos los eslabones de una cadena forjada en trescientos años: desintegrados, dispersos en un clima de amargura y de odio que iría haciéndose más intenso a medida que el contagio se fuese extendiendo e interesando más amplias áreas de la psicología colectiva.

Como consecuencia de los acontecimientos del 19 de abril de 1810 y del 5 de julio del año siguiente, en las provincias venezolanas —y particularmente en la de Caracas— se hizo prontamente notorio un desequilibrio en la vida de relación y en la economía.

El erario público quedó exhausto a causa de erogaciones hechas sin cálculo y de la vertical de cadencia de la producción agrícola; las exportaciones cesaron y los precios de los frutos fundamentales —el cacao, el café, el añil, las corambres y otros— bajaron aterradoramente. Esto obligó a recurrir a la fórmula de los empréstitos forzosos o casi forzosos y —cuando el dinero se ocultó lleno de temor— a la emisión de papel moneda sin respaldo metálico ni más garantía que el hipotético ingreso de las aduanas y de la renta del tabaco tan arruinada como las otras. Una arroba de carne, que antes costaba cuatro reales de plata, llegó a valer cuarenta y ocho reales papel. Los soldados iban por las calles cubiertos de harapos y pidiendo limosnas. Se produjo entonces un estado de desconcierto e indignación que fue aprovechado por los partidarios del régimen colonial para desprestigiar y minar la causa de la República.

Los primeros conatos de la reacción estallan en las regiones de Oriente —en Cumaná y Maturín— promovidos respectivamente por un numeroso grupo de catalanes que logran apoderarse del Castillo de San Antonio y por una comunidad de frailes capuchinos en su mayoría españoles. A estos movimientos siguen otros de los realistas de Guayana contra los cuales el gobierno patriota tiene que enviar un fuerte contingente de tropas. Para hacer más grave la situación, a comienzos de julio (1811) aparece en las costas una flotilla española enviada desde la isla de Puerto Rico por el Comisionado regio Cortabarría al mismo tiempo que en la propia Caracas estalla una asonada promovida por caraqueños, canarios y gentes de otras procedencias. A estos últimos, olvidando su doctrinario liberalismo, el gobierno independiente les hace cortar las cabezas e imitando las prácticas coloniales dispone exhibir sus despojos en la plazuela de la iglesia de la Trinidad, al norte de la capital. «Sin esta sangre derramada —explica Juan Germán Roscio— nuestro sistema sería vacilante y nuestra independencia no quedaría bien establecida».

Este riego sanguíneo no es sin embargo bastante para aplacar a los hados de la venganza. Mientras el Congreso continúa en sus deliberaciones a fin de dar al Estado de Venezuela su primera Constitución, nuevos brotes de rebeldía reaccionaria aparecen en las

provincias y obligan a organizar fuertes expediciones de punición en las que tienen que alistarse los propios congresistas. Esto es lo que ocurre cuando estalla la rebelión de los valencianos, a principios de julio de 1811, para someter a los cuales son enviados, primero el Marqués del Toro y luego Miranda. Ya para esta época el resentimiento del viejo prócer, perseguido por la inquina de los mantuanos, es ostensible. Cuéntase que cuando aceptó el mando de las tropas que iban a salir a campaña, exigió que se excluyese de aquellos cuadros al coronel Simón Bolívar por considerarlo un joven vehemente y muy peligroso. Necesariamente esto molestó al discriminado quien pidió a las autoridades se le sometiese a un Consejo de guerra que examinara su conducta para comprobar la imputación de Miranda; mas como un concepto tan personal no podía dar lugar a un procedimiento como el que Bolívar solicitaba el pedido de éste fue rechazado.

Si hubiese que dar una explicación de esta conducta del Precursor, habría que buscarla no sólo en la antipatía no disimulada de los patricios sino en las hondas contradicciones de raigambre ideológica que eran ya manifiestas entre él y Bolívar. Para este momento, extinguida la llamarada que su presencia encendiera apenas un año antes, el gran revolucionario de Europa, el hombre a quien se motejaba en su propia patria de jacobino, era considerado como un conservador y casi como un reaccionario. «Este plan —dirá más tarde Manuel Palacio Fajardo refiriéndose a un proyecto constitucional presentado por Miranda al Congreso y rechazado por este cuerpo—, este plan hecho para un país de mayor extensión, para Venezuela difería poco del gobierno colonial de España» ... «Muy desilusionado entonces de sus primeros principios demagógicos —escribirá a su vez el francés Serviez— espantábase de la admisión de las clases intermedias en los asuntos del gobierno: proponía fundar una aristocracia parecida a la de la metrópoli. Miraba como imposible la educación política de la multitud antes de largos años» y «tendía a fundar en Venezuela un gobierno aristocrático y no un gobierno popular».

Este es el drama del Precursor. Desconfiando del pueblo y perseguido por la aristocracia, aislado quedará en medio de la bo-

rrasca. Orgulloso y altivo, por otra parte, adopta una actitud desdeñosa que le atrae la ojeriza de unos y otros. Por lo que atañe a Bolívar, sus relaciones con él se caracterizan en lo adelante por un visible tono de rigidez y de mutuo distanciamiento. Zanjado por decisión del Gobierno el incidente de julio, el joven coronel marchará a Carabobo con el ejército pero el general no le confiará mando alguno en esta campaña. Esto no obstante, justiciero y magnánimo hará figurar su nombre en el cuadro de los oficiales más distinguidos.

La victoria que en esta oportunidad obtienen las armas de la República en Aragua y Valencia es coronada con un acto de clemencia digno de la que ha de llamarse después la *Patria Boba*. No sólo se decreta un indulto general y el olvido de aquellos sucesos sino que en prueba de afecto es designada Valencia Ciudad Federal, o lo que es lo mismo, capital de la joven Federación. Pero nada de esto será suficiente para aplacar el odio de los conspiradores realistas. En el camino de la conspiración los residentes canarios se destacan como los más tenaces e infatigables. Los focos de mayor actividad reaccionaria son ahora los de las regiones occidentales (a partir de Coro) y las de Guayana en donde comienzan a pronunciarse nombres que más adelante alcanzarán una resonancia siniestra: Ceballos, Eusebio Antoñanzas, Domingo de Monteverde y otros. Al mismo tiempo, no obstante haber regresado con los laureles del vencedor, Miranda es objeto de acusaciones en el Congreso y tiene que defenderse cual si se tratase de un reo.

El 23 de dicembre, terminada y firmada la Constitución Federal los legisladores dan por concluidas sus funciones y dirigen una alocución al país explicando los principios en que se han inspirado para redactar el «Contrato Social». Estos principios son: «*1o. Soberanía del Pueblo; 2o. Gobierno Republicano y no otro; 3o. No habrá fuero personal alguno; 4o. Nadie tendrá en la Confederación de Venezuela otro título, ni tratamiento público que el de Ciudadano, única denominación de todos los hombres libres que componen la Nación*». Esta democracia republicana tendrá sin embargo sus limitaciones, restricciones y concesiones impuestas por la situación social del país; tales la religión única del Estado, el régi-

men de sufragio limitativo, las condiciones requeridas para ser elector y elegible, el soslayamiento casi absoluto de la cuestión económica y el régimen de las tierras que iba a quedar igual que bajo la organización colonial. En cambio de esto, orientados por un sentido total de lo americano, en el Capítulo 9o. los constituyentes se declaran dispuestos a alterar sus resoluciones «conforme a la mayoría de los pueblos de América que quieran reunirse en un Cuerpo Nacional para la defensa y conservación de su libertad e independencia política, modificándolas, corrigiéndolas y acomodándolas oportunamente a la pluralidad y de común acuerdo entre nosotros mismos, en todo lo que tuviere relaciones directas con los intereses generales de los referidos pueblos y fuere convenido por el órgano de sus lexitimos representantes reunidos en un Congreso general de la América o de alguna parte considerable de ella», etcétera (*).

Para principios de 1812 el Congreso se halla reunido en Valencia adonde los representantes (no todos) se han trasladado para dar los últimos toques a sus gestiones legislativas. Un nuevo Ejecutivo elegido el 2 de marzo del mismo año, está integrado por Fernando Rodríguez del Toro, Francisco Javier Ustáriz y Francisco Espejo. La presión de los reaccionarios se hace cada vez más intensa y más extendida. Se pelea en Coro, en Oriente, en Guayana y en las llanuras del Sur contra un enemigo más y más numeroso, mejor aprovisionado y mejor comandado. Mientras tanto el inglés Hodgson, nuevo gobernador de la isla de Curazao, pugna por intervenir en los acontecimientos de Venezuela. «No vacilo —escribe a su gobierno este enemigo de la emancipación— en decir que me comprometería a volver a la razón a los caraqueños si se me diese el mando de 2.500 hombres de tropa ingleses y 100 artilleros». En cambio los Estados Unidos del Norte se muestran favorables a la causa patriota porque —son frases del Presidente Madison— «la independencia de la América del Sur haría la fuerza de la América del Norte». Pero no pasan de ahí.

Otros motivos para que los realistas de Venezuela se muestren más envalentonados son los reveses que sufre Napoleón en España.

(*) Es de advertir que para esta época ya se habían iniciado gestiones para uno de esos pactos de unión americana entre Venezuela y la Nueva Granada, a cuyo efecto fue comisionado el canónigo Cortés Madariaga.

Numerosos militares franceses procedentes de los campos de Europa han afluido a las costas venezolanas donde Miranda les presta acogida, les da entrada en sus cuadros y les confía puestos de mando. Incluso se hacen gestiones para celebrar un tratado con Bonaparte a fin de que éste suministre armas a la República, cosa que, como es natural, enfurece a los reaccionarios.

Es en estos momentos cuando se inicia la increíble aventura de Domingo de Monteverde, personaje oscuro y mediocre a quien tocará destruir la Primera República. Simple capitán de marina nativo de las islas Canarias, este hombre había llegado poco antes a Coro con un pequeño contingente de tropas que venían a ponerse a las órdenes del jefe de aquella región, el brigadier español Ceballos. Estimulado por los acontecimientos e impulsado por una audacia sin paralelo, Monteverde se pone al frente de 230 soldados y sin detenerse a pensarlo, emprende el avance sobre el territorio patriota que cubren 5.000 hombres: 3.000 están extendidos en la línea que va desde San Felipe hasta Mérida y los otros 2.000 repartidos en Caracas, La Guaira, los Valles de Aragua y Puerto Cabello.

De portentosa va a ser entonces calificada la hazaña de Monteverde. De obra patente de un Dios indignado contra unos súbditos desleales que han osado violar los divinos derechos de la Corona española. Esta es la prédica que los clérigos reaccionarios siembran en las almas ingenuas y timoratas de los campesinos venezolanos, atiborrados durante trescientos años de supersticiones y fanatismo. Y ante esta prédica los glebatarios de Coro y de Barquisimeto abandonan la azada para empuñar el fusil bajo las banderas del bienamado aunque lejano Monarca. Andrés Torrellas cura de Siquisique, es el máximo intermediario entre el Padre Eterno y los pueblos de esas regiones, y un indio autóctono, Reyes Vargas, su representante ante los aborígenes que aún quedan en la comarca. Pedro León Torres (más tarde eficaz soldado patriota) se dispone a atacar a Caracas, ciudad traidora que para mayor escarnio ha dado acogida a los renegados franceses. Carora es bárbaramente saqueada. ¡Vivan los curas! ¡Viva Fernando Séptimo! Y como para poner un sello de sobrenatural espanto a la implacable reacción colonial, el

26 de marzo, Jueves de la Semana Mayor, un pavoroso cataclismo terráqueo siembra la ruina y la muerte en Caracas y en varias poblaciones del Occidente de Venezuela. Barquisimeto, a cuya altura se encuentra entonces la fuerza invasora de Monteverde, es devastada por este sismo. En San Felipe saltan los edificios desde sus cimientos, se derrumban los cerros y brotan llamas del suelo. En Mérida perecen 1.500 personas, entre ellas el Obispo y algunos clérigos. Pero es Caracas la más castigada: 7.000 cuerpos humanos quedan sepultados entre sus ruinas. Es la apoteosis del pánico, del arrepentimiento y la contrición. «¡Misericordia, Señor! ¡Misericordia y perdón, Sacra Majestad de Fernando Séptimo!» Hombres y mujeres reconocidos como patriotas hacen espectaculares manifestaciones de penitencia en tanto que, ceñudos y vociferantes, los frailes de los conventos y los curas de las parroquias lanzan anatemas a diestra y siniestra.

Al coronel Simón Bolívar, vuelto a la capital a raíz de la campaña de Valencia, el terremoto del Jueves Santo lo sorprende en su casa de la esquina de las *Gradillas* y, dominado el estupor del primer momento, se lanza a la calle y corre entre la multitud aterrada hacia el cercano convento de San Jacinto. ¿Por qué hacia ese lugar y no hacia la Catedral, hacia las *Concepciones* o hacia *El Principal* donde están el Ayuntamiento, un cuerpo de guardia y la cárcel llena de presos? Posiblemente porque es hacia aquel sitio que corre la muchedumbre atraída (o repelida) por el pavor del siniestro. Ante su mirada se ofrece un espectáculo inolvidable: lo que era hasta poco antes un robusto y espacioso edificio de los primeros tiempos de la Colonia, es ahora un ingente hacinamiento de escombros sobre los cuales flota una densa nube de polvo. En este momento un fraile, con un Crucifijo en las manos, se sube a un montón de tierra y conmina al tembloroso rebaño que se aprieta a sus pies: «¡Arrepentíos, pecadores y rogad al Señor y a nuestro amado monarca para que tengan piedad de vosotros!» Un clamor obscuro, siniestro, surge convertido en plegaria; mas en el corazón de Bolívar —veinte y nueve años hirvientes de nuevas nociones científicas y de afilada filosofía racionalista— tales palabras pro-

vocan un efecto contrario. Y su voz resuena aguda como la de un clarín de combate: «No, éste no es un castigo del Cielo: es un terremoto, un fenómeno natural de la tierra. Ha habido otros y los habrá todavía». «¿Y vos quién sois, blasfemo —retruca el fraile del Crucifijo—, para atreveros a negar lo que es evidente? Un Jueves Santo, hace apenas dos años, cometisteis el atentado de derribar a las autoridades legítimas; un Jueves Santo el Señor os castiga!» En la multitud se esboza entonces un movimiento reprobatorio contra el osado que se ha atrevido a desmentir a un representante de Dios en la tierra y miles de ojos miran ceñudamente al soberbio mantuano. Pero éste no se intimida. De un salto sube a lo alto de los escombros y encara a la muchedumbre: «Sí, en efecto: derribamos a las autoridades del rey y ahora defendemos la independencia de nuestro país. Esto es legítimo. ¡Y si la naturaleza se opone a nuestros designios, lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca!»

Lejos de contener el avance de Monteverde, el terremoto servirá para estimularlo. El 2 de abril, desobedeciendo las órdenes de su jefe Ceballos, el atrevido canario ocupa Barquisimeto. El 16 está en Cabudare al frente de 1.000 infantes y de 180 jinetes y el 18 su teniente Francisco Mármol entra en Araure. Poco después estarán en Valencia evacuada por los patriotas. Pero esto no es todo. Simultáneamente con estos hechos, en Guayana los independientes sufren aplastantes derrotas. Es el momento en que los mantuanos de Caracas se asustan de veras. Llaman al Marqués del Toro a quien ofrecen la dictadura para que haga frente a la situación, pero el Marqués, más aterrado que todos, se excusa. Paladinamente se reconoce incapaz de tamaña empresa. Entonces, tascando el freno, recurren a Miranda. Y Miranda acepta el poder supremo con el título de Generalísimo. Las credenciales que en este momento recibe le confieren «absolutas facultades para tomar cuantas providencias crea necesarias a fin de salvar el territorio invadido por los enemigos de la libertad colombiana, sin sujeción alguna a las leyes y reglamentos que hasta entonces rigieron estas Repúblicas». Y al

poner a su disposición los fondos del Estado, públicos y reservados, se le dice con una generosidad que sólo el pánico explica: «El objeto del gobierno es el de relevaros de toda especie de traba o limitación, y desde ahora aprueba el uso que hagáis de estas cantidades y en los modos o términos que más conveniente os parezca».

¿Era esto sincero? A juzgar por lo que escribía al Generalísimo un desconocido Francisco Padrón, en aquellos momentos, la perfidia seguía como compañera del miedo de los mantuanos:

> «Por lo que pueda importar —revelaba Padrón en su carta— le hago presente que en una conversación de aristócratas, en los Capuchinos, dijeron que todos estaban impuestos de su proceder con Ud., que solo la necesidad había obligado a darle el mando militar para que los defendiese, pero que concluído esto se pensaría políticamente para quitárselo».

Ante semejantes intrigas es de imaginar la amargura, el desencanto y la indecisión con que aquel espíritu maltratado marcharía a exponer su vida para defender los intereses de tales gentes. Es en esta oportunidad cuando reaparece Bolívar a quien el Dictador va en persona a buscar a su hacienda de San Mateo. Es un gesto socrático. Miranda entrega al coronel su despacho de Comandante político y militar de Puerto Cabello y de sub-delegado de las rentas de la nación, y entre ellos se entabla un diálogo trascendente:

—«General —pregunta Bolívar— ¿no podría usted emplearme en otro destino de más actividad?» A lo que el Precursor responde con solemne franqueza:

—«Ya sé que usted cree que deseo alejarlo de los puestos de responsabilidad, y sé que muchas otras personas piensan lo mismo. Le aseguro a usted que nada es más falso que eso. Si le destino a Puerto Cabello es porque considero esa plaza y sus fuertes como un punto de la mayor importancia para la defensa de la república. Si se pierde Puerto Cabello se habrá perdido todo».

Y Bolívar parte a ocupar su puesto.

Lo que sigue es la catástrofe en toda su trágica magnitud.

Miranda se muestra indeciso, cohibido por una total desconfianza Se pasea de un lado a otro sin atreverse a tomar una determinación y en cada uno de los hombres que le rodean ve a un enemigo emboscado, a un traidor dispuesto a venderlo. Teme a la rebelión de los negros, teme a los mantuanos de Caracas y teme a los que le sirven en los cargos civiles y militares. Mientras tanto en Puerto Cabello, después de asistir a un Cabildo abierto y de inspeccionar las distintas fortificaciones de la ciudad, Bolívar embarca en un bote y se traslada al Castillo de San Felipe (más tarde Castillo Libertador). En esta fortaleza, mandada a construir cien años atrás por Felipe V, existe en esta oportunidad una guarnición militar y un numeroso presidio integrado principalmente por los promotores de la insurrección de Valencia.

Temeroso de las reacciones de la población valenciana (la ciudad había sido tomada por Monteverde), el 29 de junio el coronel patriota dispone retirar de la plaza porteña todas las bocas inútiles (ancianos, mujeres y niños) y redobla la vigilancia. El 30 está en su posada en conferencia con el teniente-coronel Aymerich, comandante del fuerte, cuando comienza a llover metralla sobre la Villa. Es la guarnición del castillo que, acaudillada por el teniente Francisco Fernández Vinoni y por Faustino Garcés, se ha sublevado y ha abierto fuego contra la fuerza patriota. Inmediatamente Bolívar ordena cubrir los puntos de mayor importancia pero esta medida resulta inútil. Los fuegos hostiles no cesan mientras que los que él dirige contra el castillo resultan ineficaces. Esa noche escribe al Generalísimo:

> «Un oficial indigno del nombre venezolano se ha apoderado, con los prisioneros, del Castillo de San Felipe, y está haciendo actualmente un fuego terrible sobre la ciudad. Si V. E. no ataca inmediatamente al enemigo por la retaguardia, esta plaza es perdida. Yo la mantendré entre tanto todo lo posible».

Cuando Miranda recibe esta comunicación murmura en francés con gran desaliento: *Vénézuela est blessée au coeur*».

Herida en el corazón estaba, en efecto, la patria. Desesperado de la inutilidad de sus providencias y en peligro de caer prisionero de los realistas, Bolívar embarca en el bergantín *Celoso* y junto con un grupo de compañeros leales —Mires, Carabaño, Aymerich, Montilla, Bujanda y dos oficiales más— abandona aquella costa tenazmente perseguido por la goleta *Venezuela,* perteneciente a los enemigos. Y así logra llegar La Guaira a principios de julio. Nunca habrá de sentirse tan mísero como en estos momentos: «La patria se ha perdido en mis manos», dice. Luego escribe a Miranda:

> «Mi general: Lleno de una especie de vergüenza me tomo la confianza de dirigir a Vd. el adjunto parte que apenas es una sombra de lo que realmente ha sucedido.
>
> Mi cabeza, y mi corazón no están para nada. Así suplico a Vd. me permita un intervalo de poquísimos días para ver si logro reponer mi espíritu en su temple ordinario.
>
> Después de haber perdido la mejor plaza del estado ¿cómo no he de estar alocado, mi general?
>
> De gracia no me obligue Vd. a verle la cara! Yo no soy culpable, pero soy desgraciado y basta.
>
> Soy de Vd. con la mayor consideración y respeto su apasionado súbdito y amigo que B. S. M.»

Pero no tendrá tiempo para reponerse. Ya no habrá tranquilidad para él. Seguidamente se precipita el desastre. Espantoso. Increíble. En las filas independientes se multiplican las deserciones y batallones enteros se pasan al enemigo con sus cañones montados y listos para disparar contra la República. ¡Viva el Rey! ¡Viva España! ¡Vivan los curas! En Barlovento y la costa se produce un levantamiento de esclavos que se dedican a saquear las haciendas y a degollar a los blancos. ¿Es la guerra social tan temida del Precursor? El corazón de Miranda se llena de horror y todo esto lo induce a proponer al enemigo una capitulación que después de ser discutida prolijamente se concluye el 25 de julio de 1812. El 26 se encuentra el Generalísimo en Caracas en la confianza de que será respetado según el convenio y de que se le permitirá salir del

país con sus pertenencias, y el 30 los realistas ocupan la capital contando a su vez con la abienta complicidad de su gobernador Quero. Ese mismo día salen para La Guaira Miranda y otros oficiales patriotas mas el Generalísimo no podrá embarcarse porque el coronel Manuel María de las Casas, comandante independiente de aquella plaza, ha ordenado el cierre del puerto.

¿Qué ha ocurrido para que así se viole la capitulación firmada por Monteverde? Es el final estallido del odio contra Miranda. Se cuenta que poco antes se habían reunido secretamente el doctor Miguel Peña, jefe político de La Guaira; el coronel de las Casas, los coroneles Simón Bolívar, Juan Paz del Castillo, José Mires y Manuel Cortés Campomanes; los comandantes Tomás Montilla, Rafael Chatillón y José Landaeta (que mandaba la guarnición todavía en poder de los patriotas), y el sargento mayor Juan José Valdés, y habían decidido desconocer el tratado y cerrar el puerto para que Miranda no pudiera marcharse. Lo único suyo que alcanza a salir —en el buque *Saphire* de bandera inglesa— son los baúles en los que guarda, además de sus ropas y sus archivos, una cantidad de dinero cuya pertenencia y destino han sido posteriormente objeto de malignas suposiciones. Prendido el Generalísimo y entregado al Comandante Zerveris, de las fuerzas de Monteverde, su destino será el de un mártir. Después de rodar por distintas prisiones —Puerto Cabello, Puerto Rico, Cádiz— irá a morir finalmente, cuatro años más tarde, en el arsenal de *La Carraca*, en España.

En este crepúsculo ensangrentado de la Primera República muchas conciencias debieron sentirse oprimidas por la vergüenza. Un negro paréntesis se produce y entre las sombras se desliza la muerte y palpita el terror. No será largo este eclipse pero tampoco será el último que padezca la torturada República.

En cuanto a Bolívar, oculto en la noche ha vuelto a Caracas y acudido a la protección de su amigo el Marqués de Casa León (el mismo Don Antonio Fernández de León, realista hasta 1807, independiente hasta comienzos de 1812 y realista de nuevo hasta que

vuelva a ser patriota otra vez) y quizá a la de su pariente José Félix Ribas que lo es también de Domingo de Monteverde; y por este medio logra la ayuda directa de un comerciante español —Don Francisco Iturbe— quien se presta a dar fianza por su persona ante el victorioso marino canario.

Aún va a permanecer el maltrecho coronel caraqueño refugiado en Caracas hasta fines de agosto. El 7 de setiembre desembarca en la isla de Curazao y allí recibe su primera sorpresa de asilado político: para responder de una demanda que ha instaurado en contra del fugitivo un judío por provisiones suministradas al bergantín *Celoso*, la policía se apodera de su equipaje y se incauta de todo el dinero que lleva. Inútil será que proteste y escriba indignado al gobernador inglés de la isla. Desvalijado y lleno de ira y despecho poco después embarca para Cartagena de Indias, en la emancipada Nueva Granada.

¿Ha pensado Bolívar en este trance de Curazao, en abdicar a sus ideas revolucionarias y en plegarse a la situación creada por la victoria de Monteverde? Suscita este interrogante el curioso giro que se advierte en una carta suya escrita en la vecina isla y dirigida al señor Iturbe, en la cual expresa:

> «Yo ruego a Vd. no se olvide tomar todo el interés posible en favor de mis asuntos; y si por acaso mi amigo don Domingo Ascanio ha marchado ya, o no tiene el manejo de mis bienes, ruego a Vd. con instancia se sirva obtener por cualquier medio algún dinero y se sirva mandármelo con la precaución posible; pues quién sabe que otro enredo habrá después para quitarme lo que me vaya viniendo. *Sin tener nada que hacer ni con Miranda ni con el antiguo gobierno yo pago sus deudas y aún sus créditos. Paciencia*».

A lo que añade en una Adición:

> *«Si por allá llegaren algunos chismes contra mi conducta política o contra mis procedimientos, puede Vd.*

*combatirlos con la seguridad de que son falsos. Esta advertencia la hago, no porque me ocurra que pueda suceder, sino porque tengo entendido que aquí hay muchos malquerientes de los hijos de Caracas que desean obtener favor del gobierno con delaciones»* (*).

Esta misiva contiene, aparentemente, una retractación de la notoria conducta del Caraqueño en las filas de la revolución emancipadora, con el agravante de que es una retractación inútil, de la que sólo podía esperar un perdón irónico y humillante por parte del vencedor. Cavando en el hondón psicológico de este momento dramático, lo único que cabe suponer en obsequio del joven coronel expatriado es que en su corazón no hubiese aún echado raíces la irrevocable vocación de la gloria, compañera del sacrificio. El fugitivo de Curazao no es todavía un mártir consciente porque aún no ha germinado en su espíritu la elevada y dura ambición del líder. Por el contrario gravitan en él, próximas y aplastantes dos decepciones terribles: la de su propio fracaso en Puerto Cabello y la de la capitulación de Miranda, el jefe traído por él de Europa y que ante sus ojos aparece en estos momentos, más que como un desdichado, como un traidor a la causa patriota.

Visto así el hecho, el instante de Curazao se convierte en una encrucijada de dudas en la vida del Caraqueño; es psicológicamente el instante en que va a desaparecer de su psique un complejo de inferioridad documentalmente evidente, para surgir, por obra de un extremo desgarramiento, un complejo nuevo —el de la superioridad— extraído de sus reservas secretas.

Cómo va a evolucionar y a desarrollarse este nuevo complejo no tardaremos en verlo.

(*) Lecuna: «Cartas del Libertador», tomo I, paginas 27-28. Esta carta tiene fecha de 10 de setiembre de 1812.

II

# El Fugitivo Libertador

No sin un gran esfuerzo imaginativo podría concebirse el estado en que halló a Caracas el reconquistador español en 1813. Convertida en montones de ruinas, destruida en sus tres cuartas partes y sumida en luto y consternación por el terremoto, a estas circunstancias hay que añadir la del odio político con su corolario de persecuciones, prisiones, confiscaciones, destierros y atropellos de toda clase. En agosto de 1812 asumía Monteverde el gobierno de la Capitanía General y seguidamente designaba una Junta especial para consultarle los negocios de mayor importancia. El dictamen de esta Junta fue unánime: había que apresar a cuantos hubiesen participado de alguna manera en la revolución de la independencia y confiscar los bienes de sus cabecillas y personajes más importan-

tes. En consecuencia las cárceles de Caracas, La Guaira y Puerto Cabello se colmaron de prisioneros al mismo tiempo que numerosas familias quedaban en la miseria más absoluta. Muchos de esos prisioneros eran enviados, algún tiempo después, a los presidios de España y este iba a ser el destino del Generalísimo Miranda, del doctor Juan Germán Roscio, del canónigo José Cortés Madariaga, del coronel Juan Paz del Castillo y de otros relevantes patriotas a quienes se hizo trabajar en las obras públicas antes de ser remitidos a Cádiz bajo el calificativo de monstruos.

Mientras tanto, desentendido de la autoridad de Miyares a quien la Regencia había encomendado el gobierno de Venezuela, Monteverde se convertía en un dictador sin importarle un bledo la nueva Constitución que por aquellos días entraba en vigencia en España y en sus dominios y a la que se llamó *Constitución liberal* a causa de las tendencias que caracterizaban a sus autores los liberales peninsulares. Esta nueva carta será jurada en Caracas en noviembre del mismo año, con toda pompa y solemnidad, para permanecer en vigencia hasta 1814 cuando, vuelto al trono Fernando VII, será echada al cubo de la basura para reimponer el absolutismo realista.

Los dos primeros viajes del Caraqueño Simón Bolívar lejos de su ciudad y de su país, distaron mucho de parecerse al destierro. Fueron desplazamientos gozosos, libres y dorados periplos revelatorios, movimientos para la asimilación de horizontes y para la acumulación de conocimientos universales. El que emprende en 1812, fugitivo de la venganza española, es substancialmente distinto. Derrotado, sin dinero, casi desnudo va a presentarse en Nueva Granada como un pordiosero. Mas si la revelación europea le llegó por el auxilio de otros —rico heredero rodeado de la solicitud de los suyos— la de su nueva vida va a ser obra suya exclusivamente: creación de su genio y ferja de su voluntad sublimada. Cartagena de Indias será la fragua de su destino.

A esta vieja ciudad en la que perdura el sello colonial español, llega Bolívar a fines de setiembre o comienzos de octubre, al mis-

mo tiempo que otros oficiales venezolanos, e inmediatamente se dirige al gobierno de las Provincias Unidas de la Nueva Granada al que ofrece sus servicios para participar en la guerra que ellas sostienen con el enemigo común. Mas sea por el desprestigio que le ha precedido a causa de la pérdida de Puerto Cabello, sea por las ideas que sustenta en desacuerdo con la política del gobierno de Cartagena o por lo desproporcionados que parecen a aquellas gentes los proyectos que enuncia, lo cierto es que sólo le ofrecen una posición subalterna y muy inferior a las que se dan a otros refugiados.

Las provincias neogranadinas habían asumido su autonomía en julio de 1810 y formado juntas gubernativas similares a las que se establecieron en otros países de la América hispana. Reunidos en Leiva dos años después, los diputados de Cundinamarca, Cartagena, Casanare, Pamplona, Popayán y Tunja se trasladaron a esta última población cuando enviaron los suyos las de El Socorro, Neiva y El Chocó. Entonces se estableció un gobierno federal del que sólo había de quedar excluida Cundinamarca en razón de la disidencia de su presidente Antonio Nariño, partidario de un régimen centralista.

En cierta manera la situación era semejante a la que existía en Venezuela: mientras que una minoría culta propugnaba la independencia, el pueblo en su mayoría pugnaba por volver a las tradiciones monárquicas. En medio de tal estado de cosas, el Dr. Camilo Torres, presidente del Congreso de aquella Unión y encargado de su gobierno, se veía entorpecido para superar la anarquía existente. En 1812 estalló la guerra civil entre la Confederación y Cundinamarca y el país quedó dividido. En medio de estas contingencias llegaba Bolívar a Cartagena, capital de una extensa provincia y considerada como la más importante plaza fortificada del Continente.

Mucho distaba de ser uniforme la opinión política de esta región. En diciembre anterior había estallado allí una insurrección

reaccionaria que afectó a los pueblos del Sinú, granero de la estratégica zona, y esto explica entre otras razones el que los fugitivos de Venezuela fueran recibidos con entusiasmo y utilizados en puestos de mando. Sólo Bolívar quedaría relegado a una posición inferior. Pero esto no desanimaría al coronel caraqueño, quien apenas llegado inicia una serie de publicaciones destinadas a informar a los habitantes de Nueva Granada acerca de las causas del desastre de Venezuela. Una de estas publicaciones, fechada a 15 de diciembre de 1812 y titulada «Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño», es la que se conoce más comúnmente por *Manifiesto de Cartagena.*

El hombre que escribe este documento difiere mucho, psicológicamente, del que abandonaba las costas de su país tres meses atrás. Es en realidad otro hombre. Intensa y profundamente debió meditar durante las largas jornadas del viaje en las perspectivas de su futuro. Solitario e insomne en medio de su propio fracaso, las cálidas noches del mar Caribe debieron darle la clave de la tragedia del Nuevo Mundo en la histórica encrucijada en que la América hispana comenzaba a sentirse nueva.

> «Yo soy, granadinos —expresa en su Manifiesto de Cartagena—, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas, y políticas, que siempre fiel al sistema liberal, y justo que proclamó mi patria, he venido a seguir aquí los estandartes de la independencia, que tan gloriosamente tremolan en estos estados».

Hay que fijarse en las palabras que usa Bolívar en esta oportunidad porque cada una de ellas posee un valor substantivo. Prodigiosamente escapado, dice; esto es, como por milagro, como nacido de nuevo. Ya no se considera un simple soldado: ahora es el mensajero de una verdad. Está convencido de que ningún otro podría explicar como él las verdaderas causas del desastre de Venezuela ni señalar los caminos que deben seguirse en el porvenir para evitar otra catástrofe semejante. Por encima de todo abriga la convicción de que no se debe ser débil si se quiere ser libre.

«Los códigos que consultaban nuestros magistrados —explica— no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del Gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes; filantropía por legislación, dialéctica por táctica, y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios, y de cosas, el orden social se resintió extremadamente conmovido, y desde luego corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución universal, que bien pronto se vio realizada».

En el *Manifiesto de Cartagena,* al analizar los errores de la Primera República, Bolívar no sólo hace una crítica de los hechos sino de su filosofía. Dentro de esta categoría valorativa cae, por ejemplo, su enérgico rechazo del sistema federalista que la Unión venezolana adoptó considerándolo como la más depurada expresión de la libertad de los pueblos y de la democracia política. El no niega que este sistema «sea el más perfecto y más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad» pero lo considera «el más opuesto a los intereses de nuestros nacientes Estados» porque, generalmente hablando, «todavía nuestros conciudadanos no se hallan en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos; porque carecen de las virtudes políticas que caracterizan al verdadero republicano: virtudes que no se adquieren en los gobiernos absolutos, en donde se desconocen los derechos y los deberes del ciudadano».

El Bolívar del *Manifiesto de Cartagena* es ya el Bolívar maduro, definitivo en su pensamiento, espiritual e intelectualmente formado por la tragedia de su país. Todo cuanto ha de decir en sus grandes lucubraciones futuras, esbozado está en este documento. Idealista y pragmático a un tiempo, no modificará sus ideas fundamentales sino para adaptarse a las circunstancias de cada momento. Este Bolívar razonador llega a Cartagena formado por la meditación de la derrota y la soledad mas es Cartagena la que va a for-

jar su personalidad de guerrero. De simple comandante de un pueblo del río —el de Barrancas—, donde actúa subordinado al francés Labatut y con sólo setenta hombres bajo su mando, se le verá ascender gradualmente pero con celeridad arrolladora hasta el más alto nivel de la jerarquía militar. Colocado en una región fronteriza, en directo contacto con las fuerzas del adversario, en poco tiempo sus desarrapados setenta soldados ascienden a doscientos y poco más tarde suman medio millar. Inquieto, nervioso y extravertido su movilidad es impresionante. Como un espejo de sus designios las obscuras aguas del río le invitan a andar y él se pone a seguirlas osadamente. Todavía inadaptado al clima malsano de aquellos lugares, contrae el contagio del paludismo y sufre calenturas intermitentes, pero esto no le detiene. En Mompox, ya finalizando diciembre, improvisa un asalto y se apodera de la población de El Guamal. El 31 está en el lugar de El Banco que ha sido abandonado por el comandante español Capmani y allí le saluda el primer albor del año 1813. Pero no se detiene aún. Sigue a Chiriguaná en donde obtiene un triunfo de consecuencias. Y en estos lugares, inesperado y bullente como en una leyenda de faunos y dríadas, sale a su encuentro el amor en la figura de Anita Leloir, una linda mariposa del pequeño puerto de Salamina de la que no se vuelve a tener noticias. Ya dispone de cinco buques, seis transportes, dos piezas de artillería, doscientos fusiles y diez mil cartuchos. Su estrategia está inspirada en la más penetrante psicología: a los prisioneros que toma les perdona la vida y a los suyos no les permite saqueos ni represalias. El 8 de enero entra en Puerto Real y poco después en Ocaña.

Con estos triunfos continuos y fulgurantes el oficial caraqueño ha limpiado el curso del Magdalena y abierto el camino hacia Cúcuta cuyo comercio, hasta entonces paralizado, vuelve a desarrollarse. Su nombre vuela de boca en boca. Su prestigio se extiende. Pero Labatut, susceptible a la envidia, no ve este suceso con buenos ojos. Consecuencia: su jefe le acusa de insubordinación ante el Gobierno de las Provincias Unidas y allá tiene que ir el impetuoso coronel de Caracas a defender su conducta. Menos mal que el gobernador Rodríguez Torices es un hombre ecuánime que en vez de

hacer caso a la acusación del francés, invita al venezolano a exponer su criterio a propósito de las providencias que venían tomando los españoles —Monteverde desde Caracas y Miyares desde Maracaibo— para contrarrestar la ofensiva patriota que se desarrollaba en la Nueva Granada.

Pero lo que más molestias va a ocasionar a Bolívar en toda esta etapa de su actividad militar va a ser la obstinada animadversión del coronel granadino Manuel del Castillo, comandante general de las fuerzas de aquella región, quien se convertirá en lo adelante en un persistente obstáculo para la realización de sus planes.

El 20 de febrero de 1813 parte nuestro protagonista para una de las más brillantes empresas de toda su vida, la que habrá de conocerse en la historia con la denominación de *Campaña Admirable*. Todos los recursos de su rica imaginación van a ser utilizados en esta oportunidad en concordancia con sus conocimientos teóricos y con su ya abundante experiencia: el valor temerario, la astucia, la celeridad de los movimientos, el espionaje. En torno a su autoridad acrisolada en menos de un año, un grupo de oficiales venezolanos y granadinos va a hacerse famoso. ¿Qué es sino el prestigio del caudillo ya revelado lo que comunica la fe y el entusiasmo al corazón del subordinado? José Félix Ribas, Atanasio Girardot, Rafael Urdaneta, Luciano D'Eluyar, José María Ortega, Francisco de Paula Véliz, Hermógenes Maza, Antonio Ricaurte, José María Ricaurte, Manuel Ricaurte, tales son algunos de los que forman esta pléyade de jóvenes paladines que marchan en pos del conductor caraqueño a la liberación del territorio venezolano.

El 27 de febrero esta fuerza expedicionaria derrota en La Grita al realista Correa y como resultado inmediato de esta victoria los habitantes de Mérida, viéndose libres de enemigos cercanos, proclaman su independencia y se organizan militarmente para la resistencia. Bolívar pone de nuevo la planta en tierra venezolana y en una proclama saluda a los tachirenses:

> «Yo soy —les dice— uno de vuestros hermanos de Caracas, que arrancado prodigiosamente por el Dios de las misericordias de las manos de los tiranos que agobian a Venezuela vuestra patria, . . .He venido digo, a traeros la libertad, la independencia y el reino de la justicia, protegido generosamente por las gloriosas armas de Cartagena y de la Unión»...

Prodigiosamente. Otra vez la palabra numinosa y suasoria; la palabra con la que procura expresar las dimensiones casi sobrehumanas de estos momentos extraordinarios. Prodigiosamente van a vivir desde entonces los soldados patriotas cuyos huesos serán los cimientos de la nueva nación que están construyendo. En este alborear de la *Campaña Admirable* recibe Bolívar el grado de brigadier y el título de ciudadano de la Nueva Granada que le otorga el gobierno de aquellas provincias presidido por el ilustre Camilo Torres. Y junto con estos títulos recibe también los hombres y las armas requeridos para la empresa de Venezuela.

A partir de este instante todo el Occidente del territorio venezolano se verá poblado de combatientes, los que van a afluir desde las dilatadas llanuras del Alto Apure, de Barinas, Cojedes y el Guárico, y desde la cuenca del lago de Maracaibo. Yáñez, Tiscar, Miguel Correa son los jefes realistas que acuden a detener a Bolívar en las crestas de las montañas mientras que en Calabozo y en San Fernando comienza a sonar un nombre llamado a sembrar el espanto en las filas patriotas en los años que vienen: el nombre de Boves. Mas entre tanto el conductor caraqueño ocupa a Mérida y se dispone a seguir a Trujillo, poblaciones andinas en las que van a desarrollarse acontecimientos extraordinarios. En la primera de estas ciudades, por iniciativa del gobernador Don Cristóbal de Mendoza el 18 de mayo de 1813 Bolívar recibe el título de Libertador que lo distinguirá por el resto de su existencia, y en la segunda da su controvertido *decreto de guerra a muerte* el 15 de junio siguiente.

¿Qué significa en la historia de Venezuela el decreto bolivariano de guerra a muerte? Guiándose por un sentimiento de convencional humanitarismo y por un discutible concepto de identifi-

cación nacional hispano-venezolana, no pocos comentaristas sólo han visto en esta medida una expresión del rencor que caracterizaba la lucha en aquellos momentos y el irresistible deseo de venganza que llenaba el alma de los patriotas ante las atrocidades de los realistas. Pero la explicación del fenómeno no es tan simple ni se le considera en sus proyecciones históricas. En Mérida había recibido Bolívar noticia de una disposición de la Regencia de España según la cual se aprobaba el plan propuesto por Monteverde de pasar a cuchillo a cuantos americanos tomasen las armas para resistir al imperio de la Corona española; además conocía ya las tropelías consumadas contra los revolucionarios de Quito, La Paz, México, Caracas y últimamente contra los prisioneros de Popayán, La Guaira y Puerto Cabello; y todo esto, obrando como un explosivo psíquico, provocó en él aquella terrible reacción que por lo demás era algo así como un corolario de la iniciativa que poco antes había tomado en la región tachirense el violento *Diablo Briceño*. «Nuestra bondad —escribió entonces— se agotó ya y puesto que nuestros opresores nos fuerzan a una guerra mortal, ellos desaparecerán de América, y nuestra tierra será purgada de los monstruos que la infestan. Nuestro odio será implacable y la guerra será a muerte». Sin embargo, sin negar lo que él mismo confiesa en aquella proclama (8 de junio de 1813), en el decreto dado en Trujillo una semana después hay algo más que odio y ansia de destrucción: hay algo tremendamente creador que comunica a su gesto una grandeza genésica. En el diapasón que alcanzaba entonces la pugna entre españoles y americanos la muerte no era sólo el brutal exterminio; era también la transformación. Sólo por ella podía formarse, si no la conciencia jurídica de una nación soberana, por lo menos un sentimiento diferencial entre el vasallaje y la libertad, entre lo español y lo americano, entre la dependencia de una Corona extranjera y lejana y la patria nativa dueña de su destino. No de otra manera podría interpretarse la alternativa de este dilema que forma la clave del discutido decreto:

> «*Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de*

*la libertad de la América. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables».*

Cuando esto ocurría en el Occidente de Venezuela, en el Oriente se peleaba también por la recuperación del territorio venezolano y por el realumbramiento de la idea nacional tronchada en botón por la reacción monarquista. Acompañado de cuarenta y cinco oficiales criollos que se habían refugiado en la isla de Trinidad, Santiago Mariño atacaba a los realistas de Güiria en la provincia de Cumaná. Entre estos venezolanos se contaban José Francisco Bermúdez y su hermano Bernardo, Manuel Carlos Piar, Manuel Valdez, Agustín Armario, Juan Bautista Videau, José Francisco Ascúe, José María Hermoso, Juan Bautista y Nicolás Cova, José Leonardo Brito, José de la Paz Valdez y Antonio José de Sucre. Y tanta resonancia tuvo este acontecimiento que Monteverde, grandemente alarmado, salió en persona a combatir a los invasores. Mas allí le esperaba una sombría revelación: la de que su éxito militar y su encumbramiento político no habían sido otra cosa que el producto de especialísimas circunstancias. Derrotado en las cercanías de Barcelona, no le quedará otro recurso que huír a Valencia y refugiarse en Puerto Cabello en donde su estrella se extinguirá tristemente un año después de su caprichosa ascensión.

Pero tampoco para Bolívar va a ser la victoria constante. Resultante de circunstancias propias de una revolución que sólo había interesado hasta entonces la epidermis de una sociedad estamental edificada sobre la barbarie de un pueblo ignorante y ahito de supersticiones heterogéneas, el suceso de la *Campaña Admirable* tendría que ser igualmente precario. Y así se verá cómo después de las batallas y choques de Agua de Obispos, de Niquitao, de los Horcones y de Taguanes que conducen a los patriotas a la ocupación de Valencia, la estrella emancipadora comenzará a palidecer bajo los golpes cada vez más certeros de los realistas multiplicados en todas partes. Aún se producirán en este prodigioso año de 1813 hechos dignos de ser cantados por los poetas: hombres semidesnudos

que pasan a nado ríos infestados de cocodrilos, mujeres que se baten como amazonas, llaneros que cruzan las cumbres cubiertas de nieve y una fantasmagoría de cabezas ensangrentadas que ruedan por las llanuras, mas al correr de los días este espectáculo irá cambiando de signo, esto es, de bandera.

Pero sigamos el orden de los acontecimientos en su cronológica sucesión. Después de triunfar en Taguanes y de ocupar a Valencia, Bolívar monta nuevamente a caballo y vuela a Caracas. Una ciudad destruida, presa del pánico y abandonada a su suerte por los realistas temerosos de la venganza patriota, es la que sale a su encuentro el 7 de agosto. Entre los delegados que se adelantan a saludar al Libertador y a negociar con él a nombre de los vencidos se encuentran el inevitable Marqués de Casa León, el presbítero Marcos Ribas, el doctor Felipe Fermín Paúl, Don Vicente Galguera y Don Francisco Iturbe, su protector en los angustiosos momentos de su partida. Estos delegados van a encontrarle a la ciudad de La Victoria y en Aragua, y obtienen de él una capitulación generosa por la que se concede a los españoles la posibilidad de emigrar del país siempre que soliciten sus pasaportes dentro del plazo de un mes y que se embarquen dentro del mes siguiente. Tres días antes de esta negociación, la noche del 4, había sido Caracas teatro de inenarrables escenas de espanto. Grupos de personajes encapotados corrían de un lado a otro mientras multitudes histéricas clamaban el socorro del Cielo. En el camino que conduce a La Guaira resonaban los alaridos de siete mil fugitivos enloquecidos y en el puerto catorce buques repletos de ellos salían para la isla de Curazao. Sólo quedaba la masa del pueblo, la muchedumbre de negros y de mestizos que enardecidos por las fanfarrias del vencedor rodearían a Bolívar en la mañana del 7 y le pasearían sobre sus hombros a través de las ruinas del terremoto.

En la persona del caudillo triunfante queda entonces resumida la nebulosa idea de la patria y desde luego toda la autoridad del país liberado. Restablecido el régimen federal con su presidente de turno (para no contrariar las instrucciones del Congreso neogranadino) el Libertador advierte la necesidad de un sistema gubernativo más simple y expeditivo y su criterio es compartido por los

próceres nacionales. Una nueva concepción constitucional, típicamente bolivariana, comienza a delinearse en estos momentos en los que una cruel experiencia comprueba el error de los arquitectos de la Primera República. Bolívar está decidido a hacer realidad sus apreciaciones estructurales del *Manifiesto de Cartagena* y sin ninguna vacilación comienza a aplicarlas a la realidad del país. Allí tendrán fin las boberías de la *Patria Boba*. No más idealismos inoperantes ni humanitarismos teóricos.

Un mes y siete días después de este acontecimiento (el 14 de octubre) Caracas ratifica a su hijo más eminente el título de Libertador que le habían otorgado los merideños. Esto se hace en el templo de San Francisco en cuyo recinto se reúnen para la excepcional ceremonia los señores del Ayuntamiento y todas las corporaciones civiles, militares y eclesiásticas existentes en la ciudad, amén de una multitud heterogénea que aclama al héroe con emoción delirante. Poco antes se habían rendido honores póstumos al granadino Girardot, muerto en combate en el sitio de Bárbula (cerca de Valencia) y cuyo corazón había traído a Caracas el propio Bolívar para depositarlo en la Catedral.

Brillante, rico en resonancias proféticas es el acto de San Francisco. Con certera visión de un futuro que en tales momentos no es sino una confusa emoción en el alma de la República, el doctor Cristóbal Mendoza propone aclamar a Bolívar Capitán General del ejército patriota y distinguirlo —son frases textuales— «con el sobrenombre de Libertador de Venezuela» para que use de él «como de un don que le consagra la patria agradecida a un hijo tan benemérito».

Este acto fue sin duda simbólico pero evidentemente también lo sería la medida que el Libertador se iba a ver obligado a tomar en diciembre del mismo año para proteger a la capital no ya del peligro exterior sino de las pugnas que en su interior se venían produciendo entre los habitantes patriotas y los realistas. Esta medida consistió en la construcción dentro de la ciudad de un recinto arti-

llado al que se dio el nombre de *Ciudadela* y cuya obra ocupó toda la parte central de la urbe incluida la Plaza Mayor. Sus límites fueron: al Norte la calle comprendida entre las esquinas de *Cuartel Viejo* y el *Abanico,* y al Sur la que corre entre las esquinas de *La Gorda* y el *Doctor Díaz.* Diez y seis fortines de diferentes formas ocuparon las bocacalles y amplios fosos defendieron los parapetos. Banderas nacionales (amarillo, azul y rojo en franjas horizontales de mayor a menor) coronaban las fortificaciones. Con cueros secos de res se acondicionaron techumbres ligeras para los refugios y en cada uno de estos se pusieron centinelas armados. En esta *Ciudadela* que simbolizaba la división y el odio políticos, el gobierno de la república concentró sus parques de guerra, sus maestranzas, sus mulas y casi todas las familias patriotas; y cuando los jóvenes salían a pelear, los ancianos montaban la guardia. Por las noches, al proyectarse sobre las ruinas y los parapetos las luces de los faroles, se producían efectos fantasmagóricos y sólo se oían las voces de los arrieros que volvían con sus reatas y el *quién vive* de los centinelas. Las familias godas, partidarias del rey de España, estaban excluidas de esta comunidad; no pertenecían al pequeño y ansioso mundo de la República.

III

# El Amor a las Cadenas

No era sólo a los enemigos a quienes había que vencer en aquella contienda a la que se había lanzado Bolívar arrastrado por su vocación de libertador, sino a no pocos amigos que no concebían la magnífica empresa en idénticas dimensiones de extensión y profundidad. Tal fue entonces el caso del grupo de valientes que reunidos en la ensenada de Chacachacare (isla de Margarita), bajo la dirección de Santiago Mariño, invadían la región oriental al mismo tiempo que el Caraqueño y los suyos lo hacían por la occidental. Impregnados del sentido provincialista característicos del régimen colonial y sensibles —notoriamente— a la valorización de la hazaña por ellos cumplida, Mariño y la mayoría de sus compañeros se

trazaron un esquema político según el cual el territorio venezolano debía ser dividido en dos distintas demarcaciones: el *Estado Independiente de Venezuela* bajo la jefatura suprema del caraqueño Simón Bolívar, y el *Estado de Oriente* bajo la del caudillo oriental que la había liberado, Santiago Mariño. Y así concebido el reparto, el primero de dichos estados debía quedar formado por las provincias de Mérida, Trujillo, Barinas y Caracas, y el segundo por las de Cumaná, Barcelona y Margarita.

Geográficamente Caracas se encuentra, como es cosa notoria, en la parte nor-central del territorio de Venezuela, casi en la orilla del mar, lo que explica históricamente, si no todos, la mayor parte de los fenómenos que concurren a formar el complejo de circunstancias morales e intelectuales que confieren a esta ciudad su jerarquía de capital sobre un vasto mosaico de pueblos progresivamente homogeneizados y destinados a convertirse en una nación. Para los días de la independencia, Caracas, como entidad provincial, se extendía desde el río Unare, cerca de Barcelona (por el Oriente), hasta Tocuyo y Carora (por el Occidente), en tanto que por el Norte llegaba hasta el mar y por el Sur hasta las llanuras del Guárico. En lo político estaba dividida en partidos capitulares, al igual de las otras provincias. El Dr. Mendoza, designado gobernador, y el general José Félix Ribas, comandante general, entraron a ejercer su administración en lo civil y lo militar. Pero Bolívar no estaba conforme con la desarticulación existente y uno de sus primeros cuidados fue encomendar a Francisco Javier Ustáriz la redacción de una nueva Constitución que contemplase la unidad de todo el país dentro de los lineamientos de una moderna política sabia y realista. (*) Las providencias que toma entonces el jefe supremo para la organización del Estado venezolano, abarcan todas las previsiones que juzga conducentes a su designio. Para procurar el reconocimiento exterior escribe a Luis López Méndez y Andrés Bello, comisionados en Londres, a fin de que informe al gobierno británico acerca de los resultados de la Campaña Admirable y sobre sus propósitos de declarar la libertad de comercio y de llamar a los extran-

(*) Miguel José Sanz y Miguel Peña, a los que se consultará este proyecto, no vacilarán en darle su aprobación.

jeros a establecer sus empresas en Venezuela. En el orden interno crea el Consulado cuyo fin es impulsar la agricultura y el comercio, construir caminos y desarrollar otras iniciativas de interés económico. Funda un régimen de secuestros; establece impuestos y para la administración de la hacienda pública designa al inevitable Marqués de Casa León, su camaleónico amigo. Y como la situación financiera es realmente desesperada —el estanco del tabaco apenas produce la cuarta parte de lo que daba antes de la guerra; el cacao y el café han descendido verticalmente, y casi todo el oro y la plata han emigrado reduciéndose el circulante a monedas de mala ley y a unas fichas de hueso llamadas *señas*— el Marqués aconseja acuñar monedas de plata y de cobre a cuyo efecto exige a los particulares que contribuyan con sus objetos de lujo los que les son pagados a 6 reales la onza; y, agotados estos objetos, acude al clero para que proporcione las alhajas sagradas que no sean indispensables al ejercicio del culto.

Mientras tanto la guerra prosigue en distintas regiones y Bolívar no desmonta de su caballo. Los intereses que ha sido preciso golpear, el arraigado sentimiento monarquista, el convencimiento de que los patriotas carecen de las fuerzas necesarias para triunfar y las noticias del resurgimiento de España después de la derrota de los franceses, son hechos, o circunstancias, que mantienen en el pueblo venezolano un sentimiento latente de rebelión contra la República que cada día se hace más intenso y más agresivo. Urge, pues, levantar tropas y proveerse de armas, y Bolívar se dedica a ello con todo ahinco.

Pero no todo es guerra y desolación en estos postreros meses de 1813. Galante y sentimental, pese a la ruina que la ensombrece, Caracas ofrece a su hijo libertador breves paréntesis de sueño y de amor entre los brazos de Pepita Machado. Muy singulares son estas horas de evocación en las que los únicos golpes de luz provienen de los inquietos reflejos de las hogueras que colorean los escombros del terremoto. Y muy doloroso el gemido de la guitarra y del arpa enmedio de las lúgubres voces de los centinelas en los fortines de la *Ciudadela*.

Mientras tanto se pelea en las llanuras de Calabozo, a donde ha ido Tomás Montilla encabezando una muchedumbre de emigrantes que esperan recuperar sus propiedades perdidas, y en donde el español Campo Elías, al servicio de la República, aplica una política dura a los realistas que caen en sus manos. Se pelea en las costas y en las montañas, en Oriente y en Occidente. Esta va ser la oportunidad en que aparezca la figura de Boves al frente de los llaneros venezolanos. Será también el momento en que se haga más tensa la pugna entre Bolívar y Santiago Mariño —el Caraqueño y el oriental— a propósito de la división del país.

> «Si constituimos dos poderes independientes —escribe el primero al segundo— uno en Oriente y otro en Occidente, hacemos dos naciones distintas, que por su impotencia en sostener su representación de tales y mucho más de figurar entre las otras, aparecerán ridículas. Apenas Venezuela unida con la Nueva Granada podría formar una nación que inspire a las otras la decorosa consideración que le es debida. ¿Y podremos pretender dividirla en dos? Nuestra seguridad y la reputación del gobierno independiente nos impone al contrario el deber de hacer un cuerpo de nación con la Nueva Granada. Este es el voto ahora de los venezolanos y granadinos, y en solicitud de esta unión tan interesante a ambas regiones, los valientes hijos de la Nueva Granada han venido a libertar a Venezuela. Si unimos todo en una misma masa de nación al paso que extinguimos el fomento de los disturbios, consolidamos más nuestras fuerzas y facilitamos la mutua cooperación de los pueblos a sostener su causa natural. Divididos seremos más débiles, menos respetados de los enemigos y neutrales. La unión bajo un solo gobierno supremo, hará nuestra fuerza y nos hará formidables a todos». (*)

Así habla el espíritu universal, el pensamiento de proyecciones americanas que ya madura en Bolívar, cuyo proyecto de Unión Co-

(*) Lecuna: «Crónica Razonada» I, 143.

lombiana se cierne en un plano continental que es ahora, siglo y medio después de aquellos sucesos, cuando comienza a adquirir coherencia en las mentalidades de nuestra América ante las evidencias que fluyen del mundo actual.

Vigirima, Araure, Puerto Cabello, son las más notables acciones que se libran a fines de 1813 y comienzos de 1814 y en las que la victoria sonríe por última vez a las fuerzas independientes. En la batalla de Araure, principalmente, estas fuerzas recogen una importante cosecha. Ceballos tiene que huír lo mismo que Yáñez y Puy, hacia los llanos de Apure. Mas a comienzos del mes de febrero todos ellos se hallan al frente de nuevas mesnadas formadas por hombres del pueblo, campesinos y llaneros venezolanos. En la región de los llanos se sitúa entonces el centro de la resistencia realista. Desprovistos de autoridades, estremecidos por la anarquía, aquellos inmensos y desolados parajes se ven pronto infestados por un bandolerismo sin freno de cuya savia se ha de nutrir el ilimitado poder del asturiano José Tomás Boves. Asesinos, ladrones, consumados jinetes como José Alejo Mirabal, Pedro López, José Rufino Torrealba, Bartolomé Martínez son los capitanes del asturiano.

¿Quién era ese Boves que infundía tanto pavor a los patriotas de Venezuela? Aprehendido en 1812 por propalar noticias adversas a la República, aquel hombre terrible había sido condenado a morir mas, adheridas a las ideas de la Patria Boba, las autoridades patriotas prefirieron enviarlo al cuartel general de Miranda de donde el conspirador pudo escapar al amparo de la desdichada capitulación de aquel año. Desde entonces se hizo jefe de una partida de forajidos que no tardaría en convertirse en un numeroso ejército. Su consigna fue la de no cargar presos, cosa que, por lo demás, no le permitiría la movilidad de su vertiginosa caballería. Su generosidad de beduino se manifestaba en la forma que más seducía a los hijos de las llanuras: en el reparto de las tierras y de los rebaños arrebatados a los vencidos. Realista en la superficie, en el fondo obedecía a un personalísimo impulso de justicia social.

Odiaba a los blancos sin excepciones, ya se tratase de criollos o de españoles peninsulares, de monarquistas o de republicanos, mientras que su protección se inclinaba a favorecer a los pardos y los mestizos. Al coronar su fulgurante carrera de triunfos, la que le llevará como a Monteverde a polarizar el poder por la fuerza y por el terror, ejercerá una nivelación hacia abajo: el uso del *Don* desaparecerá del tratamiento común y las gentes del pueblo se sentirán protegidas, privilegiadas. Los llaneros le darán el apodo de *taita* (padre) y se precipitarán tras su voz como si fuese la de un profeta.

Con esta horda fanática, tan parecida a la de Mahoma, Boves batirá las debilitadas y tibias fuerzas patriotas, ocupará ciudades y aldeas, saqueará e incendiará propiedades, y refinado en el exterminio, degollará a los hombres vencidos y entregará las mujeres a la rijosidad de sus jinetes semidesnudos.

Cuanto Bolívar intente de aquí en adelante para contener este nuevo alud, será inoperante. Todo habrá de confabularse para entorpecer sus esfuerzos. La guerra existente entre Inglaterra y la joven Unión norteamericana significa hambre física para Caracas v otras regiones de Venezuela.

Por esta época, nombrado Capitán General por Fernando VII, llega el general Cajigal a participar en la guerra. En los primeros meses de 1814 se libra la primera acción de *La Puerta,* (entre las campiñas de Aragua y los llanos del Guárico) y Boves infige una ruidosa derrota a las armas de la República. Al mismo tiempo Rosete, no menos sanguinario que el asturiano, invade los valles del Tuy y obliga a Bolívar a pedir auxilio a Mariño. José Félix Ribas marcha hacia La Victoria con una tropa de adolescentes en la que figuran muchachos del arrabal caraqueño y estudiantes del Seminario de Santa Rosa. En la capital se reclutan todos los hombres aptos para el servicio y se impone a las mujeres la obligación de llevar los alimentos a los cuarteles, de lavar las ropas de los soldados y de cumplir otros menesteres de carácter castrense. Y como si todo esto no fuese bastante los negros se escapan de las haciendas y cometen toda suerte de fechorías. En medio de semejante cons-

ternación, temiendo un asalto interior, Bolívar, desde Valencia, envía la orden de fusilar a los prisioneros realistas que hubiese en las cárceles de La Guaira y Caracas con lo que la guerra a muerte cercena 818 cabezas realistas.

La batalla de La Victoria (12 de febrero de 1814) es un increíble triunfo del heroísmo de Ribas; sin embargo no resuelve problema alguno. Igualmente inútiles van a ser las de San Mateo (28 de febrero y 25 de marzo), en la última de las cuales el granadino Antonio Ricaurte se inmola haciendo volar el parque. La primera de Carabobo (28 de mayo) y algunos combates ocurridos en Bocachica, el Arao, la Pascua y los alrededores de Puerto Cabello, proyectan destellos relativamente optimistas, mas si alguna esperanza cabe aún en el alma de los patriotas, ella va a quedar extinguida en la acción de *La Puerta* librada el 14 de junio. La victoria de Boves es en esta ocasión aplastante. Aquí se decide por segunda vez la suerte de la República independiente, cuyas vísceras destrozadas palpitarán en la lóbrega inmensidad de los llanos y en algunas regiones de las costas de Oriente.

Un macilento crepúsculo envuelve la fuga de Bolívar hacia la ciudad capital en esta nueva apoteosis de la derrota. A su paso por los pueblos de Aragua sólo encuentra cadáveres insepultos sobre los cuales revolotean los zamuros. La victoria de Boves ha producido un efecto mágico; los habitantes del sur de Caracas, los de Carabobo, los de la campiña aragüeña y los de Cojedes acuden en tropel a alistarse en las banderas del rey de España. El ejército asturiano se ha triplicado y amenaza la capital.

El 17 de junio, apenas pisa los empedrados de su ciudad, el Caraqueño decreta la ley marcial. En seguida llama a Don Pedro Gual y le ordena salir por La Guaira para la isla inglesa de la *Barbada* con una carta dirigida al almirante de la flota británica apostada en esa región del Caribe. Mil hombres armados, dos mil fusiles y dos baterías de campaña es lo que solicita de los ingleses para mantener el orden en la amenazada ciudad. Y para decidirlos a actuar en este sentido dispone que se les hable de la inminencia de una insurrección de color que puede repercutir hasta las Antillas.

Las armas y los hombres que solicita —prometerán sus delegados al almirante— no se usarán contra los españoles, aliados de su país, sino contra los bárbaros habitantes de Venezuela a punto de desbordarse. Y el señor Gual sale a cumplir su misión en compañía de dos ingleses amigos de la causa patriota —William Watson, residente en La Guaira, y George Robertson, establecido en Curacao — pero esta embajada se estrellará contra la cortés y fría negativa del almirante británico.

En estos ardientes días de junio de 1814, mientras las cigarras cantan entre los cafetales de Anauco, la *Ciudadela* llena de ruinas evoca a Troya y a Tebas. En una asamblea que se efectúa en la Iglesia de San Francisco, todos hablan a gritos y al mismo tiempo para proponer las providencias más heteróclitas. Se propone un cambio de gobernantes: que Bolívar abandone el gobierno y lo entregue a persona más apta; que se evacúe a las mujeres, a los ancianos y a los niños y se les envíe a Barcelona; que se protejan las propiedades y los objetos valiosos. También se oyen amenazadoras consignas: que se declaren comunes todos los bienes para que no haya ricos y pobres; que José Félix Ribas asuma el mando. El 25 salen algunos soldados a reconocer la comarca y en las Cocuizas encuentran a las avanzadas realistas. El 16 de julio llegan noticias que colman de pavor a la *Ciudadela:* procedentes de La Victoria, las tropas de Boves están ya en Las Adjuntas, mientras otras se aproximan por el camino del Tuy. Ante estas informaciones Bolívar hace juntar el escaso tesoro de la República —un cajoncito con onzas de oro y las joyas de algunas iglesias— y ordena llevarlo a La Guaira y de allí a Barcelona. Un sangriento combate se efectúa el mismo día en la hacienda de *La Majada* desde donde el liberto Machado, un mulato feroz, avanza sobre Caracas. Bolívar convoca a un cabildo abierto. «Si mi autoridad no os es ya satisfactoria —dice— elegid a otro que me reemplace». «Que se nombre a Ribas» responden mil voces en tanto que otras, enardecidas, prorrumpen: «Mueran los godos. Abajo los blancos». El cabildo se deshace y Bolívar, espada en mano y seguido de algunos soldados, embiste contra los saqueadores. Poco después hace fusilar a unos cuantos.

La evacuación en masa de la ciudad de Caracas, acto que se designa en la historia de Venezuela con el nombre de Emigración a Oriente, se inicia en la mañana del 7 de julio bajo un cielo plomizo, obscurecido por una persistente lluvia estival. Más de 10,000 fugitivos, entre mujeres, hombres y niños, abandonan sus destrozados hogares y forman un largo y doloroso cortejo que durante veinte y tres días se arrastrará por los pantanosos caminos de las montañas litoralenses y por las ardientes llanuras del Oriente venezolano. Durante este penoso desfile, Bolívar cabalgará a la vanguardia y sus escasos soldados flanquearán el cortejo. Allí se confundirán gentes de todas las clases sociales: niñas semidesnudas, hombres ilustres, viejas damas mantuanas que conducidas al principio en sus literas quedan pronto a merced de los elementos cuando sus esclavos las arrojan al suelo para marcharse a engrosar las tropas del mulato Machado. Cientos, miles de fugitivos van a permanecer para siempre en aquellos lugares, abatidos por el cansancio y el hambre, devorados por los jaguares, mordidos por las serpientes, picados por las rayas que infestan los ríos crecidos o simplemente abaleados por los realistas del tránsito. Cuando los emigrantes llegan por fin a la costa y contemplan el mar, un inmenso grito de alivio brota de sus entrañas, pero en seguida vuelven a enmudecer al verse objeto de un bombardeo por parte de los corsarios que cruzan aquellas aguas. En los días subsiguientes algunos de ellos conseguirán embarcar para las cercanas Antillas mientras que otros vagarán por los pueblos del litoral o se refugiarán en las cuevas de las montañas en las que harán vida de anacoretas o simplemente de trogloditas.

Aparte de los mortales peligros que lo acechan por todas partes, para Bolívar el problema esta vez aparece singularmente complejo y difícil: tendrá que volver al destierro no ya como un derrotado sino como un perseguido del odio de sus propios amigos José Bianchi, un corsario italiano a quien él y Mariño piden ayuda para que los saque de Venezuela, les despoja de casi la totalidad del precario tesoro de la República (los ornamentos y joyas de las iglesias que se enviaron a Barcelona) en tanto que Piar, apoderado de la

isla de Margarita, les hace bombardear por la fortaleza de Pampatar. Ribas, su tío político, desconoce su autoridad y se erige en hipotético jefe del Occidente de Venezuela mientras que Piar hace otro tanto en Oriente.

Antes de abandonar por segunda vez a su patria sojuzgada de nuevo, el Caraqueño hace distribuir en Carúpano un Manifiesto redactado en el calabozo al que lo arrojó la ira de Ribas (7 de setiembre de 1814). Es un documento conmovedor en el que su corazón dolorido esboza un profundo examen de las causas de su derrota:

> «¡Infeliz del magistrado —expresa este documento— que autor de las calamidades o de los crímenes de su patria, se ve forzado a defenderse ante el tribunal del pueblo, de las acusaciones que sus conciudadanos dirigen contra su conducta! Pero es dichosísimo aquel que corriendo por entre los escollos de la guerra, de la política y de las desgracias públicas, preserva su honor intacto y se presenta inocente a exigir de sus propios compañeros de infortunio una recta decisión sobre su inculpabilidad... Sí, yo os he traído la paz y la libertad, pero en pos de estos inestimables bienes han venido conmigo la guerra y la esclavitud... El ejército libertador exterminó las bandas enemigas, pero no ha podido ni debido exterminar unos pueblos por cuya dicha ha lidiado en centenares de combates. No es justo destruir los hombres que no quieren ser libres, ni es libertad la que se goza bajo el imperio de las armas contra la opinión de seres fanáticos, cuya depravación de espíritu les hace amar las cadenas como los vínculos sociales...» (*)

El amor a las cadenas sembrado en tres largos siglos de mitología monarquista, era en efecto la explicación de la nueva catástrofe de la patria. Para destruir esa obscura mitología no bastaría la *guerra a muerte*. Sería necesaria una guerra a vida. Es la que va a emprender el Libertador en la tercera etapa de su carrera.

(*) Ver texto completo en Lecuna: «Crónica Razonada», tomo I, pág. 319.

Doce días más tarde —el 19 de setiembre— arribará nuevamente a las playas de Cartagena de Indias, donde le esperan la inextinguida hostilidad de Manuel del Castillo y un cúmulo de vicisitudes relacionadas con la anárquica situación de la Nueva Granada, lo que le hará aún más penoso el destierro.

Siete largos años ha de permanecer esta vez lejos de su ciudad, pero esta ausencia no amenguará ni empañará su amor a Caracas. Por el contrario la devoción a la urbe nativa alcanzará en el exilio, en el estudio constante y en la fascinadora danza contra la muerte, dimensiones universales. El Caraqueño se convertirá en el americano, y éste en un hombre nuevo, sin fronteras mentales ni espirituales; en un hombre de pensamiento cuya obra desborda los límites de su época para proyectarse en el porvenir.

IV

# El Artífice de sí Mismo

Más de una vez se ha señalado cómo Bolívar fue en la derrota más temible que en la victoria. A esto, para completar el esquema ideal de la apreciación, es menester añadir un hecho evidente: el destierro, la expatriación, tiene para él un valor diferente que para los otros: un valor positivo y creador. Así le veremos de nuevo en su segundo exilio en Nueva Granada, Jamaica y Haití, convertir las horas de la nostalgia y de la miseria en ricas fuentes de pensamiento y acción coherente. Si Cartagena de Indias fue un año antes la fragua donde comenzó a forjarse su personalidad de político y de guerrero —lo que le condujo a convertirse de fugitivo en Libertador— en los años que vienen se le verá alcanzar por el sufrimiento la sublimación de todas sus cua-

lidades morales e intelectuales. La experiencia y la reflexión aguzarán sus finas dotes de estratega militar y político; el estudio constante, unido a una extraordinaria capacidad de razonamiento y a un acerado ascetismo —que sólo suele extraviarse en los trances en que interviene en el juego el amor con la presencia de la mujer— le darán el raro dominio de los sentidos que le convierte en el más abnegado, optimista y agudo de los mendigos. Será, pues, en este nuevo periplo de la derrota en el que su carácter excepcional se convierta definitivamente en el forjador de sí mismo, o dicho con otras palabras, en el que las innatas peculiaridades del genio se estructuren y canalicen por virtud de la voluntad hacia la prodigiosa gestión que la historia le impone.

Nada airosa ni cómoda es para Bolívar, Mariño y los demás oficiales que les acompañan, esta vuelta a Nueva Granada en 1814; sin embargo, la concepción integral que el Libertador posee ya de la empresa común de venezolanos y granadinos, le proporciona argumentos para convencer a sus compañeros de que no es deshonroso ni impertinente volver a ofrecer sus servicios a aquel Gobierno y a pedirle nuevos recursos para reemprender la liberación del suelo venezolano. Y Bolívar no se equivoca. Tanto el Congreso de la Nueva Granada como el Presidente de su Gobierno, Camilo Torres, responden a sus instancias con generosidad positiva.

El 24 de noviembre, después de una permanencia de varios días en Cartagena y en otras poblaciones de aquella comarca, el Caraqueño se presenta al Congreso instalado en Tunja y le cuenta sus cuitas. Para esta oportunidad se muestra más optimista. Poco antes se había reunido en Pamplona con el general Rafael Urdaneta que llegaba de Venezuela (por la vía de los Andes) conduciendo un cuerpo de tropas venezolanas que lograra salvar del desastre; y como es de imaginar, este encuentro tuvo una alta tensión emotiva. Decidido a llegar a Tunja, Urdaneta había dado órdenes a sus oficiales para que no detuvieran la marcha, mas los soldados, al saber que Bolívar iba a pasar también por Pamplona, se negaron a obedecer, salieron de sus cuarteles y prorrumpiendo en aclamaciones fueron al encuentro del héroe a quien cargaron sobre sus hombros.

**Esto le colmó de satisfacción y le dio nuevos bríos.**

La exposición que el maltrecho caudillo hace en esta oportunidad a los legisladores neogranadinos, es una elocuente síntesis sociológica de la Venezuela de 1814, pero es, además —cosa de mucha importancia— una muestra de la precisión y diafanidad que van a caracterizar su estilo haciendo de él un renovador de la vetusta y momificada retórica castellana, vale decir, un revolucionario maestro no sólo en el campo de la política sino en el del pensamiento y la literatura española:

> «Ante todo os recordaré, ciudadanos legisladores, lo que ya expuse el pasado año en mis documentos de Cartagena: la deplorable organización del gobierno que se formó en Venezuela en 1810, el despilfarro de los caudales, la lenidad con que fueron tratados los enemigos naturales de la República, los numerosos defectos del régimen que se instituyó en la Constitución de 1811 y la incalificable debilidad de la dictadura que se encomendó al general Miranda, fueron la causa ostensible de aquel desastre. Pero a esto se debe añadir la ignorancia y las supersticiones de aquellos pueblos alimentados durante tres siglos en el fanatismo monárquico y religioso. Fue esta la causa fundamental de nuestro fracaso. Nosotros cumplimos lo que os habíamos prometido cuando nos facilitásteis vuestra protección generosa para la campaña de 1813: reconquistamos el territorio de Venezuela, vencimos a los ejércitos reales y nos dispusimos a reorganizar el país dentro de nuestros sagrados principios republicanos y democráticos, pero, recrudecido aquel fanatismo, el pueblo nos volvió las espaldas y prestó su apoyo a la causa realista...»

Pronunciadas estas palabras que los congresistas de Tunja escuchan en anhelante silencio, Camilo Torres se pone de pie e interrumpe al emocionado orador:

—«General —le dice—: Vuestra patria no habrá perecido mientras exista vuestra espada. Con ella volveréis a rescatarla del dominio de sus opresores. El Congreso granadino os dará su protección, porque está satisfecho de vuestro proceder. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un grande hombre».

La verdad es que la presencia de los venezolanos en Tunja representa esta vez un auxilio de la mayor importancia para la consolidación de la independencia de la Nueva Granada. Aunque las circunstancias de aquel país hubiesen sido hasta aquellos momentos menos duras que en Venezuela (los granadinos no conocieron un Monteverde ni un Boves), la división y la anarquía mantenían el territorio del Virreinato en inminente peligro de volver a caer en manos de los realistas. Existía prácticamente un estado de guerra civil que mantenía en tensión a algunas de aquellas provincias. Bajo la jefatura dictatorial del coronel Manuel del Castillo, Cartagena estaba en guerra con Santa Marta, y Cundinamarca, cuyo máximo líder fue el precursor Antonio Nariño, peleaba a su vez en las regiones de Cuenca y Pasto todavía en poder de los españoles. Nariño que había logrado éxitos relativos, en noviembre de 1811 tuvo un combate indeciso y, como consecuencia de un fatal accidente de guerra, cayó en poder de los enemigos y su ejército fue destruido con lo que Cundinamarca quedó en desamparo y su comarca se vio nuevamente uncida al carro monárquico. La presencia de Bolívar y de Urdaneta con algunas tropas venezolanas, ofrecía la oportunidad de intentar el rescate de aquella provincia y así quedó decidido. Y es allí, en la Nueva Granada, donde un año antes se le hiciera general de brigada, que el Caraqueño obtiene su ascenso a divisionario en la misma oportunidad en que se le encomienda la expedición sobre Santa Fe (Bogotá). (*)

Con un ejército regular integrado por reclutas neogranadinos y soldados de la división de Urdaneta, en los postreros días de noviembre emprende el Libertador la marcha contra la ciudad virrei-

(*) Esto se hizo a propuesta de José Fernández Madriz, eminente hombre de letras que era el miembro más joven del Gobierno neogranadino.

nal, defendida en esos momentos por el general español Leiva quien ha hecho rodear la urbe de trincheras y parapetos convenientemente artillados. Al mando de la infantería republicana marcha el venezolano Jacinto Lara. Acompañando la expedición militar avanzan también Camilo Torres, Castillo Rada y Baraya, encargados por el Congreso para organizar el gobierno civil. El ataque comienza el 10 de diciembre y dos días después los ocupantes de Bogotá han capitulado. Y Bolívar, que había sido solemnemente excomulgado por los gobernadores del Arzobispado (*) diez días después es reinvindicado como un fiel católico en virtud de las garantías que da a los vencidos.

Con esta victoria queda asegurada por el momento la unificación política del país. Y Bolívar, en reconocimiento a su hazaña, recibe el grado de *Capitán General*. A solicitud de los propios partidos, que ven en él una garantía de equilibrio, permanecerá entonces en Bogotá en donde planteará por primera vez al Gobierno de Tunja el ambicioso programa continental que habrá de convertirlo en el prototipo de los estadistas americanos. Este planteamiento consiste sencillamente en que se le autorice para marchar sobre Santa Marta, Maracaibo y Coro, —con el propósito de redimir nuevamente a Venezuela—, y volver en seguida por Cúcuta para dirigirse hacia el Sur, hasta la capital del Perú que era el centro del poderío español en América. Esto, afirmaba, no era una fantasía ni una quimera: era un plan realizable siempre que en Cartagena se le proporcionasen las armas para equipar un ejército suficiente. Nada más pero nada menos.

Concebidas en momentos de crisis y de penuria, cuando los políticos ordinarios reaccionan movidos por sus pasiones y por sus apetitos particulares, semejantes lucubraciones dan la medida de aquel espíritu ya arrebatado por el genio de la gloria y de la grandeza. Días después, el 13 de enero de 1815, cuando el gobierno general de la Unión granadina se instala en la capital bogotana, el Caraqueño, proyectado hacia lo americano, pronuncia uno de sus más memorables discursos:

---

(*) Afirmaron que iba a saquear las iglesias, a violar a las vírgenes, a perseguir a los sacerdotes y a degollar a los pobladores, sin excluir a los niños.

«Este ejército —dice— pasará con una mano bienhechora rompiendo cuantos hierros opriman con su peso y oprobio a todos los americanos que haya en el Norte y Sur de la América meridional. Yo lo juro por el honor que adorna a los libertadores de la Nueva Granada y Venezuela; y ofrezco a V. E. mi vida, como el último tributo de mi gratitud, o hacer tremolar las banderas granadinas hasta los más remotos confines de la tiranía». (**)

Pero semejantes proyectos estaban destinados entonces a un inevitable fracaso. Consecuente con el ambicioso designio que había comunicado al Gobierno, el 23 de enero sale de Santa Fe para Cartagena, en donde espera hallar los auxilios que había pedido mas lo que encuentra allí es una hostilidad renovada y un odio que llega al delirio. De los 2,000 hombres que conduce en esta ocasión sólo 500 llevan fusiles. La cólera del general del Castillo y de su hermano el Doctor Castillo Rada le saluda con una atronadora salva de insultos impresos en los que él y sus compañeros son llamados «Antropófagos de Venezuela». «La guerra a muerte, el robo, la inmoralidad y el despotismo han sido su divisa» se afirma en esos impresos. En Mompox recibe un oficio del gobernador provincial en el que se le conmina a no seguir adelante, actitud que debidamente apreciada significa una ruptura con el Gobierno de la Unión que había autorizado su marcha. El agua de las fuentes públicas es envenenada para que los intrusos no puedan beberla y como si esto no fuese bastante, venezolanos patriotas que llegan de las Antillas —Pedro Gual, Mariano Montilla, Ambrosio Plaza, Sata y Busi— intervienen en tales maquinaciones y hacen causa común con los intrigantes.

En tan angustiosos momentos recibe Bolívar la noticia de la abrumadora catástrofe de su país. Boves había perecido en una batalla librada en la sabana de Urica pero la causa de Venezuela estaba aplastada. «Libres ya de cuidados —escribe entonces al gobierno neogranadino— los enemigos volverán sobre esta parte y el Reino sufrirá ahora una guerra de invasión». Sin embargo, él sigue

(**) «Proclamas y Discursos del Libertador», página 125 Larrazábal, I, 348.

adelante. Trata de establecer negociaciones con Cartagena mas el Dr. Revenga y el coronel Tomás Montilla, sus delegados, reciben esta respuesta insultante: «Bolívar es un insurgente, jefe de un ejército de bandidos». El 25 de marzo, previa consulta planteada en una junta de guerra, decide poner sitio a la rebelde ciudad. Al mismo tiempo escribe al Gobierno de Santa Fe:

> «Yo me he conformado con la determinación de la Junta de Guerra, por hallarme autorizado por la orden reservada que me dió V. E. para obrar según las circunstancias, en el caso que no se obedeciese al Gobierno General, como ha sucedido en efecto» ... «Ninguna pasión humana —añade— dirige en esta oportunidad mi conducta. Arrastrado por el imperio del deber, voy a combatir contra mis hermanos. Mi hermana será la primera víctima: (*) otros parientes tengo en la ciudad; se me ha amenazado con su exterminio pero un verdadero republicano no tiene otra familia que la de la patria. Juro por mi honor que no volveré a encontrarme en otra guerra civil, porque he jurado en mi corazón no volver a servir más en la Nueva Granada donde se trata a sus libertadores como tiranos, y donde se infama impíamente al honor y la virtud». (**)

La cólera y el despecho hablan en él en estos momentos. No alcanza a concebir insensatez semejante. Avanza y afronta las consecuencias. Se producen encuentros de caballerías, fuego de artillerías, choques de infanterías. En una palabra: es la guerra civil frente a un enemigo común que se prepara para cosechar los frutos de la siembra sombría. En efecto, poco después llegan los ecos de las victorias que obtienen los realistas en el país, mas pese a esto los cartageneros no cejan en su actitud. El 9 de abril el general español Montalvo se apodera de la línea del Magdalena y toma la población de Mompox, y simultáneamente llega la noticia del arribo a la isla de Margarita de una formidable expedición enemiga al mando del general Pablo Morillo, veterano de las guerras de Europa

---

(*) María Antonia se hallaba entonces en Cartagena.
(**) O'Leary, XIV, 168.

contra Napoleón y enviado por Fernando VII a reconquistar sus dominios americanos. Esto es más de lo que puede tolerar el Libertador. Ante semejante emergencia y decepcionado por el ataque masivo con que responde Castillo a su desesperada propuesta de formar un frente común contra el enemigo, decide separarse del ejército y abandonar la Nueva Granada. En su carta al Gobierno expresa:

> «El sacrificio del mando, de mi fortuna y de mi gloria futura, no me ha costado esfuerzo alguno. Me es tan natural preferir la salud de la república a todo, que cuanto más dolor sufro por ella tanto más placer interior recibe mi alma».

El 8 de mayo embarca en el caño Basurto y un bergantín inglés —«*La Descubierta*»— lo conduce a Jamaica. El 14 arriba a Kingston para un nuevo destierro de varios meses.

La denominada «Expedición pacificadora» del general Pablo Morillo había salido de Cádiz el 18 de febrero de 1815 y fondeado en Puerto Santo, a barlovento de Carúpano, el 3 de abril siguiente, esto es, en los mismos días en que Bolívar sostenía el sitio de Cartagena y se empeñaba, sin éxito en convencer a las autoridades de aquella plaza para afrontar unidos el grave peligro que amenazaba a Venezuela y Nueva Granada.

He aquí los antecedentes de aquel acontecimiento: como consecuencia de las derrotas sufridas por Napoleón en Europa, —en las que tuvo participación Inglaterra—, Fernando VII quedó en libertad y volvió a su reino el 22 de marzo de 1814. Al reasumir la corona que durante un lustro había ceñido José Bonaparte, el Borbón desencadenó una política represiva de la que fueron víctimas todos aquellos españoles que habían colaborado con el intruso (regentes del reino, diputados liberales y muchos otros) e inauguró un gobierno despótico y absoluto que había, necesariamente, de proyectar sus retaliaciones sobre los rebeldes dominios americanos. Para esa época casi todos los países de este hemisferio dependientes de la Corona española, habían declarado su independencia o iniciado

movimientos con tal designio, mas los que se destacaban por su radicalismo, por su obstinación y por su acometividad en la guerra eran los de Venezuela y Nueva Granada. Esto explica por qué la expedición de Morillo, que en un principio se destinó al Río de la Plata, fue a última hora enviada a las provincias venezolanas.

Oriundo de Toro, Morillo contaba entonces cuarenta años. Su energía y su valor comprobados en la lucha contra el francés, en la que llegó a compartir honores con Wellington, le hicieron acreedor al rango de Mariscal de Campo. Su flota expedicionaria se componía de 65 buques principales de transporte y de otros menores, a los que daba escolta el navío de combate *San Pedro Alcántara* armado con 74 cañones. Estos buques traían a su bordo alrededor de 15.000 hombres, veteranos de varias campañas y vencedores en muchas batallas. En toda la América hispana no se vio antes una maquinaria guerrera de tamaña importancia. Conocido el estado moral en que habían quedado los pueblos de Venezuela después del cataclismo de Boves, es fácil imaginar la impresión que este formidable aparato bélico había de producir en aquellas regiones. Morillo encontró totalmente sometida la costa venezolana y la isla de Margarita, que aún no se había rendido, lo hizo también el 10 de abril de 1815. Entonces publicó un bando por el que autorizaba a los emigrados a regresar a sus respectivos lugares, (para lo cual les ofreció transporte en sus buques), mas aquellos que se atrevieron a hacerlo fueron aniquilados sin piedad por Morales.

Tal es la situación en las provincias venezolanas y neogranadinas en 1815, mientras Bolívar permanece en su refugio insular de Jamaica. Es necesario decir, sin embargo, que durante este año aciago para la causa de los patriotas, los movimientos independientes no cesan del todo pues en el Oriente y en los llanos de Venezuela se forman guerrillas que acaudilladas por hombres tenaces desaparecen y reaparecen manteniendo en constante agitación a las fuerzas realistas. Esto ocurre en los valles montañosos de Cumaná, en las costas del Golfo Triste, en los valles de Aragua, en la región andina de Trujillo y en las vastas llanuras en las que se hacen notables los nombres de Rivero, Villaroel, Canelón y otros. En

las estepas de Maturín se sostienen Barreto y Rojas; en las de Barcelona los Monagas y Parejo, quienes llegan a amenazar a Angostura (hoy Ciudad Bolívar). Sedeño, que sólo manda soldados armados de lanza y montados en pelo, se mantiene triunfante en la región de Caicara, en el río Orinoco, mientras que Zaraza hostiga a los enemigos en el alto llano de Caracas. Un hecho de significativa importancia en medio de este panorama de las guerrillas venezolanas es el de la aparición de José Antonio Páez, el admirable lancero del llano, quien, en 1815 precisamente, comienza a hacerse notar en las tropas neogranadinas de los llanos de Casanare. Era un mocetón de 25 años, robusto y elástico como un puma, de piel rubicunda (le apodaban el *Catire*) y cabello rojizo, abundante y ensortijado. Con frecuencia se le ve cabalgar en pelo, desnudo el torso y los pies calzados con alpargatas o simplemente descalzos y sólo armado con los acicates de hierro. Consumado jinete y diestro lancero, se desplaza durante largas jornadas, de noche y de día, a la cabeza de sus llaneros, —todos tan diestros, tan primitivos y tan audaces como él—, y comparte con ellos todos los actos de la nómade vida de las estepas: las comidas en el suelo, sobre una cobija o un cuero seco de toro; los baños en los ríos, el juego de dados o de barajas y los ejercicios corporales a pie y a caballo. Por las noches sus hombres bajan de sus monturas y se tienden a dormir en algún bosquecillo, en elementales hamacas o simplemente en la cálida tierra. Estos caballeros salvajes no tardarán en llamarle *Taita* igual que habían hecho antes con Boves.

Cada uno de los nuevos caudillos venezolanos dispone de 200 a 500 subordinados y hay algunos que elevan sus huestes hasta el millar. En su mayoría forman grupos de caballería de una extraordinaria movilidad, de increíble frugalidad, astutos como vulpejas. Con una simple *mascada* de tabaco en la boca pasan días sin comer. Páez no tarda en distinguirse entre todos por su temerario valor y por su inteligencia y autoridad. Columnas enteras de infantería y caballería serán enviadas por los realistas contra estas guerrillas sin que logren diezmarlas.

La permanencia de Bolívar en Kingston —siete meses y cuatro días: del 14 de mayo al 18 de diciembre de 1815— se caracteriza por una febril actividad intelectual encaminada a hacer conocer el estado social, político y cultural de los distintos países de Hispanoamérica y a conquistar simpatías y ayuda para la empresa de su emancipación nacional. Al contemplar cómo su juicio se magnifica por la amplitud de su pensamiento, podría decirse que el cielo brillante, la vegetación lujuriosa y el inmenso mar espejeante ensancharon sus horizontes mentales y comunicaran a su estilo una fuerza nueva, sólida y transparente. (*) Conocido su fino espíritu crítico, es lógico suponer que por este tiempo el amaneramiento barroco de la literatura española fuese también objeto de sus meditaciones y figurase en el cuadro que había trazado de la gran decadencia de España contra la cual debían reaccionar los pueblos americanos. En contraste con esto, le seducían la frescura, la limpidez y la profundidad de las literaturas inglesa y francesa que devoraba incesantemente. En sus escritos de Jamaica se notará, bien definido, el propósito de crearse un nuevo instrumento idiomático, opuesto al envarado estilo neoclásico, despojado de las vetustas imágenes de la preceptiva latina y limpio de mitos difuntos: un instrumento directo, robusto y al mismo tiempo flexible como la naturaleza del mundo nuevo. No podía cojear de este pie su figura rotunda de revolucionario auténtico.

No era ciertamente optimista la impresión que Bolívar llevaba a Jamaica acerca del próximo porvenir de Venezuela y Nueva Granada. Apenas llegado —el 19 de mayo— escribe al inglés Maxwell Hyslop y le confía su opinión de que si Morillo actuaba con acierto y celeridad en Venezuela y Nueva Granada la restauración del gobierno español en la América del Sur sería un hecho infalible.

«No debemos alucinarnos —decía—, la opinión de la

(*) Bolívar no escribía sino hablaba; dictaba sus cartas apresurado, incómodo e impaciente; de allí junto con su inexperiencia gramatical, la incorrección, pero de allí también una cualidad más para las cartas: la de tener mucho del lenguaje hablado de la parte norte de la América Latina y, sobre todo, del venezolano, y más aún, del caraqueño, porque Bolívar, con ser universal y americano, es esencialmente de la ciudad del Avila». Julio Planchart («Dos siglos de la Prosa Venezolana»).

> América no está aún bien fijada, y aunque los seres que piensan son todos, todos, independientes, la masa general ignora todavía sus derechos y desconoce sus intereses».

Esto, empero, no le haría desmayar en su empresa. Los pueblos despertarían de su hipnosis de tres centurias e Inglaterra podría contribuir a ello aportando 20 ó 30.000 fusiles, un millón de libras esterlinas y quince o veinte buques de guerra, esto es, ofreciendo una ayuda que luego recuperaría con creces mediante las enormes ventajas que obtendría su comercio con aquellos países, lo que, al mismo tiempo, la pondría en capacidad de restablecer el equilibrio del Universo. En este mismo sentido escribía también a Sir Richard Wellesley, en Londres, y al duque de Manchester, gobernador de Jamaica. Proyectaba viajar a Inglaterra de nuevo, lo que al fin no haría. Llegaría, incluso, en aquellos días, a ofrecer a la Gran Bretaña las provincias de Panamá y Nicaragua para que hiciera de ellas el centro del comercio del mundo mediante la apertura de canales interoceánicos.

Los más importantes documentos bolivarianos de la época de Jamaica son, en primer lugar la llamada *Carta profética* y las epístolas que dirige al editor de *The Royal Gazette* y al Presidente de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, Camilo Torres. En las primeras trata del «estado general de la América y de la necesidad de su independencia; en la última hace un comentario desfavorable a la posibilidad de que Napoleón Bonaparte, derribado en Europa, buscase refugio en el Nuevo Mundo.

En más de una oportunidad, al redactar sus documentos políticos, Bolívar debió experimentar transportes geniales, crisis psicomentales en las que le poseía una especie de paroxismo. Así debió ocurrir la noche del 14 de junio de 1813 cuando dictó el decreto de guerra a muerte y así, igualmente, cuando redacta la Carta profética de Jamaica. (*) Esta carta contiene no sólo un agudo análisis so-

(*) Durante largo tiempo se ignoró el nombre del destinatario de esta carta. Se la mencionó como «Contestación de un Americano a un caballero de esta isla». El historiador Mons. Navarro, tras una laboriosa investigación, logró al fin poner en claro que el mencionado Caballero fue el comerciante Henry Cullen, residente en Falmouth, población de Jamaica.

ciológico de la América de su tiempo sino una sorprendente previsión de su porvenir. Habla de México, de Buenos Aires, de Chile y del Perú y desarrolla sin vacilar una teoría de sus perspectivas políticas con base en la apreciación de sus circunstancias, de su psicología y de su desenvolvimiento para la época. De Venezuela y Nueva Granada anuncia que se unirán en una República que llevará el nombre de Colombia en homenaje al descubridor de nuestro hemisferio. «Su gobierno —augura— podrá imitar al inglés con la diferencia de establecer un poder ejecutivo electivo, cuando más vitalicio, y jamás hereditario, si se quiere república; una cámara o senado legislativo, hereditario, que en las tempestades políticas se interponga entre las olas populares y los rayos del gobierno, y un cuerpo legislativo de libre elección». Esta idea estructural, con relativas variantes, será en lo adelante el prototipo del Estado bolivariano: democrático en su substancia pero sólido, equilibrado, práctico y funcional en su mecanismo. De la época de Jamaica, es decir, de los negros días de exilado y aun de mendigo, es también su idea de una Confederación de los países de Hispanoamérica, desde México hasta Chile y Buenos Aires, para cuya concertación propone ya a Panamá, centro geográfico de las Américas, desde una de cuyas orillas se ve a Europa y a Africa y desde la otra a la misteriosa e inmensa Asia.

Las gestiones de Bolívar en Jamaica no serían favorables a sus designios. Por estos días los ingleses contemplan con ejemplar impasibilidad el drama de la América hispana. Allí encuentra el desterrado a numerosos amigos de su país, víctimas de la persecución de Morillo, y a algunas de aquellas orgullosas mantuanas caraqueñas, las que para ganar el sustento en el ostracismo tienen que realizar humildes trabajos de flores y golosinas o tocar la guitarra y el arpa en los bailes de negros. De Kingston, lleno de decepción, de impaciencia y aun de amargura, un día de diciembre decide volver a Nueva Granada para desafiar el poderío de Morillo, y sin pensarlo mucho se pone a preparar su viaje a Cartagena. En esos mismos días se produce uno de esos extraños acontecimientos que suelen señalar la azarosa carrera del héroe y en los que parece mezclarse lo milagroso para proteger su existencia. Es el caso de la ase-

chanza del negro Pío, un joven esclavo que le acompañaba en su exilio y que pagado por los realistas, según se ha escrito, intenta matarlo en su hamaca durante el sueño. Ausente Bolívar de su posada, esa noche quien muere es el señor Amestoy que ha ocupado su hamaca para esperar su regreso. Una segunda ocurrencia, de parecida naturaleza, va a salvarlo poco después de caer en manos del reconquistador español apoderado de la plaza de Cartagena. Lejos ya de Jamaica en el corsario *Santa María de la Popa,* (propiedad del marino Luis Brión, más adelante Almirante de la República) se cruza con *El Republicano* del italiano Gianni, (alias *Barbafán, Barbe -en-Fume* o *Juanillo*), y recibe de éste, en mitad del mar, la noticia de la caída de la ciudad granadina. Bolívar ordena virar en redondo y tomar el rumbo de Haití.

Mientras todo esto ocurría a los derrotados libertadores en el agitado piélago del Caribe, los guerrilleros patriotas incrementaban la resistencia en la vasta extensión de los Llanos y en algunas comarcas costeñas de Venezuela. Entre estos sucesos se destacará el de la rebelión de la isla de Margarita cuyos habitantes, atormentados por los atropellos y humillaciones que han recibido de los militares peninsulares, decidirán levantarse en masa acaudillados por el general Arismendi. En ese heroico reducto insular, en el que se concentra entonces la savia emancipadora, va a hallar el Libertador la fe renovada, el impulso generador de una nueva embestida.

Pero antes pasará por Haití.

V

# De la Guerra a Muerte a la guerra a vida

Evidentemente en esta exaltada danza contra la muerte en la que se debate Bolívar a lo largo de los años de 1814 a 1818, uno de sus pasos más significativos y más aleccionadores es el que lo aproxima, a comienzos de 1816, a la figura extraordinaria de Alejandro Petión, el negro Presidente de Haití, carácter excepcional en la abigarrada política americana de aquellos momentos.

Para 1816, Haití (la mitad meridional de la isla que los descubridores llamaron *La Española*) era un país dividido en tres Estados independientes. Alejandro Petión, antiguo corifeo de los moderados, era jefe del principal y de la capital Port-au-Prince, pero no había

chanza del negro Pío, un joven esclavo que le acompañaba en su exilio y que pagado por los realistas, según se ha escrito, intenta matarlo en su hamaca durante el sueño. Ausente Bolívar de su posada, esa noche quien muere es el señor Amestoy que ha ocupado su hamaca para esperar su regreso. Una segunda ocurrencia, de parecida naturaleza, va a salvarlo poco después de caer en manos del reconquistador español apoderado de la plaza de Cartagena. Lejos ya de Jamaica en el corsario *Santa María de la Popa*, (propiedad del marino Luis Brión, más adelante Almirante de la República) se cruza con *El Republicano* del italiano Gianni, (alias *Barbafán, Barbe -en-Fume* o *Juanillo*), y recibe de éste, en mitad del mar, la noticia de la caída de la ciudad granadina. Bolívar ordena virar en redondo y tomar el rumbo de Haití.

Mientras todo esto ocurría a los derrotados libertadores en el agitado piélago del Caribe, los guerrilleros patriotas incrementaban la resistencia en la vasta extensión de los Llanos y en algunas comarcas costeñas de Venezuela. Entre estos sucesos se destacará el de la rebelión de la isla de Margarita cuyos habitantes, atormentados por los atropellos y humillaciones que han recibido de los militares peninsulares, decidirán levantarse en masa acaudillados por el general Arismendi. En ese heroico reducto insular, en el que se concentra entonces la savia emancipadora, va a hallar el Libertador la fe renovada, el impulso generador de una nueva embestida.

Pero antes pasará por Haití.

V

# DE LA GUERRA A MUERTE A LA GUERRA A VIDA

Evidentemente en esta exaltada danza contra la muerte en la que se debate Bolívar a lo largo de los años de 1814 a 1818, uno de sus pasos más significativos y más aleccionadores es el que lo aproxima, a comienzos de 1816, a la figura extraordinaria de Alejandro Petión, el negro Presidente de Haití, carácter excepcional en la abigarrada política americana de aquellos momentos.

Para 1816, Haití (la mitad meridional de la isla que los descubridores llamaron *La Española*) era un país dividido en tres Estados independientes. Alejandro Petión, antiguo corifeo de los moderados, era jefe del principal y de la capital Port-au-Prince, pero no había

podido someter ni a la Grande Anse, gobernada por Gomán, ni al Estado del Cap Haitien regido por el enérgico Christophe que se había coronado con el título de Henri I. Las naciones no habían reconocido aún la independencia de aquellos Estados y menos la Francia que no pensaba en renunciar a sus derechos sobre el país; sin embargo, los negros seguían luchando con coraje y confianza. En 1810 Napoleón envió allí una escuadra y agentes encargados de conferenciar con Petión, mas los haitianos insistieron en mantener su independencia y aquellas gestiones no obtuvieron éxito. Poco después, en 1814, una asamblea reunida en Haití rechazaba las proposiciones de Luis XVIII y Christophe hacía fusilar al negociador francés enviado a su corte. La restauración napoleónica de los Cien Días y la paz de Europa que sobrevino a raíz de aquel acontecimiento, aumentaron en los haitianos el temor a una expedición reconquistadora y en este estado de alarma y expectativa los hallaron Bolívar y los otros emigrados de Cartagena en los días finales de 1815.

La primera entrevista del Caraqueño con el Presidente Petión tiene efecto el 2 de enero del 16. Halla en él un carácter benévolo pero firme y un exacto conocimiento de las circunstancias de los patriotas, del poderío de los realistas y de la decisión de Morillo de poner fin a la rebeldía americana. El negro magistrado expone al mantuano caraqueño, con toda franqueza, la situación de su propio país, y luego le dice con gravedad: «Nosotros, los haitianos, luchamos también por nuestra libertad, la que todavía está en grave peligro. Sería torpe que nos pusiéramos del lado de los opresores o que nos cruzáramos de brazos en una situación semejante. Mi gobierno prestará a usted la ayuda que le sea posible pero usted es un hombre de Estado y sabrá comprender nuestra posición. Es necesario que todo se haga sin comprometer a mi gobierno, ni a mi persona». Luego añade con firmeza: «Hay algo que considero de la mayor importancia: quiero que usted me prometa que al libertar a su patria declare la libertad de los negros, que ponga usted fin a la ignominiosa institución de la esclavitud». A lo que responde el Venezolano: «Así lo haré, señor Presidente».

El lugar de los Cayos de San Luis es entonces el centro de reunión de casi todos los emigrados de Venezuela y Nueva Grana-

da. Será también teatro de deplorables escenas originadas por la amargura, los recelos, las ambiciones de mando y las reservas mentales de éstos. Allí se dan cita los coroneles Antonio José de Sucre, Bartolomé Salom, Carlós Soublette, Judas Tadeo Piñango y Andrés Ibarra; el general Mariano Montilla y algunos otros oficiales de igual y menor graduación que van llegando posteriormente. Petión manda entregar a Bolívar 2.000 fusiles (algo más tarde le entregará otros 2.000) y como la marinería es insuficiente, ya que su reclutamiento resulta sumamente difícil por lo desacreditada que está la causa patriota, Martín Tovar Ponte, Juan José Revenga, J. Lecumberry y Vicente Tejera se encargarán de esta dura tarea en las islas de Jamaica, Santa Cruz y la Tórtola.

En la asamblea que se efectúa el 7 de febrero en la casa de Juana Bouvil, se encuentran, además de los antes nombrados, los generales Santiago Mariño, José Francisco Bermúdez y Manuel Carlos Piar; el futuro almirante Luis Brión; el general Pedro Briceño Méndez; el extranjero Ducoudray Holstein, el coronel Anzoátegui, el canónigo Marimón, agente de la Nueva Granada; el coronel Pedro León Torres, el coronel Ambrosio Plaza, José Gabriel Pérez (después secretario del Libertador) y otros. En este acto postula Brión a Bolívar para jefe supremo de la nueva ofensiva patriota y como algunos se manifiestan reticentes ante esta postulación, (entre ellos el corsario Aury resentido contra el Libertador), el marino curazoleño declara con énfasis: «Si se designa jefe supremo al general Bolívar emplearé todo mi dinero en esta empresa; de lo contrario no contribuiré a ella con un centavo». Y esto decide la cuestión de una vez para siempre. Sólo votan en contra Bermúdez, los franceses Ducaylá y Collot y un tal García, venezolano. Pero no paran ahí las desavenencias. Poco después irrumpe ante Bolívar Mariano Montilla y ardiendo en cólera le colma de improperios tildándole de cobarde, de incapaz y otras cosas por el estilo. «He venido a decirle todo esto para que se bata conmigo —le grita frenético—. No veo cuáles son sus méritos para mandar esta expedición. Por su incapacidad nos hallamos aquí derrotados. Vamos, saque sus pistolas o su sable. . . » Pero Bolívar se limita a mirarle y sin responderle le vuelve la espalda. Después de lo cual (y de

retar también a Bermúdez), Montilla embarca y se va a los Estados Unidos.

¿Tembló acaso el corazón de Bolívar ante la actitud agresiva de aquel otro caraqueño con quien había compartido miserias por una causa común y que ahora se volvía contra él haciéndole responsable de las vicisitudes de la derrota? En esta agresión como en la que le irrogara ocho años atrás el *Diablo Briceño,* la actitud del Libertador es la misma; rehusa batirse y digiere serenamente la humillación.

Semejante conducta obliga a reflexionar acerca de eso que los hombres llaman valor. ¿Es acaso el impulso homicida que busca saciarse a costa de la propia existencia, o la decisión reflexiva que, justipreciando la vida en relación con valores morales más elevados, la ofrenda conscientemente por el triunfo de esos valores? Este último es el valor de Bolívar: un impulso consciente y deliberado, producto del pensamiento. Un valor positivo, construido para crear. El de los otros es un valor negativo o estéril utilizado para destruir. Aquellos bravos, aquellos impetuosos soldados de la República que derrochan coraje en la guerra, son sólo demoledores encargados de echar abajo los pilares del viejo régimen. Bolívar es el arquitecto sin el cual no existirá la República.

El 31 de marzo, después de sortear nuevas suspicacias e intrigas (el venezolano Rafael Diego Mérida, —el *Tuerto Mérida*—, antiguo escribano de la Real Audiencia de Caracas y favorecido por Bolívar, en 1813, con altos cargos, se había dedicado a sembrar la discordia entre los militares) parte la expedición hacia los mares venezolanos. Consta de siete goletas armadas para la guerra y de algunos transportes menores. En estos barcos van más de 250 hombres en su mayoría oficiales, y junto con ellos Josefina Machado y dos damas de su familia. Durante la travesía abundan las peripecias: capturan una balandra de comercio enemiga y dos frailes que van en ella son dejados en libertad a cambio de dos vacas que servirán para racionar a la tropa. Cerca de la isla de Santa Cruz apre-

san una goleta cargada de cacao de Carúpano cuyo producto servirá para enganchar nuevos hombres en las islas del recorrido. En pleno mar, por una goleta francesa conocen la sublevación de Arismendi en la isla de Margarita y esta noticia los colma de júbilo. Hacia Margarita navegará, pues, la flotilla patriota, describiendo un arco paralelo a la línea de las Antillas. Cinco días más tarde están a la altura de Los Testigos y poco después cerca de Los Frailes en donde van a librar el primer combate.

El combate naval de Los Frailes (2 de mayo de 1816) tiene una importancia particular en esta segunda campaña de Venezuela que encabeza Bolívar desde el exterior del país, porque gracias a él, aparte los daños causados a la flota realista, se consolida en la isla de Margarita una conciencia libertadora que servirá en lo adelante de estímulo a las poblaciones continentales. En esta oportunidad, junto con los de muchos heroicos margariteños, quedará consagrado el nombre de Brión a quien puede considerarse como el creador de la escuadra de la República. Es una verdadera, una positiva victoria que pone en manos de los patriotas varios buques de guerra españoles y que les asegura una base firme para las operaciones de sus corsarios. Entre los heridos republicanos se cuenta el propio Luis Brión a quien poco después eleva Bolívar a la categoría de Almirante.

En Juan Griego, el día 3, se encuentran el Libertador y Arismendi y de allí siguen para la Villa del Norte. El 7, en medio del entusiasmo de los isleños, se efectúa una asamblea de notables en la iglesia de aquella villa y en ella se confirma la designación de Bolívar para dirigir la guerra y administrar la República; y el 8 da el Libertador una nueva proclama en la que anuncia la libertad de los esclavos de Venezuela y la cesación de la guerra a muerte siempre que los españoles hiciesen lo mismo.

En algunos de sus documentos establece Bolívar un neto contraste cualitativo entre la *guerra a muerte* y la *guerra a vida*. Esto lo hará específicamente en 1820, cuando refiriéndose al frustrado

proyecto de España de enviar una nueva expedición similar a la de Morillo, escribirá a Guillermo White: «... nos mandaban 10.000 enemigos y ellos, por una filantropía muy natural, no quisieron hacer la guerra a muerte sino la guerra a vida». (*)

Este contraste, esta valoración ética de la guerra, va a regir en lo adelante la conducta del genial caraqueño quien buscará a través de la vida lo que no pudo hallar a través de la muerte. Dos meses después de la asamblea de Margarita, ya en Ocumare, el 6 de julio de 1816 precisará aquel anuncio en forma de proclama:

> «La guerra a muerte que nos han hecho nuestros enemigos cesará por nuestra parte: perdonaremos a los que se rindan aunque sean españoles. Los que sirvan la causa de Venezuela serán considerados como amigos, y empleados según su mérito y capacidad. ...Ningún español sufrirá la muerte fuera del campo de batalla. Ningún americano sufrirá el menor perjuicio por haber seguido el partido del rey, o cometido actos de hostilidad contra los ciudadanos».

La expedición de Los Cayos tiene la virtud de reavivar la guerra de independencia en el Oriente de Venezuela, mas la gestión del propio Bolívar fracasará una vez más (en Ocumare de la Costa, entre La Guaira y Puerto Cabello) a causa de distintos factores que se combinarán de manera adversa para determinar su derrota. Entre estos factores se cuentan: el retardo de Mariño en enviar los refuerzos que se le piden a Güiria; la negligencia o temor de Soublette para tomar la ofensiva tal como se lo había ordenado el jefe supremo; la rápida movilización de Morales y de otros jefes realistas establecidos en las campiñas de Aragua y posiblemente el ardor erótico del propio Bolívar, entregado, según la maligna versión de Soublette, a un dulce idilio con Pepita Machado a bordo del *Indio Libre*.

Es ésta —la de Ocumare— una desbandada en la que el pánico se apodera de los soldados de la República y en la que el pro-

(*) Ramón Díaz Sánchez: «Guerra a muerte, guerra a vida».

pio Libertador, abandonado en la playa, se ve a punto de suicidarse para no caer con vida en manos del adversario. Mil fusiles y una pequeña imprenta con que contaba la expedición quedan en poder de Morales. De Choroní, por donde sigue en su huída, irá el fugitivo a Bonaire y de allí a Saint Thomas en donde deja a Pepita en compañía de su madre y su tía antes de volver a la costa venezolana, al puerto de Güiria.

Nuevas vicisitudes esperan a nuestro héroe en esta oportunidad. Irritados por el nuevo fracaso y acordados para despojarlo del mando, Mariño y Bermúdez preparan una asonada en la que tropas y pueblo lo persiguen gritando: «¡Abajo, Bolívar! ¡Vivan Mariño y Bermúdez!» El tirará de su espada y logrará contener a la turba pero en ese momento, lleno de cólera (igual que Mariano Montilla en Haití), Bermúdez saca la suya y se abalanza hacia él dispuesto a matarlo. Sin la intervención de Mariano Isava y del licenciado Gaspar Marcano que contienen al energúmeno, quizá allí se hubiese apagado su estrella. Y hele de nuevo en Haití, en diálogo renovado con el Presidente Petión.

Mientras tanto, proclamados primero y segundo jefes de la República, Mariño y Bermúdez emprenden un avance triunfal hacia Cumaná, en donde se les unirá Piar que marcha a su encuentro dispuesto a acompañarlos en su campaña.

He aquí el esquema de la guerra de Venezuela en estos momentos: en Apure, después de su victoria de Mata de la Miel, a la margen derecha del río Apure, el prestigio de Páez aumenta rápidamente; Sedeño bate en El Tigre a los españoles y se apodera de la región de Caicara en el Orinoco, y en el Alto Llano combate el escocés Mac-Gregor a quien se unen los llaneros Zaraza y Monagas (José Tadeo) con sus activas caballerías.

La segunda expedición preparada en Haití con la ayuda de Alejandro Petión (quien acaba de ser electo Presidente vitalicio de su país) parte de Jacmel el 21 de diciembre de 1816 y se compone de siete veleros bien aprovisionados. Con Bolívar marchan ahora

Francisco Antonio Zea, José Gabriel Pérez y Francisco Oliver a quien había enviado Arismendi para llamar de nuevo al Libertador. El 28 del mismo mes están por segunda vez en Juan Griego y desde este lugar, por absurdo que parezca tal gesto, el Caraqueño escribe a Mariño dándole el título de amigo e invitándolo a unírsele nuevamente.

> «Querido amigo, —le dice— no crea Vd. que yo deseo mandarlo, por el contrario debe Vd. persuadirse que yo deseo someterme a un centro de autoridad que nos dirija a todos con la más severa rectitud».

Este acto increíble demuestra el sobrehumano dominio de la conciencia sobre los ordinarios impulsos, que caracteriza a Bolívar. Sobreponiéndose a sus sentimientos, durante los años de 1816 a 1818 este hombre tendrá que luchar más que contra las fuerzas del Rey de España, contra los jefes patriotas cada uno de los cuales se siente un gigante y aspira a construir la República a la medida de sus ambiciones particulares. Mariño, Bermúdez, Piar en las regiones de Oriente, y Páez en los llanos de Apure, se consideran dueños del pequeño mundo que les rodea y más allá del cual nada ven que valga la pena de un sacrificio. ¿Por qué subordinarse a Bolívar, ese caraqueño menguado a quien sus repetidos fracasos hacen inferior a cualquiera de ellos? Estos sentimientos, estos intereses y estas pasiones impiden a esos caudillos reconocer las razones que el Libertador aduce para unificar sus dispersas fuerzas bajo un solo mando y dentro de un unitario designio.

Examínense ahora las circunstancias de aquellos momentos y se tendrá una visión coherente de la conducta bolivariana. Para fines de 1816, cuando Bolívar arribó a Barcelona, los realistas habían experimentado una reacción psicológica ante el inminente regreso de Morillo al territorio de Venezuela después de haber sometido a la Nueva Granada. En San Carlos, Valencia y Villa de Cura los españoles reunían tropas para reforzar a Barinas. Por lo que a los patriotas respecta, obrando cada quien por su cuenta, Piar se había internado en Guayana mientras que Mariño se preparaba a embestir contra Cumaná y Páez se establecía en San Fernando dominan-

do la extensa llanura apureña, fértil como el Egipto y abundante en caballos y en ganado vacuno. Por esos días, procedente de Nueva Granada, llegaba a Barinas la división del realista Calzada y obligaba a Urdaneta —que entonces andaba con Páez— a abandonar esa población y a marchar hacia Barcelona para unirse al Libertador. El ataque a Barcelona por las huestes del rey ocurre a comienzos de enero de 1817. Es un choque brutal en el que participan miles de hombres y en el que la victoria corresponde finalmente a Bolívar. Allí reaparece Mariño con sus fuerzas de mar y tierra y el Libertador sale a su encuentro hasta el puente del río Neverí en donde le abraza y le dice: «Vengo a recibir al libertador del Libertador». Pero nada de esto será suficiente para que la situación se modifique en sentido más favorable a las armas patriotas. Empeñado en tomar la ofensiva, Bolívar va a tropezar aún con la resistencia de los otros caudillos, lo que le obligará a abandonar Barcelona y marchar a Guayana en cuyas inmensas selvas se han internado Piar y los que le siguen.

Singular importancia tiene la invasión de Guayana en esta segunda etapa de la guerra de independencia. La apartada y misteriosa región va a convertirse desde estos momentos en el corazón de la patria libre y en el ámbito en donde el fénix de la República renacerá gracias a la obstinada tenacidad de Simón Bolívar. Terco y febricitante como un poseso, casi solitario en medio de la selva infinita, a mediados de 1817 se encuentra vagando a la altura de *La Palmita* cuando tropieza a las tropas que han abandonado a Mariño y se une a ellas para seguir hacia el Orinoco. Ya no está solitario. Le acompañan ahora Bermúdez, que ha depuesto su antigua saña, Arismendi y Zaraza. En San Diego de Cabrutica reciben la noticia del triunfo obtenido por Piar en San Félix y casi simultáneamente el de Páez en Mucuritas. El optimismo renace en el corazón de estos hombres y una cohesionada energía orienta sus actos. Apenas llegan a las cercanías de Angostura (hoy Ciudad Bolívar), el jefe supremo ordena la construcción de una flota y la hace acondicionar para su empleo inmediato. (*)

(*) Esta flota va a batirse en Cabrián, en el Orinoco, el 18 de julio de 1817, en un encuentro que será decisivo para la causa patriótica.

La victoria comienza de nuevo a colorear las banderas republicanas. Meses antes (en abril de 1817), fomentado por el canónigo Cortés Madariaga —que regresaba de las prisiones de Cádiz— se había reunido en Cariaco un ridículo congresillo cuyo propósito manifiesto era despojar del mando al Libertador para entregarlo a Mariño, mas este intento no tuvo otra trascendencia que la de mostrar la complejidad de las artimañas que se empleaban entonces para satisfacer las ambiciones personalistas. Todas estas intrigas tendrán al fin que desembocar en un sacrificio terrible pero necesario: el de la vida de Piar a quien el Libertador, cansado de veleidades y rebeliones, someterá a un consejo de guerra y hará fusilar el 16 de octubre de 1817 en la plaza pública de Angostura. Y con esto terminarán las disidencias en el ejército porque Mariño, curado en salud, moderará sus impulsos.

El nombre de Piar se ha convertido en la historia de Venezuela en eje de un largo y apasionado debate, tan trascendente como el decreto de guerra a muerte. Divididas las opiniones, dos opuestas corrientes plantean la cuestión en su significado moral y en su contenido político. ¿No hubo —se preguntan algunos— injusticia en aquel acto del Libertador? ¿No fue una rencorosa rivalidad y hasta un oculto sentimiento clasista lo que impulsó a Bolívar a sacrificar a aquel hombre en el que veía un posible substituto? Esta manera de juzgar el hecho es simplista. Si Piar fue —indudablemente— un valiente y un general de talento, dotado de un agudo sentido de la estrategia, en ningún momento dio pruebas de poseer ideales más altos que los de cualquier otro de los caudillos de la guerra de independencia. En cambio de esto, sus veleidades, sus ambiciones personalistas y su turbulencia desasosegada y anárquica quedaron bien manifiestas.

Establecido ya en Angostura, Bolívar actúa simultáneamente en la administración del Estado naciente y en los preparativos de una vasta campaña cuyo definido propósito es destruir a los enemigos diseminados en el territorio de Venezuela. Para lo primero utiliza a los numerosos civiles que habían acudido a aquella ciudad desde sus destierros de las Antillas. Para lo segundo a los militares,

ahora más o menos disciplinados, incluso a Páez que desde sus lejanos dominios de las llanuras ha reconocido su jefatura. Comisionados con autoridad para negociar los frutos de la región, marchan a las islas vecinas a adquirir armas y municiones. En los puertos del Orinoco las maestranzas trabajan día y noche para remontar la caballería, reparar los armamentos y construir nuevos barcos, mientras que por un arreglo especial con los indios, el gobierno patriota logra que aquellos trabajen la tierra, principalmente en la siembra del algodón y el tabaco, (dos semanas para sí mismos y una para el Estado). El comercio fluvial no tarda en desarrollarse y comerciantes de las Antillas llevan al Orinoco vestidos para el ejército, telas de paño azul y grana para los oficiales, sables, machetes, azadas, ron y tabaco en pago de lo cual reciben ganado vacuno y mulas. Se crea un Almirantazgo para el cobro de los derechos portuarios y un arsenal de marina para depositar los materiales arrebatados a los realistas. Se confiscan los bienes de los enemigos de la República en los territorios conquistados por los patriotas y se acuerdan recompensas a estos últimos. Se organiza el régimen judicial con una Alta Corte de Justicia y jueces de Primera Instancia que serán los gobernadores políticos. Brión es el alma de esta organización, y como presidente del Consejo de Gobierno será quien sustituya al jefe supremo en sus necesarias ausencias. Mas todos, galvanizados por la actividad y el desinterés del Libertador, aportan sus propios esfuerzos (el marino Antonio Díaz cede a la isla de Margarita la parte que le toca en las recompensas, en tanto que Rafael Rodríguez, alias *Cabeza de Gato,* ofrenda la suya a la ciudad de Angostura).

Es esta también la época en la que llegan a Angostura muchas damas y niños pertenecientes a notables familias que habían emigrado en los años de 1814 y 15, y entre aquéllas Josefina Machado, su madre y su tía. Una vez más van a hallarse unidos el héroe y la dama y los efluvios de Eros envolverán la imaginación del guerrero y las meditaciones del estadista. Seguidos a respetuosa distancia por algún edecán discreto, los amantes pasearán al atardecer por la orilla del río y dialogarán sobre todas las cosas que los rodean. Pero ella se muestra triste y guarda prolongados silen-

cios. Tose con el pañolito apretado sobre los labios y la fiebre empurpura su palidez.

Mujer bella, de la propia clase social del Libertador, su amiga desde la infancia y su novia más o menos formal desde 1813, a nadie hubiese extrañado la unión de estos dos seres identificados en las ideas y en el sacrificio. Pero para esta época Bolívar sólo vivía para su empresa. No amaba realmente otra cosa que esta. Dos años después, ya cercana la aurora del triunfo, Pepita morirá en un solitario paraje de las llanuras durante la travesía que va a emprender de Angostura a la Nueva Granada en busca de mejor clima para sus destrozados pulmones.

Desde los primeros momentos de la ocupación de Guayana, junto con sus actividades de tipo administrativo Bolívar había comenzado a preparar un ejército capaz de atacar y destruir a los enemigos distribuidos en las otras provincias de Venezuela, desde las llanuras de Oriente y el Sur hacia los Andes Occidentales. Sus proyectos, empero, no se limitaban a este objetivo inmediato. Se enfocaban ya coherentemente hacia toda la parte meridional de la América hispanohablante. Su programa se estructuraba de la manera siguiente: primero, campaña progresiva sobre los llanos de Venezuela (orientales, centrales, meridionales y occidentales); segundo, reconquista de la Nueva Granada, Panamá y Ecuador; tercero, emancipación de Quito y demás provincias ecuatorianas, y cuarto, emancipación del Perú y el Alto Perú (hoy Bolivia) para asegurar la independencia de toda la América aún en poder de los españoles.

Es evidente que para 1817, pese a la precariedad de sus fuerzas y a la incomprensión y tenacidad con que lo entorpecían algunos caudillos patriotas, este programa está bien definido en su mente. Para iniciar la campaña de las llanuras venezolanas hace formar nuevos cuerpos de infantería que pone a las órdenes de Rafael Urdaneta, de Sedeño y Bermúdez, en tanto que el joven coronel Antonio José de Sucre recibe el mando de todo el bajo Orinoco y de la antigua Guayana. El entrenamiento y la disciplina de estas noví-

simas fuerzas las encomienda a Urdaneta y a Anzoátegui. Para mediados de 1817, establecidos ya los estados mayores, el ejército cuenta con 3.500 soldados a los que han de añadirse 500 más reclutados por los Monagas en la provincia de Barcelona, y 1.300 —en su mayoría de caballería— que reúne Zaraza en las sabanas de Chaguaramas. Mas no paran ahí los motivos del optimismo patriota. Este va a recibir en los mismos momentos una nueva inyección con la llegada de los primeros legionarios ingleses y con algunos materiales de guerra que Luis López Méndez ha logrado obtener en Londres después de sus persistentes y abnegados esfuerzos.

La salida de Angostura en dirección a los llanos se realiza el 23 de noviembre. El 25 desembarca Bolívar en Cardenales y el 26 envía un mensaje a Zaraza a quien ordena reunirse con él en el punto de Santa Clara. En Angostura, capital del precario Estado, quedan los organismos encargados de la administración política y económica, reorganizados después del fusilamiento de Piar e integrados por Brión, Zea, Soublette, Anzoátegui, Tomás Montilla, Fernando Peñalver, Sedeño y otros próceres civiles y militares. El Consejo de Gobierno (cuerpo ejecutivo) es el autorizado para recibir cónsules y enviados especiales extranjeros, para efectuar negociaciones de comercio y para contratar armas para la guerra. En caso de muerte o prisión del jefe supremo, este Consejo asumirá todo el poder conforme a instrucciones dejadas por el Libertador en un pliego sellado. También la Iglesia desempeña su parte bajo la dirección del Presbítero Domingo Remigio Pérez Hurtado a quien encarga de la gobernación de la Diócesis una asamblea de sacerdotes pendiente de la ratificación del Ordinario de Caracas.

Para fines de 1817 la causa emancipadora domina, además de Guayana, la misérrima isla de Margarita y parte de las provincias de Cumaná, Barcelona y Casanare, el Apure y el Alto Llano de Caracas, todas ellas devoradas por la contienda. El plan de Bolívar es llevar al Apure las tropas que se han reunido en Guayana, Barcelona y el Alto Llano, las que unidas a las de Páez abrirán grandes operaciones destinadas a quebrantar el poderío de los españoles. El 1o. de enero de 1818 estas fuerzas se encuentran ya en marcha y pasan frente a la pequeña isla de Borbón en el Orinoco. El 5 avan-

zan hacia el Apure. El 6 sus naves atracan frente a la isla del Infierno y el jefe supremo, ávido de nuevos conocimientos, va a conocer la piedra de la *Encaramada*, vestigio notable de la cultura aborigen. Frente a sus ojos desfilan míseros caseríos en los que languidecen los indios azotados por los parásitos tropicales. El 22 están en la Urbana y el 26 en el hato de *Cañafístola* donde se encuentran por vez primera los dos más notables representantes del carácter venezolano durante las guerras de independencia: el caraqueño Simón Bolívar y el llanero José Antonio Páez. ¡Cuán distintos en sus maneras, en su complexión física, en su concepción de la empresa que los ha unido! Delgado, nervioso, de menguada estatura el primero, su mirada arde como una llama y su voz vibra como una corneta; pelirrojo, corpulento, de espaldas anchas y miembros nervudos, el segundo forma una sólida unidad con el caballo que monta y sus gritos saltan sobre la tierra de la llanura como saetas de fuego. Estos dos hombres se abrazan y enhebran un diálogo que sus acompañantes escuchan con los ceños fruncidos.

Como por esta época las sabanas están anegadas, cruzadas por ríos navegables y por caños mortíferos, la escuadrilla del neogranadino José Padilla es la encargada de transportar los soldados y el armamento. Van a poner cerco a la plaza de San Fernando para seguir en seguida en busca de Morillo. Mientras tanto Bolívar explica a Páez el estado de la América hispana. Aparte de Venezuela y Nueva Granada, hasta este momento sólo han luchado por su independencia de España, Chile con escasa fortuna y las provincias del Río de la Plata. En el territorio venezolano Morillo ocupa, evidentemente, las más ricas regiones, pero esta situación va a cambiar muy pronto. Tal es la convicción que comparten Bolívar y Páez. ¿Cómo actuarán, qué actitud adoptarán, cuáles recursos movilizarán el uno y el otro para lograrlo? Este es el interrogante esencial de esta guerra. Ya se verán las respuestas.

Halagüeños son, en efecto, para las armas patriotas, sus primeros encuentros con el adversario. El 6 de febrero realizan aquéllas en el *Paso del Diamante*, en el río Apure, un inverosímil acto de audacia que pone en sus manos una flotilla de las pequeñas naves llamadas flecheras, y de este modo se abren el camino hacia las

llanuras de Calabozo. Tres días después han recorrido las treinta y tres leguas que separan a esta ciudad del Guárico de la de San Fernando, capital del Apure. Los 865 kilómetros que separan a Angostura de esta región han sido devorados en algo más de un mes. La sorpresa es el arma que decidirá la victoria en un encuentro en el que van a participar 4.200 republicanos y 2.450 realistas y en el cual el propio Morillo se verá a punto de perecer. Pero esto no será todavía suficiente para despejar a Bolívar la senda de la victoria. Derrotado y guarecido en el recinto de Calabozo, Morillo guarda un desdeñoso silencio ante la propuesta del Caraqueño de poner fin a la guerra a muerte que todavía practican los españoles.

No es ésta, sin embargo, la resistencia que más ha de entorpecer el definido designio del caudillo venezolano. Lo va a ser esta vez la que encuentra en la conducta de Páez, mucho más peligrosa por persistente y por rica en elementos materiales y psicológicos. Es debido a la indisciplina del jefe llanero (quien abandona con sus jinetes al ejército vencedor frente a Calabozo), que Morillo puede salir de su encierro en aquella plaza y marchar a Caracas por la vía de El Sombrero. A partir de este instante el ejército libertador sólo conocerá nuevas derrotas y sus desmoralizados soldados desertarán caudalosamente. Pero Bolívar tendrá bastante coraje y suficiente dominio sobre sí mismo para sobreponerse a esta nueva prueba. Una vez más, igual que en el caso de Mariño, de Piar y Bermúdez, su voluntad y su raciocinio vencerán a su orgullo en provecho de la República. En respuesta a su rebeldía, Páez es designado gobernador de la provincia de Barinas (de la que forma parte el territorio de Apure) y recibe la misión de tomar San Fernando y marchar en dirección a Caracas para atacar a Calzada.

Ante la escalofriante deserción que se produce en sus filas, una de aquellas negras noches del llano se entabla entre el Libertador y Sedeño un diálogo inolvidable:

—«Voy a escribir nuevamente a Páez. Voy a humillarme ante él. Le diré que sin su ayuda, sin su protección y sin su valor nada podremos hacer... Usted comprende mi situación, ¿verdad, general?»

—«La comprendo, mi general».

—«Por fortuna todavía hay hombres como usted, como Brión, como Sucre, como Urdaneta en las filas de la República. Para crear una nación y para dar una patria a estos bárbaros, el sacrificio de la fortuna y aun de la vida no es suficiente; es necesario sacrificar también el orgullo. Y hasta el honor».

Por estos días precisamente han llegado al país nuevos oficiales ingleses con los que Bolívar suele conversar en su idioma. Estos oficiales se muestran impresionados de un lado por la tristeza que se advierte en el semblante del Caraqueño, y del otro por su distinción y elocuencia, por el profundo conocimiento que posee de los acontecimientos de Europa.

Las ventajas que aún puede obtener el jefe supremo, por esta época (sin el auxilio de Páez), más que a sus fuerzas las debe al temor que los patriotas han inspirado a los soldados realistas, en su mayoría campesinos venezolanos. Esto es lo que ocurre en Aragua donde la presencia de los patriotas produce una desbandada del adversario quien deja abandonados sus almacenes, fincas y casas para huir a Valencia y a otras ciudades; y en Caracas donde el Fiscal de la Real Audiencia quema su archivo y escapa con los demás jueces. Al pasar por San Mateo, los esclavos de la familia Bolívar salen a recibir al Libertador y se arrojan a sus pies llorando de júbilo. Mas en contraste con estos signos alentadores se producen otros adversos, como la tercera acción de La Puerta (16 de marzo de 1818) en la que Morillo paga su triunfo con una herida que lo pone a un paso de la muerte, y como la sorpresa del Rincón de los Toros en donde el campamento patriota es asaltado durante la noche y Bolívar tiene que huir a uña de caballo, solitario y desorientado en las profundidades de la llanura.

Sin la inquebrantable tenacidad de este espíritu singular, cuyo genio guerrero se forja no en la victoria sobre los adversarios sino en una constante lucha contra las elementales pasiones de sus amigos, nunca se hubiese logrado abrir un camino a la fantástica empresa de la independencia de Venezuela. Ningún otro capitán de

la historia moderna tuvo que librar semejantes combates. En esto consiste la originalidad del caraqueño Simón Bolívar y en esto reside, asimismo, la explicación de esa característica suya que lo hace más temible en la adversidad que en el triunfo. Dijérase que en el momento de la derrota, mientras huye o se oculta, su pensamiento en vez de desorientarse o intimidarse, se ilumina con nuevas inspiraciones. Esto es lo que ocurre precisamente este año de 1818 mientras que Morillo lanza sus efectivos decidido a asestarle el golpe de gracia. Poseído de un inconcebible optimismo olvida las veleidades que lo rodean y piensa en Páez y en Mariño como pudiera pensar en sus propias manos, en sus propios pies y en su propia cabeza, órganos suyos vitales que aun cuando se equivocasen por negligencia, cansancio o torpeza no tendrían más remedio que acompañarle y obedecerle y contribuir a la postre al triunfo de sus ideas. Mediante otros órganos más fieles y decididos —Brión, Urdaneta, Sedeño, Monagas, Sucre— el camino se va despejando y ya para el mes de mayo el precario Estado dispone de nuevas fuerzas para reemprender la ofensiva. Gracias a Brión, en el mar actúan los corsarios republicanos y en Angostura se encuentra el nuevo armamento traído por los ingleses. No importa que Páez y el inglés Henry Wilson conspiren en los llanos de Apure para despojar al Libertador de su autoridad: el genio de éste les inducirá a cooperar igual que lo harán Hippisley, Gillmoré, Campbell, Skeene y los demás voluntarios británicos. A Don Juan Martín de Pueyrredón, Supremo Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, escribe precisamente en estos momentos para responder a una carta suya que había tardado dos años en llegar a sus manos:

> «Cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, nosotros nos apresuraremos con el más vivo interés a entablar por nuestra parte el pacto americano, que formando de todas nuestras Repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las Naciones Antiguas».

Tal es el constante sueño, el acicate y la originalidad de este gran idealista quien para trasmitir su mensaje a las gentes que le

rodean (combatientes y no combatientes), hace por estos días fundar un periódico, —*El Correo del Orinoco*—, (*) cuyas columnas van a ser llenadas con sus propias ideas y con las de Zea, Juan Germán Roscio, José Luis Ramos, Manuel Palacio Fajardo, Diego Bautista Urbaneja, médicos, juristas, filósofos y poetas de la patria naciente. La misión inmediata de este vocero será combatir las tendenciosas publicaciones de la *Gaceta de Caracas*, obra de José Domingo Díaz, caraqueño enemigo de la República, pero su objeto más dilatado es el sembrar el amor a la libertad en las conciencias venezolanas.

Más ambicioso que en la campaña anterior, el Libertador proyecta esta vez nada menos que independizar a la Nueva Granada sojuzgada por el ejército de Morillo. Semejante proyecto, inusitado por su grandeza, lo va a ser asimismo por la increíble audacia de su ejecución. Francisco de Paula Santander, joven coronel granadino, es el elegido para preparar esta empresa. «Venezuela conmigo —promete Bolívar en una proclama a los habitantes de aquel país— marcha a libertaros, como vosotros conmigo, en los años pasados, libertásteis a Venezuela... El sol —añade rotundo— no terminará el curso de su actual período sin ver en todo vuestro territorio altares levantados a la libertad».

Pero antes de emprender esta nueva campaña realizará dos actos jurídicos de la mayor importancia moral: la convocación de un Congreso de diputados para dar una Constitución al Estado, y la promulgación de una nueva y solemne declaración de los principios de la República para responder a las maniobras de las potencias imperialistas de Europa que reunidas en un Congreso en la ciudad de Aquisgrán —setiembre-noviembre de 1818— discuten acerca de su intervención en América para favorecer los derechos de España.

Terminados los preparativos de la nueva campaña, a fines de

(*) Se inicia el 27 de junio de 1818.

noviembre Bolívar da la orden de marcha para la concentración del ejército en los llanos de Apure. El mismo parte en diciembre (el 21) y el último día del año llega a la isla de Caño Derecho. El 8 de enero se encuentra en Caicara y el 17 en San Juan de Payara donde pasa revista a las tropas de Páez. Mas poco después, en una flechera escoltada por otras, emprende el regreso a Angostura para inaugurar el Congreso constituyente.

A bordo del rápido barquichuelo, mientras la quilla corta las leonadas aguas del Orinoco, su mente febril trasmite a la mano inquieta las ideas más trascendentes de sus discursos.

VI

# Coger el Cielo con las Manos

Convocado a fines de 1818, el Congreso constituyente de la segunda República de Venezuela se instala en la ciudad de Angostura el 15 de febrero del año siguiente. Lo preside el doctor Francisco Antonio Zea, patriota neogranadino, diputado por la provincia de Caracas. Desde las diez y media de la mañana, en el salón principal del Palacio de Gobierno se encuentran reunidos los señores representantes, los miembros del Estado Mayor del Ejército, el Comandante General de la provincia y gobernador de la plaza; el señor Irvine, comisionado de Norteamérica para la reclamación de unos buques de su país apresados por la marina patriota, y otros extranjeros que residen en la ciudad o vienen a ella para asistir a

la ceremonia. Bolívar sube a la tribuna y lee su sensacional discurso. Después de ocho años de lucha, de precarias victorias y de aplastantes derrotas, la voluntad indomable del héroe pone de nuevo en pie la estructura jurídica del Estado y le traza nuevos rumbos para el futuro. Con acerada sinceridad, al devolver al pueblo la soberanía que él mismo había estado ejerciendo como *Dictador y Jefe Supremo* de la República, construye su programa político y hace la crítica de las instituciones sociales con la mayor amplitud y franqueza.

En este gran documento en el que Bolívar desnuda su pensamiento hasta en sus más ocultos repliegues, están contenidas las fundamentales ideas que forman las columnas de su filosofía política tal como las ha ya esbozado, en anteriores declaraciones —necesidad de un gobierno fuerte, libre de abstracciones teóricas que entraben su acción; rechazo del sistema federal y del Ejecutivo subdividido, inadecuados a un país incipiente e inculto; conveniencia de un Legislativo semejante al Parlamento británico y de un sistema electoral conformado a las capacidades intelectuales del pueblo— más otras que representan la verdadera substancia de su ideario y que constituyen los ejes de su concepción democrática: la libertad y la igualdad de los ciudadanos y la necesidad de estimar como las primeras necesidades de una nación soberana la moral y la educación de sus habitantes. En este ámbito de su concepción ideológica el Mensaje bolivariano propone reformas que no podían aplicarse en su tiempo y que difícilmente se podrían aplicar en el nuestro, tal es la institución del Poder Moral, que tantas lucubraciones ha suscitado, y la tajante discriminación de los valores intelectuales y éticos del hombre, en torno a la cual se han tejido después tantos y tan disímiles juicios.

A esta última proyección del pensamiento bolivariano habrá que volver una y otra vez en el curso del tiempo, por la forma en que han venido evolucionando las ciencias y cómo han influido éstas en la vida social de los pueblos y en la función del Estado. A este efecto —para demostrar la vigencia de las ideas del Libertador— es oportuno traer aquí a cuento cómo coinciden el pensamiento de aquél, en 1818, y el de uno de los más prestigiosos hombres

de ciencia ingleses de nuestros días. Dice Bolívar en Angostura:

> *«Que los hombres nacen todos con derechos iguales a los bienes de la sociedad, está sancionado por la pluralidad de los sabios; como también lo está, que no todos los hombres nacen igualmente aptos a la obtención de todos los rangos; pues todos deben practicar la virtud, y no todos la practican; todos deben ser valerosos, y todos no lo son; todos deben poseer talentos, y todos no los poseen. . .»*

Dice Julián Huxley en 1966:

> *«Nuestro nuevo sistema de pensamiento debe rechazar el mito de la igualdad. Los seres humanos no son nacidos iguales en dones y potencialidades, y el progreso humano se apoya sobre el hecho mismo de su desigualdad. «Libres pero desiguales» debería ser nuestra divisa, y la diversidad de las superioridades, no la conformidad o la adaptación a la medianía, debería ser el fin de la educación».* (*)

Esto demuestra hasta qué punto tuvo razón Bolívar cuando escribió lo siguiente: «Yo siento por lo presente y por los siglos futuros».

Una vez concluido el extraordinario discurso, cuya lectura han oido los diputados en un reconcentrado silencio, habla Zea, y, como corolario a su juramento de presidente del Congreso, pronuncia estas palabras clarividentes:

> «Todas las naciones y todos los imperios fueron en su infancia débiles y pequeños, como el hombre mismo a quien deben su institución. . . No es por el aparato ni por la magnificencia de nuestra instalación, sino por los

(*) Revista Planete, vol. especial del No. 1 al 12, pág. 44.

inmensos medios que la naturaleza nos ha proporcionado... que deberá calcularse la grandeza y el poder futuro de nuestra República... Cuando nuestras instituciones hayan recibido la sanción del tiempo, cuando todo lo lo débil y todo lo pequeño de nuestra edad, las pasiones, los intereses y las vanidades hayan desaparecido y sólo queden los grandes hechos y los grandes hombres... el nombre de Bolívar se pronunciará con orgullo en Venezuela y en el mundo con veneración».

Por estos días nuevamente aurorales, ratificado en el mando supremo por el Congreso, ungido por la legitimidad del poder, Bolívar se muestra eufórico. Hace deportes, baila, desafía los misteriosos poderes de la naturaleza para superar a los hombres que le rodean. Un día, mirando al escribiente Martel que se vanagloria de nadar mejor que los otros, le dice: «Fanfarronadas, Martel, fanfarronadas». «También nado mejor que usted, mi general», le replica Martel. Y Bolívar erguido: «No diga usted tonterías. Con las manos atadas llego primero que usted a aquellas cañoneras».

Los demás tratan de disuadirlo. Las cañoneras están fondeadas a cuadra y media de la playa donde ellos se encuentran. El se quita la ropa y con los tirantes de sus calzones se hace atar las manos a la espalda; y de este modo se lanza al río. Diego Ibarra, su ayudante y pariente, ordena a cuatro oficiales que se lancen tras él para protegerlo. Necesariamente Martel arriba el primero a las cañoneras. El lo hace con enorme trabajo, casi asfixiado, pero lo hace. Está satisfecho.

Una vez instalado el Congreso, se crean tres secretarías de gobierno: la de Estado y Hacienda, a cargo del médico y filósofo llanero Manuel Palacio Fajardo, quien acaba de regresar de un exilio de seis años en Europa; la de Marina y Guerra, encomendada a Pedro Briceño Méndez, y la de Interior y Justicia entregada al jurista Diego Bautista Urbaneja. Se crean, asimismo, dos Cortes de Almirantazgo, una en Angostura y otra en la isla de Margarita, y se conceden indultos que favorecen incluso a los españoles que han

combatido contra la República. Estas decisiones contribuyen a acrecentar el prestigio de los independientes. Para fortalecer la maquinaria de guerra, Bolívar envía a Inglaterra a dos de los legionarios británicos, English y Elsom, comisionados para enganchar por lo menos 4.000 veteranos de los campos de Francia y de Bélgica, pero los agentes sólo conseguirán traer algo más de 2.000, de los cuales algunos perecerán azotados por la fiebre amarilla.

Por esos mismos días Morillo, el orgulloso jefe español, hacía revisar sus huestes, las que alcanzaban a 4.700 infantes y 1.500 jinetes. En los llanos de Casanare y Apure y en algunas regiones del litoral se libraban combates sin importancia. Los independientes temían una invasión por el Orinoco procedente de Puerto Rico, y tomaban precauciones para frustrarla. Imaginativo, sigiloso y audaz como el puma, Páez no cesaba de hostigar a los adversarios empleando diversos trucos como el de fingir que huía en derrota para ordenar volver caras y convertir la fuga en carnicería; y como el de asaltar los campamentos del enemigo, en medio de la obscuridad de la noche, arrastrando cueros secos de res atados a las colas de sus caballos.

En estas andanzas, obligado a retroceder temeroso de las tretas de los patriotas, Morillo advertía cómo se iba estrechando a su alrededor el círculo mágico, y sus comentarios se tornaban cada vez menos optimistas. En los cuatro años que llevaba en América había visto evaporarse su gran ejército consumido más que por el poder destructor de los insurgentes, por la implacable agresividad de la naturaleza del trópico. «Decididamente —confesaba— estas gentes no quieren ser españolas. Tampoco la tierra lo quiere. ¿Qué se han hecho los diez mil veteranos que traje en 1815? Si por lo menos pudiese contar con auxilios de España... Pero nada de eso. Hemos sido abandonados a nuestra suerte. Ahora tenemos también de enemigos a los ingleses. Yo que luché al lado de ellos contra Napoleón, tengo hoy que pelear contra ellos en este infierno de América. Ayer aliados, hoy enemigos. ¿Qué es, Señor, lo que tiene esta gente en el lugar del corazón?».

Caviloso y sombrío el general español contemplaba a sus hom-

bres enfermos, abrumados por el tórrido clima y aniquilados por la disentería y por las fiebres palúdicas, y cabalgaba a su frente sin una clara conciencia de hacia dónde debía conducirlos. El espectáculo de los zamuros que se disputaban en las sabanas las carroñas de sus soldados, le producía una silenciosa desolación. En contraste con esto, las partidas de los patriotas, cada vez mejor armadas y organizadas, se movían con agilidad en las llanuras precedidas por rumorosos rebaños de novillos y de caballos destinados a la alimentación y a la remonta de los lanceros. Para esta época (comienzos de 1819) el ejército independiente contaba con 3.000 infantes y 1.500 jinetes. 450 de los primeros eran ingleses.

Es el momento en el que Bolívar decide tomar la ofensiva. Se producen encuentros en diversos lugares pero seguramente el más importante de estos es el de las *Queseras del Medio* (2 de abril) en el que se enfrentan Páez y Morillo. Aquí obtiene el caudillo llanero su más resonante triunfo gracias a su truco del *vuelvan caras*.

Seguro, —hasta donde esto le era posible—, de la capacidad de sus fuerzas, Bolívar pudo tomarse entonces unos días de descanso en el hato *Caballero* del Alto Apure. Rodeadas de verdura y bien pertrechadas de carne fresca, sus tropas reciben instrucción militar y hacen deportes. El propio Libertador se levanta bien de mañana, monta a caballo y recorre los cuerpos con los que fraterniza contando anécdotas y evocando recuerdos estimulantes. En los ríos se baña desnudo y nada en compañía de sus oficiales, a los que habla de sus viajes a Europa, de sus impresiones de las guerras de Napoleón y de las características de la vida social europea. Meciéndose velozmente en su hamaca, después de comer explica a los oficiales ingleses las condiciones de la naturaleza del trópico y la psicología del hombre venezolano. Mientras tanto el neogranadino coronel Santander, hombre culto e inteligente, ha seguido sus instrucciones, y provisto de un buen ejército, avanza metódicamente en dirección a la Nueva Granada. Una buena mañana, a mediados de mayo, el Libertador reúne su Estado Mayor y expone el plan que ha concebido y que sus oficiales oyen no sin sorpresa, algunos con pesimismo. Nueva Granada —les dice— está en estos momen-

tos guarnecida por fuerzas menores a las que mantiene Morillo en Venezuela. Lo más distante que podría imaginar el general español es una invasión del territorio neogranadino por los patriotas, y ante una realidad semejante se verá en el dilema de abandonar el territorio venezolano para acudir en socorro del Nuevo Reino o de resignarse a perder este último. Dueños de la Nueva Granada, los independientes podrán formar en ese país un nuevo ejército y volver con él a la conquista de Venezuela.

—«¿Y cuál será la vía que seguiremos para una invasión semejante? —interrogan perplejos algunos jefes.

—«La de la montaña —responde el Libertador sin vacilación — no existe otra».

—«¡La de la montaña! ¿En plena época de lluvias y con las tropas desnudas?»

—«El hombre —observa entonces Bolívar— es el único animal capaz de vivir en todos los climas y de dominar todas las circunstancias. ¿Y saben ustedes por qué? Porque es el único que posee un espíritu y una conciencia».

En esta junta en la que se encuentran Páez, Soublette, Anzoátegui, Briceño Méndez, Cruz Carrillo, Iribarren, Rangel, el inglés Rooke, Plaza y Manrique, se decide la estrategia de la campaña. El lugar es una mísera choza de la desierta aldea de Setenta, a orillas del río Apure. «No había una mesa en aquella choza —refiere la crónica de la guerra escrita por O'Leary— ni más asientos que las calaveras de las reses que para racionar la tropa había matado, no hacía mucho, una guerrilla realista y que el sol y las lluvias habían blanqueado». Plaza, Soblette y Anzoátegui apoyan el plan con calor, pero algunos esbozan reparos y otros guardan silencio. Bolívar mira a Páez y le dice: «Usted, general, nos prestará una valiosa ayuda sin necesidad de alejarse mucho de sus llanuras. Marchará a Cúcuta con sus lanceros y carabineros para llamar la atención de los enemigos y cortar sus comunicaciones por ese lado. . . ¿Alguna observación, general?»

Páez le mira a su vez y precisa: «Sí, una. . .»

«—Pues dígala».

«—Que eso que usted propone es como coger el cielo con las manos».

Hay un instante de tenso silencio. Luego el Libertador contundente:

«—Pues cogeremos el cielo con las manos, general».

En este momento y a través de esta breve polémica metafórica, queda definida una oposición ideológica destinada a cavar hondas y divergentes huellas en la historia de Venezuela. Mediante una exaltada imagen del pueblo —*coger el cielo con las manos*— expresa el caudillo llanero hasta qué punto considera insensata, quimérica y arbitraria la idea de Bolívar. No concibe que se pueda soñar semejante cosa. Ninguno, en realidad, más fértil que él para imaginar tretas, para provocar situaciones extraordinarias, para montar trampas imprevistas; sólo que sus tretas y trampas en ningún caso y por ningún motivo excederán el marco de lo posible. Arrastrar cueros secos y volver caras para sorprender a los enemigos, son cosas factibles, verosímiles, casi matemáticas como el juego de dominó; pero traspasar la barrera de los Andes a 4.000 metros de altura; perforar esas cumbres desdibujadas entre las nieblas del cielo. ¡Imposible! Un hombre de las llanuras no alcanza a representar semejante prodigio. En ese momento el Libertador debió parecer a Páez un loco de atar, dos veces loco: primero por la extravagancia de imaginar semejante absurdo; segundo, por lo innecesaria que le parecía tal imaginación. A través de este prisma mirará Páez al Libertador desde entonces. Y por esto principalmente, se convertirá en el antibolivariano por excelencia. A los hombres como Páez les molesta que se les tome por soñadores.

El 27 de mayo al amanecer el ejército Libertador emprende la marcha de Mantecal hacia Casanare y en los días siguientes prosigue su avance hacia las distantes montañas. Llueve continuamente y los pies de los hombres se hunden en el pantano. Las fuerzas se dividen así: *Rifles* al mando del coronel inglés Arturo Sandes; *Barcelona* al de Ambrosio Plaza; *Bravos de Páez* al del coronel Cruz Carrillo y la *Legión Británica* al del inglés coronel Jaime Roo-

ke. La artillería va a cargo del coronel Bartolomé Salom. Además hay un regimiento de *Guías de la Guardia,* dos del Alto Llano de Caracas y un escuadrón de *Guías de Apure* mandados por Juan José Rondon, Leonardo Infante, Lucas Carbajal, Julián Mellado y Hermenegildo Mujica. En total algo más de 2.200 soldados. En el Virreinato de Santa Fe, después de la organización efectuada allí por Morillo, había más de 5.000 distribuidos en las distintas provincias. En las lejanas regiones de Popayán y de Quito existían guarniciones que, sumadas a las fuerzas de Panamá, ascendían a 11.000. Para la invasión de aquel vasto país, Bolívar contaba con un aliado importante: el invierno. Las inundaciones de las llanuras impedirían a Morillo acudir en auxilio de la Nueva Granada.

El 8 de julio cruza el ejército independiente el cauce del río Arauca y continúa por Los Rabanales y el Estero de Cachicamo, por los caños de La Bendición y por los ríos Lipa, Ele, Guiloto y Cravo del Norte en cuyas aguas padecen los hombres las mordidas de los *caribes.* En algunos pasos tienen que construir balsas para conducir los bagajes y municiones. El Libertador comparte con los soldados todos los trabajos. En las madrugadas, cuando la fatiga y el sueño les penetran hasta el fondo de la conciencia, él los ayuda a cargar las mulas y distribuye consejos entre los que no saben nadar. En Tame encuentran a Santander con sus gentes y planean el ascenso a la cordillera. En Paya se libra un ligero combate. Marchan ahora en dirección al Páramo de Pisba, de reputación estremecedora. Si hasta este momento han sufrido las penalidades del mundo de las llanuras, en lo adelante van a enfrentar lo desconocido: la gigantesca elevación de los Andes con sus torbellinos de nubes heladas y tenebrosas.

> «Los llaneros —escribe O'Leary en su narración de aquella aventura (tomo I, págs. 560 y 561)— contemplaban con asombro y espanto aquellas alturas y se admiraban de que existiese un país tan diferente del suyo. A medida que trepaban crecía más y más su sorpresa: porque lo que habían tenido por última cima no era sino el principio de otra y otras más elevadas, desde cuyas cumbres divisaban todavía montes cuyos picos parecían per-

derse entre las brumas etéreas del firmamento. Hombres acostumbrados en sus pampas a atravesar ríos torrentosos, a domar caballos salvajes y a vencer cuerpo a cuerpo al toro bravío, al cocodrilo y al tigre, se arredraban ahora ante el aspecto de esta naturaleza extraña. Sin esperanzas de vencer tan extraordinarias dificultades, y muertos ya de fatiga los caballos, persuadíanse de que solamente locos pudieran perseverar en el intento, por climas cuya temperatura embargaba sus sentidos y helaba sus cuerpos, de que resultó que muchos se desertasen. Las acémilas que conducían las municiones y armas, caían bajo el peso de su carga: pocos caballos sobrevivieron a los cinco días de marcha y los que quedaban muertos de la división delantera obstruían el camino y aumentaban las dificultades de la retaguardia. Llovía día y noche incesantemente y el frío aumentaba en proporción al ascenso. El agua fría, a que no estaban acostumbradas las tropas, produjo en ellas la diarrea. Un cúmulo de incidentes parecía conjurarse para destruir las esperanzas de Bolívar, que era el único a quien se veía firme en medio de contratiempos tales que el menor de ellos habría bastado para desanimar a un corazón menos grande. Reanimaba a las tropas con su presencia y con su ejemplo, hablábales de la gloria que les esperaba y de la abundancia que reinaba en el país que marchaban a libertar. Los soldados le oían con placer y redoblaban sus esfuerzos».

Es este un momento trascendental de la historia del Nuevo Mundo: el momento en que se opera la transfiguración del genio de un hombre dinamizado por la obsesión de crear. «Si la naturaleza se opone a nuestros designios —había dicho este hombre en Caracas, siete años antes, sobre las ruinas de un terremoto— lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca». Para este erótico de la gloria la empresa andina es como un coito ciclópeo. A sus oficiales desalentados y cejijuntos, les dice: «No soy más fuerte ni más valeroso que ustedes. Lo que tengo es más voluntad. ¿Y

saben por qué? Porque poseo la conciencia de que al final de este esfuerzo están la victoria y la gloria».

«—General —le hace observar Soublette en cierto momento— muchos hombres morirán antes de que lleguemos a la cumbre de la montaña».

«—Es verdad, pero no serán menos los que perecerán si retrocedemos. En este momento nos hallamos a mitad de camino y la muerte nos acecha por todas partes. Sólo que hacia adelante nos espera el triunfo y hacia atrás la derrota».

Las mayores torturas se presentan al atravesar el Páramo de Pisba, a cuatro mil metros de altura. Esta ascensión que se inicia el 30 de junio de 1819, va a durar varios días. El 2 de julio llegan a Pisba y el 3 avanzan a Pueblo Viejo. Adelante van el comandante Joaquín París con una compañía de *Cazadores* y el general Santander con el grueso de sus infantes. Atrás siguen Anzoátegui con su división y Soublette con la *Legión Británica*. Jacinto Lara cumple la misión de auxiliar a los cuerpos en el transporte de sus impedimentas. En Paya rechazan a una partida enemiga. Galvanizados, autómatas, los soldados abandonan sus alimentos y oprimen con dedos crispados los caños de sus fusiles. En la cumbre del páramo la noche es horrible a causa del granizo y de los vientos helados que aúllan como los lobos. En tales momentos se hace necesario emplear la flagelación para mantener con vida a los emparamados. Y en esos momentos, precisamente, ocurre en el campamento un suceso simbólico: una de las *troperas* —mujeres que siguen a los ejércitos en sus largas jornadas— pare un hijo en el fondo de una caverna. Y Bolívar al enterarse de ello, viene a conocer al recién nacido. Con un ademán sencillo rasga su capa y da la mitad de ella a la parturienta.

Necesariamente el factor decisivo del triunfo, en esta campaña es el de la sorpresa. Los españoles no acertarán a explicarse cómo han podido llegar hasta allí los hombrecitos de las llanuras. Un combate librado en Gámeza tiene un significado particular en la empresa pues obliga a Bolívar a atacar a los enemigos con aquel puñado de fantasmas a los que mueve el conjuro de su palabra.

Después de esta acción, ya mejor preparados, descansados, familiarizados con el ambiente y fortalecidos por la protección de los montañeses, darán las batallas de fondo: la de Tópaga que libra de realistas el camino hacia Tunja; la del Pantano de Vargas, donde Rondón e Infante destrozan las mejores infanterías del enemigo, y la de Boyacá que es la que sella en definitiva la independencia de la Nueva Granada y abre al Libertador, por segunda vez, el camino de Santa Fe. En esta batalla, librada el 7 de agosto, es capturado el jefe realista Barreiro (*) y los españoles, llenos de pánico, huyen a todas partes perseguidos por los republicanos. Las nuevas provincias neogranadinas de Santa Fe, Tunja, El Socorro, Pamplona, Neiva, Mariquita, Antioquia, El Chocó y la mayor parte de Popayán, quedan libres de un dominio extranjero que ha durado más de tres siglos.

He aquí al Caraqueño, cuatro años y medio después de haber liberado a Bogotá por primera vez, entrando de nuevo en la severa y culta ciudad como libertador de todo el ámbito virreinal. Su designio es ahora más vasto y preciso. Ha llegado el momento de hacer realidad su ambicioso proyecto de crear una gran República americana con la integración de los tres territorios que bajo el régimen colonial español conformaron el Virreinato de Santa Fe: Nueva Granada, la Presidencia de Quito (después República del Ecuador) y Venezuela (antigua Gobernación y Capitanía General desde 1777). El programa esbozado en su carta de Kingston comienza a cumplirse. Como un homenaje al Descubridor del Nuevo Mundo de América, y en cierto modo también como un homenaje a Miranda, precursor de la independencia de estos países, la nueva nación llevará el nombre de Colombia.

Y con este triunfo de las armas patriotas la guerra emancipadora entra en un nuevo período: deja de ser una guerra a muerte para convertirse, definitiva y gloriosamente en una guerra a vida.

A Bolívar lo esperan aún horas resplandecientes de triunfo; hazañas trascendentales que modificarán el esquema de la historia

(*) Algún tiempo después Santander lo hará fusilar inconsultamente.

moderna dentro del marco de la civilización de Occidente; momentos de gloria pura en los que los pueblos de Hispanoamérica se volverán a él como a un dios todopoderoso y benigno, mas esta de la liberación de la Nueva Granada es seguramente su hora más importante porque con ella se inicia su carrera ascendente no ya como un soñador de utopías más o menos teóricas sino como el activo realizador de un orden distinto regido por una nueva conciencia política. Este hombre predestinado, este espíritu urgido que sabe cuándo vale el tiempo en la realidad de su empresa, imprimirá entonces a su vida un ritmo en crescendo que lo convertirá en un suicida. A partir de este momento, todos sus movimientos, todos sus actos, —lo mismo los de la guerra que los de la política, los de la justicia y los del amor—, serán actos y movimientos acelerados. La organización que imprime al Estado independiente de Nueva Granada es similar a la que se realizó en Angostura para el Estado de Venezuela, y a su frente estará el general Santander con atribuciones análogas a las del doctor Zea. En Bogotá, esta vez, el espejo de Eros reflejará ante su mirada una nueva faz de mujer: la de la bogotana Bernardina Ibáñez. Temeraria aventura ésta porque Bernardina es la prometida de Ambrosio Plaza, uno de los más robustos pilares de la causa patriota.

Pero este no pasa de ser un romance fugaz y sin consecuencias porque la verdad es que el gran Caraqueño sólo conoce un amor, el de la gloria de su misión. Todo está preparado ya para que Venezuela y Nueva Granada, regidas por el mismo jefe supremo y por leyes comunes a ambos Estados, puedan fundirse en una sola República. Se han declarado válidos los contratos celebrados durante la dominación española y se han restituido a sus propietarios los bienes confiscados por el gobierno español. Sólo una pequeña parte de las propiedades de los realistas ha sido embargada. Por estos días el Libertador despliega una actividad incesante en la organización de la hacienda pública, del movimiento fiscal, de la distribución de las rentas, de la producción agrícola y comercial, de la vigorización del ejército. Como los capuchinos han abandonado el convento de Bogotá y sus propiedades, un decreto bolivariano destina estos bienes a un colegio de educación para niños huérfanos.

Mientras todo esto ocurre en Nueva Granada, en Venezuela prosigue la guerra. Se pelea en San Antonio y Capacho, regiones del Táchira; en Cantaura y Cumaná, en el oriente. Como los ingleses se embriagan y se niegan a obedecer a sus oficiales si no se les permite saquear las ciudades, hay que fusilar a algunos de ellos. También se combate en los llanos de Apure.

En medio de esta vorágine regresa Bolívar al territorio venezolano, en donde los pueblos le aclaman. A su paso se erigen arcos triunfales y grupos de muchachas aldeanas le coronan con flores del campo. Por su orden marcha Soublette a reunirse con Páez y Briceño en el Bajo Apure. Algún tiempo después se halla de nuevo en la capital de Guayana. Mientras tanto, en Pamplona, ha muerto Anzoátegui, el magnífico. Y en Angostura se conspira de nuevo.

Signo de la incultura y de la precaria moral de los hombres de su país, que tanto preocupaba al Libertador, en esta nueva conspiración de Mariño participan civiles y militares cegados por una insensata ambición de poder. Los conjurados pretenden acusar al jefe supremo de desertor porque ha abandonado el territorio de Venezuela en una campaña para la cual no ha recibido autorización del Congreso. Necesariamente el complot aborta, no porque los complotadores se arrepientan de su insensatez, sino porque Bolívar regresa a Angostura cargado con los laureles de la victoria.

El 17 de diciembre de 1819, reunido en la capital guayanesa, el Congreso decreta la Ley Fundamental de la República de Colombia. Esta quedará dividida en tres departamentos: Venezuela, Cundinamarca y Quito. Bolívar y Zea son elegidos su Presidente y su Vice-Presidente. Roscio y Santander Vice-Presidentes de Venezuela y Cundinamarca. El Vice-Presidente de Quito se elegirá cuando aquel país quede liberado. El propio día de esta declaración, el Libertador dispone que Zea parta para los Estados Unidos del Norte y Europa a solicitar el reconocimiento del nuevo Estado, a contratar un empréstito y a comprar armas para la guerra.

¿Qué hacían, qué planeaban, qué meditaban en tanto los españoles? Aunque Morillo hubiese previsto la invasión del Nuevo Rei-

no por las fuerzas republicanas, la noticia de la victoria de Boyacá le dejó anonadado. La limitación de sus fuerzas, suficientes apenas para la defensa del territorio de Venezuela, no le permitió acudir en defensa del vecino país y debido a esto tuvo que contemplar inactivo cómo se consumaba aquel hecho tremendo. Desde el comienzo de sus campañas había él manifestado a la Corte española la urgente necesidad de refuerzo y la de una marina capaz de eliminar a los audaces corsarios republicanos, pero el Ministro de Guerra sólo le había enviado una división al mando de Canterac con la orden de seguir inmediatamente para el Perú. Desesperado de verse en semejante abandono, a mediados de 1819 envió a su ayudante León Ortega en solicitud de nuevos refuerzos, pero esta solicitud quedó también sin efecto. La victoria de las armas patriotas en la batalla de Boyacá, transformaba la situación para los dos bandos beligerantes. Morillo tuvo entonces que mantenerse a la defensiva. Mientras la marina española disminuye y se debilita, la de los insurgentes se hace más agresiva bajo la experta mano de Brión, de Antonio Díaz, de José Padilla y de otros marinos patriotas igualmente aguerridos. Por lo que hace a las tropas de tierra, la presencia del jefe supremo, su prodigiosa movilidad y sus grandiosos proyectos americanos parecen crear una nueva mística en los soldados. Hasta Páez, que sigue zahareño en sus entrañables llanuras, tendrá que cooperar aunque sin abandonar por completo su actitud reticente.

VII

# SE ENSANCHAN LOS HORIZONTES

La década que se inicia en 1820 va a caracterizarse por las fundamentales transformaciones que experimentarán las ideas en el mundo de la política y principalmente en el ámbito del imperio español. Cuando llega a la Metrópoli la noticia de la liberación de la Nueva Granada, una gran conmoción de todos los estamentos sociales deja al descubierto el substrato de malestar y de rebeldía que se había estado formando a causa del absolutismo de Fernando VII y de la general decadencia del reino. Como reacción inmediata se produce un levantamiento cuya consigna es la restauración de la Constitución liberal de 1812. Extendida a las fuerzas que la monarquía proyectaba enviar a las coloniar de América para mantener el

orden imperialista ( * ), el proyecto habrá de quedar sin efecto y de esta manera los realistas americanos verán desvanecerse sus esperanzas de recibir prontos y abundantes refuerzos. De un extremo al otro de la América hispana, tanto en México como en el Perú. este extraordinario acontecimiento va a producir profundas repercusiones.

Liberal en algunos aspectos, conservadora en otros —principalmente en cuanto negaba a los pardos el derecho de ciudadanía mientras no se instruyesen lo suficiente como para acudir a las Cortes en demanda de la carta correspondiente, y en cuanto regateaba a los dominios americanos su representación en las propias Cortes— la Constitución española de 1812 no podía satisfacer a los unos ni a los otros. Con todo, y pese a su propio querer y a la presión reaccionaria de las autoridades militares, de la Real Audiencia, de los ayuntamientos, del clero y de las demás fuerzas conservadoras, el Rey no tuvo más remedio que jurarla y mandar ponerla en vigencia. En Caracas su proclamación va a efectuarse el 7 de junio de 1820.

Nunca será tan intensa, como en este período de la guerra, la movilidad de Bolívar. Traducidas a una concepción ideológica y transformadas por un impulso de la conciencia, las distancias geográficas dejan de tener para él un significado simplemente físico y se convierten en ecuaciones abstractas subordinadas a la voluntad de triunfar, de organizar, de crear. Los extraordinarios sucesos que conmueven al mundo en estos días de 1820 los irá conociendo en los pueblos, en las selvas y en las llanuras a medida que su caballo haga y deshaga las rutas entre Bogotá y Angostura, polos políticos de su empresa. Arrebatado por su pasión de libertador, bien podría decirse que en estos momentos su espíritu es como otro universo que sigue su propio curso, obediente a sus propios principios y orientado por sus propios impulsos. Para una personalidad incendiada por semejante delirio, ¿qué representan las montañas y las llanuras, los ríos y las selvas? En un mundo salvaje e inmenso, sin caminos, sin otro

( * ) El 1o. de enero de 1820 estalló en Cádiz una rebelión militar en la que participaron los contingentes destinados a estas colonias al mando de los generales Riego y Quiroga.

medio de transporte que el que proporciona el caballo, sin más comunicaciones que los mensajes conducidos por postas no siempre seguros, el pensamiento del hombre tiene que bastarse a sí mismo y su imaginación convertirse en fuente absoluta de sus creaciones. El Bolívar de estos momentos, aislado en medio de la hosca naturaleza del Trópico americano, es una idea que camina, un sexo maravilloso que se fecunda a sí mismo. Su ejército, que alcanza ya a los 10,000 combatientes, se encuentra distribuido en ese ilimitado escenario en el que se desplaza su figura de mago sembrando sus explosivas semillas. Fiel a sus ideas antiesclavistas y a la promesa que había hecho al presidente Petión, su mayor interés está en la erradicación de la esclavitud porque de acuerdo con su propia experiencia y con las ideas de Montesquieu, «nada acerca a los hombres a la condición de bestias como ver siempre hombres libres y no serlo».

El 5 de marzo está en Bogotá nuevamente. De su Secretaría, en la que dicta a varios escribientes a un tiempo, salen pliegos para Urdaneta, para Páez, para Valdez, Bermúdez, Sedeño, Sucre, Salom, Córdova y cien jefes más distribuidos en las provincias. Su prestigio alcanza proporciones desmesuradas en todas las capas sociales. En su mente toma forma concreta el dispositivo para una nueva ofensiva. En mayo o junio recibe noticias de España (rebelión de Riego y Quiroga y jura de la Constitución liberal por Fernando VII) y entusiasmado escribe al general Santander:

> «Albricias, mi querido general. ¿Quién sabe si en este momento tenemos en Angostura alguna idea de negociación? Y sin quién sabe, aseguro que ya está decretada en España. Apunte Vd. este día y compare las fechas para que vea si soy buen profeta».

Y tan seguro está de su vaticinio que inmediatamente escribe a su Canciller de Angostura ordenándole instruir a los agentes de la República para que sin más dilación hagan conocer al Gobierno

constitucional español los ardientes deseos de Colombia de poner fin a la guerra que había sostenido hasta entonces el Rey absoluto.

De esta manera se inicia el negocio del armisticio que algún tiempo después se formalizará entre el Libertador y Morillo. Es este un negocio que se irá estructurando por partes sin que por ello el Libertador tenga que suspender ni modificar sus planes para una futura ofensiva. El 6 de julio, en el Rosario de Cúcuta, recibe una comunicación del general español La Torre, en la que éste le anuncia que su jefe Morillo tiene instrucciones del Rey para tratar sobre la pacificación del país, y el 7 responde aceptando la tregua de treinta días que su comunicante le propone para tratar acerca de un entendimiento más amplio. Sin embargo advierte a La Torre—, este armisticio de un mes sólo se entenderá para el Ejército del Norte y ello mientras dure la gestión de dos comisionados que vendrán de Madrid a tratar de la paz. El ama la paz pero la guerra ya no lo asusta. En estos momentos las fuerzas principales de la República abarcan un vasto arco, de centenares de leguas, alrededor del territorio que ocupa Morillo, y el plan de Bolívar consiste en preparar una poderosa concentración para una batalla masiva en la que se decida la prolongada y sangrienta contienda. Esta batalla se dará un año después en el campo de Carabobo.

Es en estos días, en los que se comienzan a vislumbrar los destellos del triunfo patriota, cuando la dulce Pepita hace su mutis definitivo sin siquiera poder despedirse del hombre amado. Roída por la tuberculosis, sintiéndose agonizar, piensa ella que un cambio de clima podría prolongarle la vida, y decide salir de la calurosa Angostura para dirigirse a las altas comarcas de la Nueva Granada. Semejante viaje lo hace la pobre mujer a través de los grandes ríos —el Orinoco, el Apure— y en las llanuras al paso de un manso caballo. Finalmente, ya en medio de las sabanas alucinantes, tiene que resignarse a ser conducida en *hamaca,* a hombros de peones llaneros. En el interminable trayecto quedan prendidas sus toses y sus gemidos, y las amapolas de sus esputos. En Achaguas termina

el viacrucis. Allí, en las soledades de la llanura, asistida por su madre y su tía y por alguna india piadosa, muere esta caraqueña auroral con la que se va para siempre un jirón de la Venezuela de la Colonia.

Pero éste es también el momento en que recibe Bolívar noticias alentadoras del Sur. Estas noticias proceden del Gral. O'Higgins, Supremo Director de Chile, quien le informa sobre la expedición del general San Martín para liberar el Perú. Y el Caraqueño, que desde el comienzo de su carrera ha concebido la independencia de América como una empresa total, escribe el 18 de octubre al Vice-Presidente de Colombia, doctor Juan Germán Roscio:

> «Se acerca el día de la independencia del Sur de América: el Perú va a recibir su libertad por las armas de Chile y Buenos Aires. Las armas de Colombia cumplirán sus deberes libertando a Quito, y satisfarán luego sus votos empleándose en favor de los hijos del sol».

El primer contacto para la realización del armisticio se efectúa entre Bolívar y el teniente-coronel Pita, edecán de Morillo. Y como éste propone que las fuerzas patriotas se retiren a sus anteriores posesiones de Cúcuta, el Libertador le responde indignado: «Comandante, diga usted al general Morillo que él se retirará a sus posiciones de Cádiz antes que yo a Cúcuta, y que hacerme semejante proposición es un insulto que yo devuelvo con desprecio». Seguidamente escribe al propio Morillo quien aburrido de tanta lucha le responde desautorizando las palabras de su edecán.

El segundo contacto se realiza en la ciudad de Trujillo, entre los comisionados de la parte del Rey —general Correa, Don Juan Rodríguez del Toro (hermano monárquico del Marqués) y don Francisco González de Linares— y los de Colombia: general Antonio José de Sucre y coronel José Gabriel Pérez. Como ambos partidos desean llegar a un acuerdo y como los personajes comisionados son gentes cultas, no les resulta difícil el entenderse. El 25 de noviem-

bre se firman dos importantes tratados: por el primero de ellos se ajusta un armisticio que durará seis meses y durante el cual ambos contendores conservarán las posiciones que en ese momento ocupasen; y por el segundo, concluido a proposición de Bolívar, los beligerantes se comprometen a regularizar la contienda al estilo de los pueblos civilizados; a respetar a los prisioneros, a hacer obligatorio el canje de éstos, y en suma, a poner fin a la guerra a muerte practicada con tanta saña desde 1813. Este acuerdo culminará con una entrevista personal de los dos caudillos porque Morillo desea conocer a Bolívar.

El encuentro tiene lugar en Santa Ana, pueblo cercano a Trujillo, (todavía en poder de los españoles), el 27 de noviembre de 1820. El jefe español está sorprendido: le cuesta trabajo creer que su contendor sea ese «hombre pequeño, de levita azul y gorra de campaña» que llega a su encuentro cabalgando una mula. Simultáneamente los dos echan pie a tierra y se confunden en un abrazo. Luego se van a almorzar y a conferenciar en compañía de sus oficiales. Por la noche duermen en el mismo aposento. Y ya en sus respectivas hamacas, el Caraqueño dice al peninsular:

«—General, querría agradecerle un favor».

«—Diga usted, general».

«—Vive en Caracas una mujer a quien amo como a una madre: es mi tía Josefa, viuda del general José Félix Ribas. . . »

«—¿El defensor de La Victoria en 1814?»

«—. . .Mi tía está enferma y muy pobre. ¿Podría usted hacer algo, al volver a Caracas, para aliviar un poco sus penas?»

«—Seguramente; lo haré con gusto».

Pero Morillo, quien cumplirá su promesa al volver a Caracas, no va a obtener resultado satisfactorio porque la viuda de Ribas, tía de Bolívar, se negará a recibir cualquier clase de auxilio de los opresores de su país. Poco tiempo después el veterano general español regresará a la Península dejando como constancia de su fracaso —del fracaso de España en el Nuevo Mundo—, estas reveladoras declaraciones dirigidas al Ministro de Guerra español:

«Es un delirio, a mi entender, persuadirse que esta

parte de la América quiera unirse a ese Hemisferio adoptando la Constitución política de la monarquía española. Ya otra vez se ha publicado aquí la Constitución y nunca se ha combatido con mayor encarnizamiento, porque los americanos disidentes no han peleado como he dicho para mejorar el sistema de gobierno, y es un error creer que sean capaces jamás de convenir en unirse a la Metrópoli. Ellos no quieren ser españoles».

En su puesto quedará el general La Torre y como segundo de éste Morales.

En medio de estos sucesos, un acontecimiento sensacional polariza el interés del Libertador hacia las regiones ecuatoriales. Es el del pronunciamiento de Guayaquil, ocurrido el 9 de octubre de 1820, en favor de la independencia. Imposible es a Bolívar permanecer indiferente ante un hecho de semejante naturaleza. Desde Bogotá, el 10 de enero de 1821, da orden al general José Mires, soldado español adicto a la causa patriota, de conducir hasta el Guayas un buen lote de fusiles y municiones, y al mismo tiempo escribe a la Junta guayaquileña manifestándole el vivo interés de Colombia por el destino de aquellos pueblos. Hace más: el 21 del mismo mes, antes de alejarse de Bogotá para la gran campaña de Venezuela, decide aumentar los socorros destinados al Ecuador y enviar al más calificado de sus tenientes, el general Sucre, con amplios poderes para resolver los problemas civiles y militares que la intervención de tropas peruanas habían creado ya y crearían aún en aquel territorio considerado como parte de la Presidencia de Quito y por ende de la República de Colombia, heredera del Virreinato de Santa Fe.

El pensamiento inicial de Bolívar fue acudir por sí mismo a las regiones del Ecuador; la situación de Colombia, empero, no le permitiría alejarse de su país. Todo lo que aquí va a ocurrir en los primeros meses de 1821 tendrá vital importancia para la definitiva independencia de Sudamérica. Por lo pronto el fracaso de las ges-

tiones de paz encomendadas a los señores Sartorius y Spelius como delegados del gobierno español, y a Revenga y Echeverría, representantes del colombiano, obligará al Libertador a trazar nuevos planes para las futuras campañas de Venezuela. Su objetivo inmediato es Caracas. Consecuente con este designio y conforme al artículo 12 del Armisticio, el 10 de marzo participa a La Torre su decisión de denunciar el tratado, y el 1o. de mayo se reanuda la guerra. La concentración de las fuerzas patriotas queda dispuesta, al principio, en el llano de Mijagual, pero luego se fija en San Carlos. Una vez más, en esta peligrosa ocasión tiene el Libertador que enfrentarse a Páez para obligarlo a suministrar los ganados que necesita el ejército para su alimentación y transportes. A comienzos de abril muere Juan Germán Roscio y Bolívar designa al general Antonio Nariño para sustituirlo en la Vice-Presidencia de la República. Un nuevo proyecto para la organización política de Colombia ocupa entonces la atención de Bolívar. Este proyecto persigue como objetivo esencial el amalgamar las grandes secciones de la República y evitar las fricciones entre venezolanos y granadinos, y el medio de conseguirlo será la creación de un departamento intermedio, suerte de amortiguador territorial y político, integrado por las provincias de Coro, Maracaibo, Trujillo, Barinas, Mérida, Pamplona, Cartagena, Santa Marta y Río Hacha, el que sería gobernado directamente por el Presidente de la nación cuya capital sería Cúcuta.

También por esos días recibía el Libertador una carta de Fanny du Villars que debió ponerle meditabundo. El recuerdo de su juventud en Europa venía a golpear el corazón y la conciencia del héroe en aquel singular momento en el que al fin, después de tantos y tan aplastantes fracasos, veía ensancharse los horizontes de su obra emancipadora ante la inminencia de una victoria definitiva. La mano de Fanny, la fina y bella mano que acarició sus primeros sueños de gloria, se tendía ahora hacia él a través del Océano, mendicante, temblorosa, quizá arrugada por el dolor en una tardía evocación de sus viejos amores. Le recordaba el viaje a Italia en 1805 (época en la que ella se hallaba encinta de su segundo hijo, Eugenio) y, refiriéndose a su fortuna perdida a causa del derrumbe

de Napoleón, le preguntaba si podría él colocar algún dinero en París a fin de que ella pudiese beneficiarse de los intereses correspondientes.

Ante esta pregunta, en la que se planteaba una dolorosa súplica de socorro, una amarga y compleja sonrisa asomaría a la faz del Libertador quien en esos mismos instantes había renunciado a 25.000 pesos que le acordaba la ley colombiana de repartición de bienes entre los generales en jefe, y a 50.000 más que desde 1819 le correspondían por sus sueldos de Presidente de la República.

La interrogación que surge automáticamente ante el pedido de Fanny es ésta: ¿qué índole de deberes —además de los que habían creado en su corazón las horas de placer y de amor que le dio en su juventud— tenía el héroe para aquella mujer que indirectamente (de esto no puede dudarse) contribuyó a dar un nuevo rumbo, un rumbo glorioso, a su vida? Consciente del valor de los imponderables morales e inclinado a filosofar acerca de ellos, Bolívar no dejaría de formularse este interrogante. A distancia de quince años y colocados ahora en riberas opuestas del río de la vida, Fanny debió aparecérsele como una imagen simbólica, como un distante pero vehemente punto de referencia de su destino. Y al lado de su figura quizá un tanto desdibujada, vería la de su hijo el adolescente Eugenio como una interrogación no menos significativa que la de ella. ¿Cuál sería el porvenir de aquel niño francés, al que Bolívar no conocía, concebido en momentos en que su madre se entregaba a los transportes de un amor pasajero, loco e irresponsable pero esto no obstante envuelto en las nubes de un sueño maravilloso?

De que Bolívar no fue indiferente a esta índole de reflexiones emocionales quedará indicio cierto en sus confidencias a Perú de la Croix en las crepusculares veladas de Bucaramanga, cuando, refiriéndose a la difundida especie de su esterilidad biológica, manifestará su certeza de haber sido padre. La carta de Fanny quedaría sin respuesta porque la obra de abnegación y de absoluto desinterés a la que estaba entregado no permitirían al Libertador atender a la petición de su antigua amante; pero las emociones que aquella misiva debió despertar en su espíritu permanecerían vivas en él para siempre.

La concentración ordenada para la batalla decisiva de Venezuela se completa en San Carlos a fines de mayo. Durante el curso de ella, siguiendo instrucciones del jefe supremo, Bermúdez ha tomado (y perdido) a Caracas con lo cual ha sembrado la confusión en el enemigo. Páez, que había salido de Achaguas con 1.000 infantes y 1.500 jinetes, el 7 de junio hacía su entrada en la capital de Cojedes. El 16 lo seguía el contingente de Rafael Urdaneta, (calculado en 2.000 combatientes), pero este general no podría participar en la acción a causa de una penosa dolencia que le obligaba a entregar el mando a Rangel.

El choque se produce el 24 de junio al amanecer y en él participan, del lado de los patriotas 6.400 hombres, y 5.200 por parte de los realistas. Bajo las banderas de los primeros combaten además de Bolívar y Páez, Santiago Mariño (jefe del Estado Mayor), Bartolomé Salom, O'Leary, Ibarra, Medina, Woodberry, Alvarez, Ibáñez, Plaza, Avendaño, Manrique, Sedeño, Piñango, Juan José Flores, Carlos Castelli, Reimbolt, Smith, Mavy, Celis, Pulido y Cala, esto es, venezolanos, ingleses, italianos, alemanes y de otras naciones; y bajo las de los realistas La Torre, Morales, Montenegro y Colón, Valentín García, Cini, Illas, Montero, Zarzamendi, Narciso López, Guía Calderón, Antonio Ramos, Renovales, Martínez y Cruces, es decir, españoles de Europa y españoles de Venezuela. Las bajas serán sensibles (Sedeño, el Negro Primero, Plaza) pero la victoria será generosa para las armas de la República. La Legión Británica, que poco antes se había sublevado por una vulgar avidez de botín, en el campo de Carabobo se hace fusilar impávida y sólida como una muralla. En el propio terreno Bolívar se acerca a Páez y le dice: «General, a nombre del Congreso de Colombia, en premio de vuestro valor y de vuestro amor a la patria, os ofrezco el grado de general en jefe». Hubiese podido decirle también: «Vea usted, general, cómo es posible coger el cielo con las manos».

El 28 de junio, después de siete años de ausencia forzosa, vuelve Bolívar a entrar triunfador en Caracas. Su presencia produce delirante entusiasmo. El pueblo le abraza y le llama *Padre de la Patria*.

Impresión: Corporación Marca, S.A.
Telf. 93.67.31 - 93.47.35
La Trinidad, Caracas - Venezuela

Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

TITULOS PUBLICADOS EN ESTA COLECCION

| | | |
|---|---|---|
| 1.- | SOBRE LA MISMA TIERRA | Rómulo Gallegos |
| 2.- | ROMEO Y JULIETA | William Shakespeare |
| 3.- | MEMORIAS DE MAMA BLANCA | Teresa De La Parra |
| 4.- | LA ODISEA | Homero |
| 5.- | PODA | Andrés Eloy Blanco |
| 6.- | EL PRINCIPITO y | A. de Saint'Exupery |
| | EL LAZARILLO DE TORMES | Anónimo |
| 7.- | MARIA | Jorge Isaacs |
| 8.- | EL DIARIO DE ANA FRANK | Ana Frank |
| 9.- | VENEZUELA HEROICA (Tomo I) | Eduardo Blanco |
| 10.- | VENEZUELA HEROICA (Tomo II) | Eduardo Blanco |
| 11.- | PEONIA | Manuel V. Romero García |
| 12.- | MENE | Ramón Díaz Sánchez |
| 13.- | CACIQUES ABORIGENES DE VENEZUELA (Tomo I) | Antonio Reyes |
| 14.- | CACIQUES ABORIGENES DE VENEZUELA (Tomo II) | Antonio Reyes |
| 15.- | DOÑA BARBARA | Rómulo Gallegos |
| 16.- | PLATERO Y YO | J.R. Jiménez |
| 17.- | LOS AMOS DEL VALLE (Tomo I y II) | Francisco Herrera Luque |
| 18.- | LAS LANZAS COLORADAS | Arturo Uslar Pietri |
| 19.- | POBRE NEGRO | Rómulo Gallegos |
| 20.- | GIRALUNA y | Andrés Eloy Blanco |
| | EL PRESIDENTE DE VENEZUELA: JAIME LUSINCHI en 100 días de gobierno | |
| 21.- | CANAIMA | Rómulo Gallegos |
| 22.- | MOCEDADES DE BOLIVAR | Rufino Blanco Fombona |
| 23.- | LA AMANTE INMORTAL | Víctor W. Van Hagen |
| 24.- | CANTACLARO | Rómulo Gallegos |
| 25.- | FOUCHE | Stefan Zweig |

| | |
|---|---|
| 26.- EL CAMINO DE EL DORADO | Arturo Uslar Pietri |
| 27.- EL PRINCIPE | Nicolás Maquiavelo |
| 28.- EL HOMBRE QUE CALCULABA | Malba Tahan |
| 29.- LOPE DE AGUIRRE. PRINCIPE DE LA LIBERTAD. (Tomo I y II) | Miguel Otero Silva |
| 30.- BARRABAS Y OTROS RELATOS | Arturo Uslar Pietri |
| 31.- HISTORIA DE VENEZUELA (Tomo I y II) | Guillermo Morón |
| 32.- PENSAMIENTOS DEL LIBERTADOR | |
| 33.- URBANIDAD Y BUENAS MANERAS Tomo I y Tomo II | Manuel A. Carreño |
| 34.- LA CAIDA DEL LIBERALISMO AMARILLO Tomo I y Tomo II | Ramón J. Velásquez |
| 35.- DICCIONARIO MODERNO (Tomo I y II) | Eduardo Cárdenas |
| 36.- VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS | Eduardo Carreño |
| 37.- NUEVE HORAS A LA ETERNIDAD Tomo I y II | Stanley Wolpert |
| 38.- CESARISMO DEMOCRATICO | Laureano Vallenilla Lanz |
| 39.- LA TREPADORA - Tomo I y II | Rómulo Gallegos |
| 40.- LOS INTERESES CREADOS - SEÑORA AMA | Jacinto Benavente |